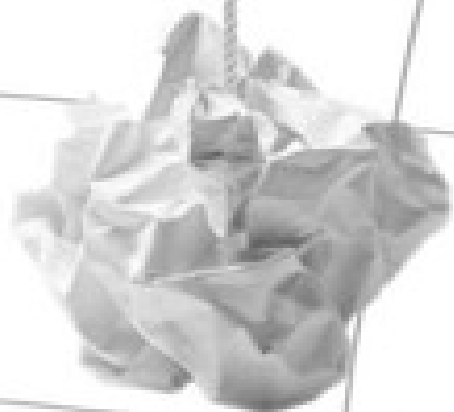


EL RECUERDO QUE CAMBIARÁ
EL DESTINO DE LA HUMANIDAD



Mundos de Papel

JORGE C. CRISTEL



Jorge C. Cristel

Mundos de Papel

ePUB v1.0
SMAQX01.12.15

más libros en epubgratis.org

Agradecimientos:

A mi preciosa mujer Anna. Sin ella, esta novela nunca hubiera existido. Ella es mi inspiración, la que aporta valor a mi vida, la que da sentido a todo lo que hago, la que ordena mis ideas, la que me mantiene en la senda correcta, la que me hace ser mejor persona, la que da sentido a mi mundo y por supuesto, la que escribe mis notas de agradecimiento.

Capítulo 1. *No tan chico*

Faltaba poco para el amanecer, pero Peter ya estaba despierto. Sabía que en pocos minutos, oiría los gritos de Jack para que saltara de la cama, «Ponte a trabajar chico» siempre decía lo mismo, con esa voz profunda y gastada por el tiempo. Peter no soportaba que Jack le llamara “chico”, pero no importaba todas las veces que se lo había dicho, lo cierto es que Jack siempre hacía lo que quería y casi nunca escuchaba a nadie y aún menos a él, un niño rebelde con las hormonas alteradas.

Hacía 17 años que Peter había sido abandonado frente la puerta de la iglesia. Le contaron que lo habían encontrado en un cesto de mimbre, envuelto en una manta roída y sucia. Nada más. Ni una carta, ni una nota, simplemente le dejaron ahí. Como el que deja un trasto viejo e inútil. Le contaron que el párroco le acogió y estuvo con él hasta los seis años. Luego fue adoptado por una familia hasta los 15 y entonces sucedió el accidente. La verdad es que no recordaba nada de todo eso. Los médicos dijeron que había sufrido un fuerte golpe en la cabeza y que no sería capaz de recordar nada anterior al accidente. Solo sabía lo que le habían contado. Que únicamente él había sobrevivido y que tuvo suerte de que Jack le acogiera en su granja. Muy poca información para toda una vida, una vida corta, sí, pero era la suya y de la que no sabía prácticamente nada.

Peter seguía tumbado en la cama, mirando tras el ventanal que llenaba una de las paredes de la habitación. Hacía varios meses que una gran tormenta había roto uno de los cristales y los había tenido que unir con cinta adhesiva. La habitación era grande y espaciosa, pero la casa era antigua y los muebles y la madera no habían sido cuidados durante años. Estaban resquebrajados y oscurecidos por el sol. A Peter le encantaba mirar por esa ventana, era tan grande que podía ver el lago y las montañas sin incorporarse de la cama. Solía alargar el brazo, poniendo la mano frente a sus ojos, juntando los dedos y dejando solo una pequeña separación entre dos de ellos. Conseguía que solo se viera el reflejo de la luna y el de las montañas. Era un momento mágico, parecía que el mundo se hubiera puesto del revés.

—¡Ponte a trabajar, chico! —Los gritos de Jack se oían desde el primer piso.

—¡Voy! —Peter le contestó de la misma forma, dando un grito seco.

Otra vez le había llamado “chico”. Peter retiró las sábanas y se sentó en la cama, estiró los brazos y dio un par de bostezos. En ese momento pensó que si Jack le llamaba “chico” otra vez, no le respondería. Haría como que no era a él a quien se dirigía. Él era Peter, no “chico”. Si le volvía a llamar así, simplemente le ignoraría...

Se levantó de la cama y se puso el traje de faena: un mono azul, una camisa roja y unas botas de goma gris. En realidad no tenía mucha ropa más, apenas un par de pantalones y algunas camisas gastadas. Siempre hacía lo mismo, dar de comer a las gallinas, a los cerdos y a las vacas. Limpiar los establos, recoger la paja... siempre lo mismo. Pero tenía que estar agradecido, o por lo menos es lo que siempre le decía Jack — Puedes estar agradecido de que alguien se haya interesado por un inútil como tú —. ¿Estar agradecido?, la verdad, es que era como un esclavo. Jack le había dado un sitio en donde dormir y un plato caliente en la mesa, pero Peter no podía estar agradecido por eso. Había pensado muchas veces en irse y en dejarlo todo. Pocas cosas le unían a ese sitio, de hecho, ni siquiera sabía si era de ahí.

—¿Ya estás, chico? —La voz ronca de Jack se podía oír desde la planta inferior —. Esta mañana hay mucho trabajo. Se ha roto una de las rejas de los cerdos. ¡Hay que

arreglarla ya!

Peter no contestó. Le había llamado “chico” otra vez y no pensaba contestar. No le importaba si Jack se enfadaba, no contestaría.

—¿Chico estás ahí? —Jack había cambiado el tono de su voz. Lo había agudizado un poco, mostrando algo de sorpresa —. ¿Me oyes chico? —no había respuesta.

De repente se oyó como si arrastrasen un mueble por el suelo, Jack debía de estar sentado junto la mesa de la cocina y al levantarse, había arrastrado la pesada silla de madera. Se escucharon unos pasos y el sonido sordo y seco de los escalones. Peter estaba sentado en la cama, no se había movido ni un milímetro. Se debatía entre el miedo y el orgullo. Sabía que Jack se enfadaría muchísimo, pero tenía que ser fuerte, nadie lo sería por él. Había marcado una línea y la defendería como fuera.

La puerta de la habitación se abrió bruscamente, tanto que golpeó con fuerza la pared. Jack estaba de pie, frente a la puerta, mirando a Peter sentado en la cama.

—¿Qué pasa chico?, estás sordo o es que intentas desafiarme —Jack estaba furioso. Era un hombre enorme y su cuerpo llenaba totalmente el hueco de la puerta.

—No me llamo “chico”, te lo he dicho muchas veces —Peter quería aparentar entereza, pero lo cierto es que la voz le salió temblorosa.

—¿Cómo?, ¿me estás vacilando?

Apenas se oyeron esas palabras, Peter salió despedido de la cama mientras se escuchaba un golpe seco. Jack le había propinado un terrible puñetazo en la cara. Ni siquiera lo vio venir, tenía la mirada baja, sin atreverse a mirar a Jack y no vio cómo su puño se le venía encima.

—¡Eres un animal! —Peter intentaba no llorar, pero las lágrimas le cubrían las dos mejillas.

—¡No me desafíes, chico! O te dejaré en el mismo sitio en donde te encontré, y ahora ponte a trabajar o te quedarás sin comida —en ese momento, Jack se acercó a Peter levantando su brazo derecho, como queriendo descargar de nuevo su puño sobre él.

—¡Vale, vale!, ¡no me pegues más! ¡Ya voy, ya voy!

—Así me gusta, chico. Espero que recuerdes quien manda aquí —Peter estaba en el suelo y Jack le dio una pequeña patada, se dio la vuelta y se marchó de la habitación —. No hagas que vuelva a llamarte, chico.

Peter se levantó del suelo. Tenía la cara llena de lágrimas y brotaba sangre de sus labios. Le dolía muchísimo, pero tenía que reponerse, sino, Jack volvería y le pegaría de nuevo. De todas formas, se sentía orgulloso. Le había plantado cara, sí, de acuerdo, no había podido hacer nada contra él, pero ahora Jack sabía que no podía hacer lo que quisiera con él, o por lo menos, no con la misma facilidad que antes.

Entró en el lavabo con la cabeza inclinada hacia arriba, no quería que la sangre fuera cayendo por el suelo. Cogió la toalla y se la puso en la boca. En ese momento, un dolor agudo le recorrió por todo el cuerpo y exclamó un pequeño gemido. No quería que Jack le escuchara quejarse, no quería que pudiera hacer la más mínima burla con sus lamentos. Ésta había sido una pequeña victoria, dolorosa, pero una victoria al fin. Se miró en el espejo, tenía un buen corte en el labio inferior. Se había clavado un diente en la parte interior y le había hecho una buena herida. Seguramente, en cualquier otro

lugar, le hubieran puesto puntos, pero aquí, solo podía ponerse un poco de papel y presionar hasta que se le parara.

Jack era un hombre grande, no por su edad, sino por su tamaño. Era el hombre más grande que Peter había visto, de hecho, podría ser el hombre más grande que nadie hubiera visto. Era alto y gordo. No era musculoso, pero tenía unos brazos más anchos que las dos piernas de Peter juntas. La verdad es que imponía. Muchos años antes, había tenido un enfrentamiento con un jabalí que le dejó ciego de un ojo y con una prominente cicatriz en la mejilla derecha. Durante un tiempo, se dejó la barba para disimularla, pero le irritaba la piel y al final se la quitó. Peter pensaba que era realmente gracioso, que un hombre tan fornido tuviera la piel tan delicada.

—¿Ya estás aquí, chico?, ¡Vamos!, ve a arreglar la verja de los cerdos, antes de que alguno se haga daño —Jack apenas miró la cara de Peter, estaba sentado en la mesa de la cocina, leyendo el periódico local. Seguramente sería de hace cuatro o cinco días, cuando se acercó por última vez al pueblo a comprar algunas cosas.

—¿Tenemos maderas para reparar la verja? —Peter intentaba hablar con naturalidad, disimulando el dolor que sentía al mover los labios.

—Supongo que sí, mira en el cobertizo, creo que quedaban algunas —Peter miró el cobertizo a través de la ventana, la puerta siempre estaba abierta, así que era fácil ver si había maderas dentro.

—¡Maldita sea, está lloviendo! —Peter no se reprimió con estas palabras y al mover tanto los labios, se le abrió de nuevo la herida. La boca se le empezó a llenar de sangre.

—Pues ya puedes empezar. Ya sabes, cuanto antes empieces, antes terminarás —Jack no se había dado cuenta de que la boca de Peter estaba sangrando otra vez. Lo cierto, es que tampoco le hubiera importado. Seguramente, se hubiera reído de él y hubiera seguido leyendo.

¿Qué más podía ir mal?, Peter estaba moralmente hundido. Sentía un dolor terrible en la boca y ahora tenía que reparar la verja de los cerdos, bajo la lluvia y metido hasta la rodilla dentro del barro. Pensó que así es como le debía de ver Jack, como un animal más, como un cerdo en el barro.

Abrió la puerta casi de una patada y salió al exterior de la casa. La lluvia golpeaba con fuerza el tejado del porche y se acumulaba en unas tuberías que lo recorrían de punta a punta y la lanzaban torpemente frente a la casa. La tierra se había convertido en un barrizal y el camino hacia la caseta de las herramientas se había llevado la peor parte. No hacía mucho tiempo que rellenó unos agujeros con grandes cantidades de tierra. Ahora, la lluvia había convertido esa zona en una gran piscina de lodo y tenía que pasar por ahí, no había otro camino a la pequeña caseta. Dio un fuerte suspiro y avanzó rápidamente por el camino. La lluvia le cubría con malicia la cara y no le permitía ver con claridad, hasta el punto que una de sus botas se hundió completamente en el lodo de uno de los agujeros. El tropiezo le hizo perder el equilibrio y cayó estrepitosamente sobre el barro.

Peter se levantó pero la bota se le desprendió del pie y quedó enterrada dentro del barro. Se inclinó sobre el agujero e introdujo el brazo hasta que pudo liberarla de su presa. Sin ponérsela, se dirigió rápidamente hacia la cobertura de la caseta. En cuanto llegó, se apoyó en una de las paredes y dejó caer su cuerpo hasta descansar en el suelo. Cogió el calzado con las dos manos y se lo colocó haciendo presión con la pierna para que saliera el barro que había quedado acumulado en su interior.

—¡Vamos!, ¡holgazán! —Jack gritaba y hacía gestos con las manos desde la puerta de la casa.

—¡Hago lo que puedo!

—Pues tienes que hacerlo mejor —Jack gritaba cada vez con más fuerza—. Más vale que no se haga daño ningún animal o tú y yo tendremos una charla muy interesante.

¿Una charla muy interesante?, bonita forma decir que le daría una paliza. No sería la primera vez. De hecho, ya no recordaba cuantas veces le había pegado Jack. Ni si quiera recordaba si alguna vez las había contado, si alguna vez había habido una primera vez. Sus palizas se habían convertido en parte de su vida. No era necesaria ninguna razón de peso, al fin y al cabo, podía entender que Jack se enfadara si él no hacía su trabajo o si algún animal sufriera algún daño, pero esa no era la cuestión. A Jack le encantaba dominar a la gente, se tenía que hacer lo que él quisiera, sin importar que tuviera razón o no, si él lo decía, era motivo suficiente para que se cumpliera.

Peter se puso en pie, entró en la caseta y cogió dos tablones de una de las estanterías. Las verjas de los cerdos estaban formadas por unas maderas y una malla metálica. Con aquella lluvia, no sería posible reparar la malla, pero por lo menos, podría utilizar los tablones para hacer un apaño y evitar que algún animal se hiciera daño. La lluvia no parecía querer dar tregua y el riesgo de que Jack cumpliera con su amenaza era cada vez más alto, tenía que volver por el mismo camino que había hecho, pero esta vez tendría que hacerlo con los tablones y los bolsillos llenos de clavos. Peter emprendió la ruta teniendo especial cuidado de no tropezar en los agujeros, concretamente, en el mismo de antes. Seguro que Jack estaba mirando por la ventana y lo último que quería era que se riera de él si caía de morros sobre el suelo mojado.

La cerca de los cerdos estaba realmente dañada. Al parecer uno de los animales se había asustado con los truenos y había investido con tal fuerza la valla que parte de la malla metálica se había roto y uno de los tablones que la sujetaban se había partido por la mitad. Peter se acercó con unas tenazas y arrancó los clavos que unían la tabla, apenas la sujetaban y prácticamente saltaron a la mínima presión. Esa reparación bastaría para que la valla aguantara aquel día, pero aún le quedaba la parte de la malla. Se había formado un gran agujero y parte de los alambres estaban cortados y doblados hacia el exterior, de uno de ellos, colgaba penosamente un trozo de carne. Peter alzó la mirada e intentó mirar con detalle a cada uno de los animales, alguno se había enganchado con el metal y se había cortado profundamente, pero la intensa lluvia no le permitía ver con claridad. Los animales se habían agrupado bajo un pequeño saliente que actuaba como un paraguas y era imposible ver cuál era el animal herido.

Era inútil intentar encontrar a la pobre bestia en aquellas condiciones, lo prioritario era reparar la valla para que ningún otro animal se pudiera lastimar. Cogió el último de los tablones y lo clavó con fuerza en los laterales, pero cubriendo el agujero de la malla por la parte interior. De esa forma, ya no se quedarían enganchados en los afilados alambres.

Capítulo 2. *El pasado nunca muere*

La jornada había sido agotadora. A Peter le llevó prácticamente todo el día realizar las tareas que le había encomendado Jack. Había sido muy difícil trabajar con la lluvia. Se había formado una gran cantidad de barro y las piernas se le habían hundido una y otra vez hasta la rodilla. Pero ahora ya no importaba. Todo eso había pasado y ya podía descansar en la cama. Estaba agotado, pero aún pensaba en la discusión de la mañana con Jack. Le daba vueltas y más vueltas a todo lo sucedido, a como había obtenido el valor de enfrentarse a él. La boca le seguía doliendo a rabiar, pero estaba convencido de que había marcado la diferencia. Que lo que había sucedido esa mañana, era el principio de algo mucho mayor, algo que le conduciría lejos de todo aquello.

Por su cabeza, pasaron imágenes de personas felices, de familias felices. Intentaba recordar cómo había sido su vida antes del accidente. No recordaba nada, pero se imaginaba como debía ser la vida con sus padres adoptivos, o en la parroquia con el cura. Seguro que cualquiera de esas vidas, sería mejor que la que tenía ahora. Nada podía ser peor que vivir junto a Jack. Pero no había nada que pudiera transportar su mente al pasado, que le hiciera recordar. ¿Cómo era posible que no hubiera quedado nada de su pasado después del accidente? ¡Algo tenía que haber quedado!, él había vivido con una familia, había estado años con ellos. Peter estaba convencido de que Jack tendría algo de él, algo que pudiera utilizar para escapar de esta vida y comenzar una nueva.

Ya eran las 4 de la mañana, no faltaba mucho para la salida del sol y para que Jack volviera a llamarle "chico". Solo ese pensamiento, le hacía hervir la sangre. Si quería buscar algo de su pasado, tendría que hacerlo ahora, cuando Jack aún dormía. Peter se levantó de la cama con mucho cuidado, no quería hacer ningún ruido. Caminó hasta la puerta y la abrió con suma delicadeza. En la casa había un desván en la parte de arriba. Él solo había entrado una vez y recordaba que estaba lleno de trastos viejos y sucios. Pero si había algo que buscar, solo podía estar ahí, abandonado como un trasto viejo.

Salió al pasillo y se dirigió a las escaleras que conducían al desván. La casa era muy antigua y la madera crujía bajos sus pies, a cada paso, a cada gesto. Peter pensaba que Jack se despertaría y lo encontraría ahí. ¿Y que si le encontraba?, no estaba haciendo nada malo. Si se encontraba con Jack, le diría que tenía sed y que iba a la cocina a beber algo de agua. Mientras pensaba en todo eso, no se dio ni cuenta que ya se encontraba frente la puerta del desván. Con mano firme, cogió la maneta de puerta y la giró poco a poco. Se escuchó un "clic" y la puerta se abrió. Peter dio un suspiro de alivio. Al fin estaba dentro del desván y Jack no se había enterado. Ahora tenía que buscar algo de su pasado, algo que le indicara el camino a seguir para escapar de la prisión en la que se había convertido su vida.

Como recordaba, el desván estaba lleno de trastos viejos. Había una ventana en el techo que permitía entrar la luz y una bombilla fundida colgando en el centro de la estancia. Le recordaba al típico desván de esas películas de terror tan malas que había visto en alguna emisión de madrugada. Se imaginaba como el típico personaje que sube al desván y que es atacado por alguna criatura demoníaca. Era curioso, pero ese pensamiento le hacía reír. Había encontrado siempre tan absurdas las situaciones de esas películas, que imaginarse en una situación similar le parecía de lo más cómico.

Había multitud de objetos apilados, sin ningún tipo de orden. Encontrar algo ahí, sería

realmente difícil. Más aún cuando no podía hacer mucho ruido o Jack se despertaría. Peter pensó que si le encontraba en aquella sala, Jack ya no se creería la historia del vaso de agua. Sería mejor no hacer ruido. Comenzó por un armario grande que había en una esquina. Lo abrió y empezó a mirar lo que había. Nada de nada, tan solo abrigos viejos, mantas, ropa que nunca nadie se volverá a poner... Había que encontrar algo suyo y había que hacerlo rápido. Peter se paró y se puso a pensar en donde guardaría algo si él fuera Jack. Si fuera un hombre grande y duro. Estuvo mirando cada uno de los objetos que había en el desván y entonces, lo vio ahí, inmóvil, iluminado por la luz de la luna que se colaba por la claraboya. ¿Cómo no lo había visto antes?, era un baúl enorme. Con unas correas de cuero y unas hebillas que lo habían mantenido cerrado, hasta ahora.

Peter pensó que tenía que estar ahí. La clave de todo tenía que estar en ese baúl gigante. ¿Qué habría en un baúl tan grande?, no podía dejarlo pasar, tenía que abrirlo como fuera. Se dirigió hacia el baúl, cogió las hebillas y comenzó a hacer fuerza con las correas. Sorprendentemente, el baúl se abrió fácilmente. Peter se había imaginado que le costaría muchísimo abrirlo y había aplicado muchísima fuerza al tirar de las correas. Al ceder tan fácilmente, la tapa se abrió con violencia y Peter se precipitó al interior del baúl, escuchándose un “crack”. Su cabeza había chocado con algo y parecía que se había roto. Se incorporó poco a poco, ayudándose con las manos. Efectivamente, había roto un marco de fotos. El cristal se había hecho añicos, pero por suerte, Peter no se había cortado, hubiera sido muy difícil explicar a Jack como se había hecho el corte por la noche.

Dentro del baúl, tan solo había un cesto. Un cesto con una manta mugrienta y una foto. ¿Que podría significar eso? A él siempre le habían contado que le abandonaron en un cesto frente a una iglesia. Pero eso había pasado hacía muchos años, además, había sido adoptado por otra familia, antes del accidente, antes de Jack, ¡antes de todo!, ¿Por qué Jack tenía el cesto? Peter alargó la mano y cogió el marco de fotos roto. Lo inclinó un poco para que cayeran los últimos trozos de cristal que quedaban encima. Cogió la foto y dejó caer el marco en el cesto. No había mucha luz, así que se acercó a la ventana para ver con más claridad. Era una foto en blanco y negro, un poco vieja, seguramente hecha con alguna cámara mala, ya que estaba un poco borrosa. En ella salían unas cuantas personas adultas, todos vestidos como si estuvieran de excursión. Con pantalones cortos, botas de montaña, chaquetas con muchos bolsillos y sombrero. Parecía tomada en el desierto, se veían unas dunas al fondo. Estaban todos muy sonrientes y mirando a la cámara.

Peter no conocía a ninguna de esas personas. Se esforzó como nunca en recordar. Miró cada una de las caras con detenimiento, pero ninguna imagen le venía a la memoria. Pero entonces, ¿Qué hacía esa foto en su cesto?, ¿Por qué Jack se la había escondido durante todo este tiempo? Tenía que ser algo importante, pero ya no quedaba tiempo. En apenas unos minutos Jack le despertaría para comenzar a trabajar. Cogió la foto, cerró el baúl y se dirigió a su habitación. Igual que antes, con mucho cuidado, sin hacer nada de ruido. Jack nunca sabría que había estado en el desván, que había descubierto algo importante, aunque Peter aún no sabía lo que era.

Cuando llegó a su habitación, puso la foto debajo del colchón. Jack nunca entraba en su habitación, pero pensó que era mejor no arriesgarse.

—¡Ponte a trabajar, chico! —ya era de madrugada y Jack, como siempre, le estaba llamando.

—¡Ahora mismo bajo! —esta vez no le importaba que le llamara chico, de hecho, ni se había dado cuenta, solo quería que el día pasara muy rápido para poder estudiar con detenimiento aquella foto.

—¡Vaya!, estamos cargados de energía esta mañana, ¿he?, eso me gusta, sigue así chico —Peter bajó como un relámpago por las escaleras y se dirigió a la nevera, cogió la botella de leche y le dio un gran trago.

—Sí, quiero ver si la verja de los cerdos ha aguantado bien toda la noche —Peter casi se atraganta con la leche.

—Tranquilo, chico, tranquilo —Jack estaba muy sorprendido por la actitud de Peter —. La verja ha aguantado, te lo digo yo, no se ha escapado ningún cerdo —Jack cogió el mismo periódico de la mesa —. Pero hay mucho trabajo que hacer aún, cuando termines tus tareas normales, dale un repaso a las ruedas de la furgoneta, he dejado las llaves en el contacto.

—No hay problema —Peter solo quería que el día pasara. No le importaba hacer lo que fuera, solo quería que pasara rápido —. Nos vemos luego.

Peter salió como una bala por la puerta de la casa. La puerta era de madera vieja y hacía ya mucho tiempo que se había descolgado un poco de una de sus bisagras. Cada vez que se abría, rascaba con fuerza la madera del suelo. Lo había hecho tantas veces, que se había creado un surco bastante profundo. Pero, aun así, la puerta seguía rascando cada vez. Peter pensaba que era como un surco mágico, no importaba las veces que lo rascara la puerta, ni lo profundo que se hiciera, siempre seguía rascando. Era como si la profundidad que pudiera tomar, no tuviera fin.

Como siempre, Peter realizó todas sus tareas, dar de comer a los cerdos, a las gallinas, a las vacas, limpiar los establos... la rutina de cada día, pero ésta vez, lo hacía con más ganas que nunca. Estaba nervioso y ansioso por terminar su trabajo y poder analizar la foto con detenimiento. ¿Qué secretos le estaban esperando en ese retrato?, las preguntas le iban y venían de la cabeza, mientras el día se iba consumiendo. Ya solo quedaba una tarea, revisar las ruedas de la furgoneta. Pero estaba muy cansado, había trabajado toda la mañana y estaba muerto de hambre. Seguro que Jack le había preparado la comida, al fin y al cabo era lo único que hacía Jack, tratarle como un animal y darle de comer.

—¿Ya has terminado, chico?

—No todo —contestó Peter —. Aún me queda revisar las ruedas de la furgoneta. ¿Puedo hacerlo después de comer?, tengo mucha hambre.

—Vale, hoy te lo has ganado —Jack tenía una cazuela en las manos con un cucharón que sobresalía por encima —. ¡Venga!, ¡siéntate!

Jack sacó el cucharón de la cazuela, cargado de una especie de puré. Era lo que solían comer cada día, una especie de puré hecho con arroz y patata, todo junto. No estaba mal, pero Peter estaba ya cansado de comer casi siempre lo mismo. Jack le puso dos raciones y repitió la operación con su propio plato, luego se sentó frente al muchacho y comenzó a comer. A Jack le faltaban todo tipo de modales. Comía con la boca abierta y masticaba haciendo movimientos bruscos. En muchas ocasiones, mientras comía, le salían despedidos trozos del puré de su boca. Caían en la mesa y, simplemente, se quedaban ahí. Por un momento, Peter perdió la ilusión que había ganado desde que entró en el desván esa misma noche. Levantó la mirada y se quedó mirando durante un rato el espectáculo que tenía en frente. Jack no tardó en sentirse observado.

—¿Tengo monos en la cara?

—No, no... estaba pensando...

—¿Y en qué piensas, chico? —Jack no había levantado la mirada del plato, hablaba sin darle mucha importancia a lo que decía.

—Intento recordar algo anterior al accidente, nunca me has contado mucho —Peter bajó la mirada, sabía que a Jack no le haría mucha gracia que Peter preguntara por la época anterior al accidente.

—¿Acaso piensas que estarías mejor en otro sitio? —Jack dejó de comer y se quedó mirando fijamente a Peter.

—No, no... solo preguntaba... es curiosidad —Peter seguía con la mirada baja, había cogido el tenedor y estaba jugando con el puré, haciendo pequeños montoncitos.

—¿No sabes que la curiosidad mató al gato? —en ese momento, Jack propinó un golpe con la palma de la mano en la parte alta de la cabeza de Peter —. ¡Deja de jugar con la comida!, hoy has empezado bien el día, pero creo que lo terminarás muy mal. ¡Come y calla!

—Vale, vale —Peter se pasó la mano por la cabeza y se colocó bien el pelo con los dedos —. Ya como, ya.

—Siempre estás igual, chico, con la cabeza llena de pájaros. Si no te hubiera dado un hogar, ¡estarías muerto!, ¿entiendes?, me debes la vida y ¿así me lo agradeces? —Jack se había levantado de la mesa y hablaba a Peter de forma muy amenazadora —. ¡Termina de comer y ponte a trabajar!

—Ya te he pedido perdón, lo siento —Peter bajó la mirada y encogió su cuerpo

—Eres un trapo sucio —Jack se inclinó ligeramente sobre la mesa, acercando su cuerpo amenazadoramente al muchacho —. No mereces el trato que te doy.

Después de eso, Jack se retiró de la mesa, subió las escaleras y se encerró en su habitación dando un fuerte portazo. Como siempre, pasaría ahí toda la tarde. Peter no sabía qué hacía tanto tiempo ahí metido, y la verdad es que tampoco le importaba. Él tenía que terminar de comer, recoger la mesa, limpiar los platos y continuar con sus tareas. Por lo menos, cuando no estaba Jack, podía hacer las cosas como quisiera, sin estar controlado en todo momento.

El día se estaba acabando y Peter aún no había terminado con la camioneta. Una de las ruedas perdía aire y había tenido que cambiarla, pero tardó mucho tiempo en darse cuenta y aún más en encontrar la rueda de recambio. La camioneta era muy vieja y estaba oxidada y muy deteriorada. Era de color rojo, o por lo menos, lo había sido alguna vez. Ahora el color se había oscurecido y estaba llena de golpes y ralladas. Le faltaban los cristales de las puertas y había una grieta enorme en el parabrisas. Pero era el único vehículo que tenían. Él lo había conducido muchas veces para acercarse a alguna de las granjas cercanas para comprar algunas cosas. La casa estaba en la reserva de Hachatown, entre Texas y Arkansas. Se encontraban muy apartados de cualquier pueblo y siempre que necesitaban algo, lo compraban en las granjas cercanas. Cuando estaba apretando los tornillos de la rueda, se puso a llover de nuevo. Peter pensó que era justo “lo que faltaba”. Se había llenado de barro de las lluvias del día anterior, se había hecho un par de cortes en las manos y, encima, se ponía a llover otra vez. De nuevo, empezaba a perder la ilusión. Pero ya casi estaba, solo quedaba un tornillo y habría terminado. Por fin.

Peter entró en la casa corriendo. Estaba lleno de barro y totalmente mojado. El cielo estaba terriblemente oscuro y llovía muchísimo. No parecía que aquella lluvia durara poco, seguro que estaría toda la noche igual. Peter pensó que el día siguiente sería un martirio, habría que retirar todo el barro y limpiar los comederos de los animales.

Mientras pensaba en lo duro que sería el día, subió las escaleras y se metió en la habitación.

Se secó con una toalla y se cambió la ropa mojada y llena de barro. Normalmente, habría cogido algo de comer, pero ahora no tenía hambre. Solo tenía un pensamiento en la cabeza, analizar la foto y, por fin, podría hacerlo. Levantó un poco el colchón y metió la mano. La foto estaba ahí, tal como él la había dejado. La sacó y se puso a analizarla. Cada centímetro, cada persona que salía, el fondo, todo. Pero no había nada que le diera alguna pista o le hiciera recordar. Entonces miró en la parte de atrás de la foto. Había unas cuantas palabras, como formando una especie de código:

“Expedición altares. Peter. Nacimiento.”

También había una insignia que no reconocía y una dirección, el número 16 de la avenida Marshall de Spokane, en Montana. Peter se quedó atónito, esa foto tenía alguna relación con él, ¿pero cuál? ¿Por qué aparecía su nombre? ¿Y qué significaba la palabra “nacimiento”? Esa foto tendría más de 40 años, él ni siquiera había nacido. ¿Qué significaba todo eso? Tenía que descubrirlo como fuera. Ahora estaba seguro, no había nada que le mantuviera ahí con Jack, era hora de pasar página, de descubrir su pasado.

Capítulo 3. *Corazón de guerrero*

Peter había tomado una decisión. Se marcharía. Tenía un motivo y una dirección a la que ir. Había muchas preguntas sin responder y no podía continuar como si nada. Trabajando y obedeciendo como un esclavo, dejando pasar los meses y los años. Lo había decidido y nada le haría cambiar de opinión. Pero tendría que hacerlo rápido. Solo imaginarse otro día más fingiendo frente a Jack, otro día más soportando su comida y que le volviera a llamar "chico". ¡No!, no podía soportarlo ni un minuto más, se iría esa misma noche. Total, no había nada que le mantuviera ahí.

Cogió una bolsa deportiva que tenía en el armario y metió la poca ropa que tenía. Aún no había cenado y pensó que igual pasaba mucho tiempo hasta que pudiera encontrar algo de comer. Pero no podía arriesgarse a entrar en la cocina y encontrarse con Jack, tenía que salir lo más rápidamente posible y sin hacer ruido. Abrió la puerta y bajo delicadamente los escalones. Igual que había hecho la noche anterior, poco a poco. Sabía que si no hacía ruido, Jack ni se enteraría de que se había ido. Le encantaba la idea de que Jack le llamara por la mañana, cuando él ya no estuviera. Pensó que sería increíble ver su cara cuando subiera enfadado a su habitación para golpearle de nuevo, igual que hizo la madrugada pasada, cuando Peter no le contestó. Entraría y no encontraría a nadie. A Peter se le dibujó una gran sonrisa en la cara, pensando en el enfado que tendría Jack. Su esclavo se había escapado. Ahora tendría que ser él, el que se hundiera en el barro para dar de comer a los cerdos. Ahora sería él, el animal y Peter sería libre. Al fin.

Salió de la casa y cerró la puerta con mucho cuidado. Seguía lloviendo mucho y nada más salir, ya había quedado empapado. Pero no importaba, ese era el momento preciso para irse. Nada podría con él, ni la lluvia, ni el barro, ni nada. Empezó a correr y a alejarse de la casa, pero cuando llevaba unos metros, se detuvo bruscamente. Se giró lentamente hasta estar frente a la granja, se apartó con la mano el agua de los ojos y la miró por última vez. No recordaba nada antes del accidente. Sabía que había tenido otra vida, una infancia, pero él no lo recordaba. Su nueva vida, la había vivido en esa granja y por fin, la abandonaría. No podía creer que realmente se estaba marchando, pensaba que nunca más volvería a ese lugar. Haría lo posible para olvidarlo, como si nunca hubiera existido. Solo dijo unas palabras – Adiós Jack. Hasta nunca.

Se había dirigido al bosque cercano. No quería ir por el camino, no quería encontrarse con algún conocido de Jack y que le llevara de nuevo a casa. Era mejor pasar desapercibido, seguro que en el bosque no se encontraría con nadie. Caminaría todo lo que pudiera, hasta que estuviera tan cansado que no pudiera dar un paso más. Lo importante era alejarse lo máximo posible de aquel sitio, luego, cuando la tormenta pasara y fuera de día, ya buscaría una forma de llegar a su destino.

Estaba oscuro y la lluvia lo había mojado todo. Era difícil caminar entre las plantas y las raíces de los árboles. Peter solo había estado una vez en el bosque, cuando se escapó uno de los cerdos. Recordó como tuvo que perseguirlo durante casi todo un día y al final, no lo encontró. Se había pasado el día corriendo por el bosque y la única recompensa que obtuvo fue un puñetazo de Jack por no encontrar al animal. Pero ahora era distinto, era de noche, llovía y las nubes cubrían la luna y casi no se veía nada. No había cogido ninguna linterna y prácticamente caminaba a ciegas, pero pensó que no pararía, que seguiría caminando aunque fuera con los ojos cerrados.

Por suerte, dejó de llover y el cielo empezó a aclararse un poco. Se apreciaba algo de

luz y Peter se detuvo para tomar algo de aliento. Cerró los ojos y respiró profundamente. El frescor del aire húmedo inundó sus pulmones y el fuerte olor de la tierra mojada le produjo un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Escuchaba con mucha atención. El ruido ensordecedor de la lluvia, había dejado paso a pequeños sonidos cercanos. Las gotas de agua cayendo de los árboles, las ramas agitadas por el viento, el leve sonido de los truenos que indicaban que la tormenta se estaba alejando. Era un momento increíble. Era la primera vez que se sentía realmente libre. Ahora el cielo se había despejado completamente y la luz de la luna inundaba todos los rincones del bosque. De repente, los ojos de Peter se abrieron como platos y en su cara se dibujaba una expresión de terror. Un fuerte aullido viajaba por el aire hasta sus oídos, era tan fuerte y poderoso que Peter pensó que podía incluso tocarlo. Todas las imágenes que antes le habían llenado de calma, ahora se habían convertido en un escenario terrorífico y en su mente, no paraba de repetir la misma palabra, una y otra vez: ¡lobo!

Sabía que eran capaces de oler a su presa desde mucha distancia, el animal estaría hambriento y Peter se había metido en su territorio. La cena estaba lista y tan solo tenía que ir a buscarla. Estaba indefenso, no tenía ningún arma y no conocía el terreno, además, había poca luz. El lobo podía ver en la oscuridad, pero él no, sabía que estaba en clara desventaja. Pensó que el destino le ponía una prueba más, pero él no cedería. Después del valor que había tenido para abandonar a Jack, no caería por culpa de un maldito animal salvaje. Él podía ser también salvaje, también sabría luchar por su vida y nada podría detenerlo. De nuevo, un aullido inundó sus oídos. Esta vez estaba mucho más cerca, incluso podría jurar que el sonido era diferente. Estaba claro, no era solo un animal. Había más de uno y él desprendiendo su olor humano en medio de un bosque esterilizado por la lluvia.

Peter seguía inmóvil. Sabía que no tenía que hacer ruido. Que si intentaba correr, le cazarían sin remedio. Tenía que esconderse, ¿pero dónde?, además su olor lo delataría. Tenía que fundirse con el bosque, de forma que el cazador le confundiera como parte de él. La lluvia había mojado la tierra y la había convertido en barro, quizás si se cubría con él, no lo detectarían. Quizás le confundirían con una roca. Otro aullido inundó de nuevo el silencio de la noche. Aún más cerca que el anterior. Tenía que darse prisa, apenas quedaba tiempo para que le dieran caza. Rápidamente, Peter hundió sus manos en el barro y empezó a cubrirse todo el cuerpo. Primero la camisa, luego los pantalones, los zapatos, la cabeza y por último las manos. Se arrodilló ahí mismo, sin haber dado ni un solo paso, y se encogió de hombros todo lo que pudo. Pensaba que podría parecer una roca en medio del bosque.

Apenas pasaron unos minutos cuando Peter escuchó un “crac” detrás de él. Algo había pisado unas ramas y se habían roto. Era la bestia, ¡seguro! Tenía que mantener la calma, no tenía que mover ni un músculo o sería descubierto. Quería darse la vuelta y mirar, pero sabía que si lo hacía todo se habría terminado. Tenía que aguantar, estaba convencido que pasaría desapercibido. Notaba como la presencia a su espalda, se acercaba más y más y, de repente, una respiración fuerte y profunda le acarició la nuca. Maldita sea, le estaban olfateando. ¡Le descubrirían! Por un momento pensó en levantarse y ponerse a correr, lo haría en cualquier momento, igual con la sorpresa, no le perseguirían, lo haría ahora mismo. Pero justo cuando iba a comenzar la carrera, apareció frente a él otro lobo. Era grande, tan grande que Peter pensó que ni un oso podría con él. Se quedó inmóvil, ya no había nada que hacer, ahora ya no podía salir corriendo. Cerró los ojos y se puso a recitar interiormente todas las oraciones que conocía. No era creyente, pero en un momento así, ¿que importaba eso? Iba a morir y

nadie lloraría su pérdida. A nadie le importaba. Peter pensó que el único que se pondría triste sería Jack. Qué ironía, el único que le podría llorar su muerte, era el cerdo de Jack, el destino estaba siendo muy cruel.

El gran animal se fue acercando hasta encontrarse a menos de un centímetro de la cara de Peter. Empezó a olerlo, como si no entendiera muy bien lo que había encontrado. Parecía una roca, pero el olor que desprendía no formaba parte del bosque. Lentamente, comenzó a abrir su boca, Peter tenía los ojos entre abiertos y podía ver los gigantescos colmillos del animal. De entre ellos, brotaba una espesa espuma blanca que pasaba a ser ríos de baba a medida que se desplazaba por su cuello. Podía ver el filo de sus dientes, diseñados para desgarrar carne con la eficacia de un buen cuchillo de cocina. Le iba a morder, no había ninguna duda. Le mordería y descubriría que no era una roca. Estaba perdido sin remedio, pero en ese instante, un ruido se produjo en la parte de atrás del lobo, éste se giró bruscamente y dio un salto de más de cuatro metros, lanzándose como una flecha hacia el origen del sonido. Había cogido algo entre los dientes, empezó a retorcerse en el suelo mientras gruñía de forma escandalosa. El otro lobo, pasó rápidamente por el costado de Peter, golpeándolo bruscamente, y se lanzó junto al primero. Entre los gruñidos, se escuchaban llantos de un animal. En poco tiempo, el silencio lo envolvió todo de nuevo. Los dos lobos estaban inmóviles tumbados en el suelo. En las mandíbulas del más grande, había un animal destrozado. Peter pensó que podía ser un conejo. De todas formas, fuera lo que fuera, le había salvado la vida.

Poco a poco los lobos comenzaron a comer del animal cazado. Se repartieron el botín entre ladridos y rugidos. Mientras tanto, Peter permanecía inmóvil frente a ellos. Escuchando como sus colmillos partían los huesos del animal y desgarraban su carne. Parecía que el tiempo se había detenido. ¿Cuándo se marcharían? Finalmente, cuando hubieron terminado, los lobos se estiraron junto a un árbol cercano y se pusieron a dormir. Esa escena, a Peter, le pareció familiar. Le recordó a Jack cuando terminaba de comer y se iba a su habitación. Pensó que cuando se durmieran, podría irse de ahí. Igual que había hecho con Jack. Seguro que cuando estuvieran dormidos, se podría ir.

Peter miraba fijamente a los animales esperando que estuvieran totalmente dormidos. La noche había ido avanzando y faltaba poco para la salida del sol. Ahora había más luz y se podían apreciar más detalles del bosque. Recorría cada detalle de los animales. El más grande estaba tumbado de costado, apoyando la espalda junto al árbol. El otro, un poco más pequeño, tenía la cabeza medio apoyada en las costillas del primero. Pero parecía haber otra cosa más. ¿Qué era eso que estaba junto a una de las patas de uno de ellos? No podía apreciarlo bien. Era como algo alargado y oscuro. Era... - Dios Santo – pensó Peter. Era su bolsa deportiva. Se le había enganchado en una de las patas a uno de los lobos. ¿Cómo había pasado? Le importaba muy poco la bolsa y la ropa que había metido dentro, pero también estaba la foto. No podía dejar la foto. Era lo único que tenía para descubrir quién era en realidad. Además, estaba apuntada la dirección de su destino. Con las prisas de la huida, no se la había aprendido de memoria. Tenía que recuperarla como fuera.

Hacía rato que había dejado de llover y el fresco viento de la madrugada había secado completamente el barro que cubría el cuerpo de Peter. Sabía que no podía continuar ahí. Los lobos se percatarían tarde o temprano de su presencia. No podía esperar a que se fueran para coger la bolsa. Tenía que aprovechar la oportunidad mientras estaban dormidos. Peter comenzó a moverse poco a poco. Había estado mucho rato de rodillas y tenía los músculos entumecidos, pero sabía que tenía que hacerlo, tenía

que recuperar la bolsa y continuar su camino. A cada pequeño movimiento, el barro de la ropa se resquebrajaba y se iba despegando en grandes pedazos. Peter se desplazó lo suficiente y se situó tras el árbol en donde estaban descansando las bestias. Tenía la bolsa deportiva tan cerca que casi podía tocarla. Alargó uno de los brazos, muy poco a poco, hasta que consiguió aferrar una esquina de la bolsa.

La bolsa había sido uno de los pocos regalos que le había hecho Jack. Recordaba perfectamente cuando había sido, fue en su último cumpleaños. Jack la había conseguido en la feria anual que montaban todos los años cerca de la granja. La ganó en uno de esos juegos que tienes que lanzar bolas a unos botes de conservas. Recordaba la fuerza y la violencia con la que Jack las había lanzado. Estaba seguro que después de esos golpes, tuvieron que cambiar alguna de las latas. Era una bolsa deportiva de color negro con el dibujo de la cara de un indio en el lateral y una frase que ponía "feriantes desde 1901".

Peter comenzó a tirar de la bolsa poco a poco, intentando hacer el mínimo ruido posible. La correa de la bolsa, estaba enredada en una pata de uno de los lobos, tenía que tirar con mucho cuidado. A medida que la bolsa se acercaba a Peter, la correa iba deslizándose por la pata del animal. En ocasiones, el lobo hacía un gesto de desaprobación, como queriendo sacarse de encima una mosca o algo que le molestase.

La bolsa ya estaba casi en las manos de Peter, tan solo quedaban unos centímetros y sería suya. Peter estaba cada vez más ansioso, las pulsaciones se le habían disparado y le comenzaba a caer una gota de sudor por el cuello. Deseaba dar un último estirón a la bolsa y salir corriendo de ahí, pero sabía que no podía hacerlo. No les daría motivos a esas bestias. Finalmente, Peter consiguió coger la bolsa. Se dio la vuelta y comenzó a alejarse de aquel lugar. Al principio, poco a poco, como cuando se había acercado para recuperar la bolsa. Cuando ya había conseguido un poco de distancia, comenzó a moverse más rápidamente, hasta que al final, estaba corriendo como un poseso por el bosque, camino a la libertad. El destino le había puesto en una situación muy difícil, pero había conseguido superarla. Pensó que ya no habría nada que le pudiera parar, ni si quiera unos lobos hambrientos habían podido con él.

Ya había salido el sol y sus rayos iluminaban todos los rincones del bosque. Se escuchaban los sonidos de la mañana, como los pájaros, las hojas y el viento. Llevaba mucho camino recorrido, no podía faltar mucho para llegar a la carretera estatal. Y así fue. Ahí estaba. Había conseguido salir del bosque.

Capítulo 4.*Los primeros pasos hacia la verdad*

Peter ya no recordaba cuanto tiempo había estado caminando por la estatal 259. Era muy extraño, no había pasado ni un solo coche en toda la mañana. Estaba cansado y hambriento, solo tenía ganas de encontrar la parada del autobús para que le llevara a Broken Baw. No era un pueblo grande, pero era el más cercano a los lagos de Hachatown. Había atravesado el bosque de la reserva, llevaba toda la noche y toda la mañana caminando y necesitaba un descanso. Afortunadamente, ya se podía ver el poste de la parada del autobús. No sabía que le diría al conductor, lo cierto es que no tenía dinero, pero supuso que lo podría convencer. Quedaban muchos kilómetros hasta Spokane y todo su viaje comenzaba por convencer a un conductor de autobús, para que le acercara al pueblo más cercano.

El autobús no tardó mucho en llegar. Peter pensó que había tenido suerte. Durante toda la mañana, no había visto ni un solo coche y ahora, tan solo unos minutos después de llegar a la parada, aparecía el autobús. Era un vehículo antiguo, de esos metálicos que recuerdan a los vagones del metro. Se detuvo frente a él y se abrieron las puertas delanteras. Peter subió los tres escalones y se plantó frente al conductor. Tenía la ropa sucia y llena de barro. Se imaginaba lo que el conductor debía pensar de él. Seguro que le confundía con algún vagabundo y, más aún, cuando le dijera que no podía pagar el billete. Seguro que intentarían sacarlo del autobús. Pero él no lo permitiría, se dijo a sí mismo, que no lo permitiría. Tenía que continuar su viaje como fuera.

—Hola muchacho, ¿estás bien? —el conductor era un hombre mayor, con gafas y con la cara redonda y sonrojada por el calor—. Pareces un poco perdido, ¿puedo ayudarte en algo? —Peter no esperaba un recibimiento tan agradable, se había hecho a la idea de que le echarían de ahí.

—Hola señor —Peter bajó la mirada y la dirigió al suelo—. Salí a noche con unos amigos y me he perdido. Vivo en Broken Baw, pero no tengo dinero para el pasaje —intentó ser lo más convincente posible, aunque no le hacía mucha falta. Ciertamente estaba perdido.

—Tranquilo, hijo, no te preocupes. Pasa y siéntate. En un par de horas llegaremos a Broken Baw.

—Gracias señor —a Peter se le iluminó toda la cara—. De verdad que se lo agradezco.

Avanzó por el pasillo del autobús, mientras éste se ponía en marcha. Prácticamente no había nadie, tan solo un par de personas, con uniformes de faena del campo. Peter lo conocía bien, había llevado uno durante mucho tiempo. Sabía que su aspecto no les importaría nada en absoluto. Si esos hombres llevaban ese uniforme, quería decir que tenían una vida tan dura como la suya. Sabían lo difícil que era avanzar un solo día y seguro que muchas veces habían terminado llenos de barro como él. En cierta forma, Peter se compadecía de ellos. Él había comenzado una nueva vida, una vida de esperanza. Había tenido el valor de enfrentarse a su destino y se estaba creando su propio futuro.

Se sentó en el primer asiento vacío y fijó la mirada en los árboles que iban pasando por la ventana. Lo había conseguido. Había huido de su prisión, pero en su huida, no había dedicado ni un minuto al recuerdo de sus cosas, de sus vivencias. Su mente se llenó de imágenes de la granja, de su trabajo diario. Se veía a sí mismo poniendo la comida para los cerdos y las gallinas. Recordaba como Jack le despertaba todas las mañanas de la misma forma. Lo mucho que había odiado que Jack le llamara “chico”. De repente fue consciente de que todo aquello no volvería a suceder. Los ojos se le llenaron de

lágrimas mientras miraba con nostalgia los campos por la ventana. Estaba agotado. Pensó en cerrar un rato los ojos, solo un rato, no quería dormirse. Solo cerraría un rato los ojos...

—¡Muchacho!, ¡muchacho!

—¿He?, ¿Cómo? —Peter abrió los ojos y se incorporó de un salto.

—¡Tranquilo!, te has dormido —el conductor estaba frente a Peter y había puesto una de sus manos sobre su hombro—. Solo te has dormido, pero ya hemos llegado.

—¿Ya hemos llegado? Yo... yo... ¿Cuánto tiempo he dormido?

—Yo diría que unas dos horas. Has estado durmiendo como un lirón —el conductor esbozó una gran sonrisa—. Se ve que lo necesitabas, ¿he?

—¿Dos horas? —Peter puso cara de sorpresa, él solo había cerrado un rato los ojos, no había querido dormirse.

—Es la mejor forma de viajar: entras, te pones a dormir y cuando te despiertas, ¡ya has llegado! —el conductor le dio la espalda a Peter y se dirigió a su asiento—. Querías ir a Broken Baw, ¿no? Pues ya hemos llegado.

Peter se levantó del asiento y se dirigió a la salida del autobús. Los dos hombres que había visto al entrar, ya no estaban. Seguramente se habían bajado cerca de alguna granja. Pensó que mientras él había estado durmiendo, aquellos hombres debían haber estado trabajando la tierra y dando de comer a los animales. Se sentía extraño, era la primera vez que había dormido a esas horas.

—¡Espera muchacho! —el conductor había vuelto de su asiento y estaba ahora junto a Peter—. Quiero que te quedes con esto, es todo lo que llevo encima —en sus manos habían unos cuantos dólares.

—Señor, no sé qué decir...

—No digas nada y cógelo. No es mucho, pero te servirá de ayuda para ir a donde tengas que ir.

Peter comprendió que aquel hombre no se había creído ni una palabra de su historia. Estaba sorprendido y emocionado. Nunca nadie le había tratado con tanto cariño, nunca nadie le había ayudado de esa forma y menos aún un desconocido. Tomó el dinero y se marchó.

Finalmente estaba en el pueblo, ahora tenía que encontrar alguna forma de llegar a Spokane, pero estaba hambriento. Habían pasado casi 24 horas desde la última vez que comió algo y su estómago no paraba de hacer ruidos extraños. Ahora tenía algo de dinero, no era mucho, pero sería suficiente para comer alguna cosa y tomarse una bebida.

Entró en la cafetería que había frente a la estación de autobuses. Era un local alargado y estrecho. Con una gran barra en la parte izquierda que lo seguía de una punta a la otra. En la derecha, había unas mesas con unos grandes butacones de color rojo, como los de los trenes. Dejó la bolsa deportiva en el suelo y se sentó en uno. No era difícil que la única camarera se hubiera fijado en él desde el momento en el que entró. Estaba sucio y aún tenía mucho barro por la ropa. Era una mujer rubia, de unos 40 años. Llevaba un maquillaje estridente, con los labios pintados de un fuerte color rosa.

—¿Qué quieres tomar? —Peter miró el dinero que le había dado el conductor.

—¿Cuánto cuestan los bocadillos?

—Hay de varios precios. Pero si quieres puedo hacerte uno de carne por 3 pavos.

—¿3 dólares? —el conductor le había dado 5 dólares. Efectivamente no era mucho, pero tenía que comer algo —. ¡Vale!

—¿Te pongo también un refresco?

—¿Cuánto cuesta?

—Tranquilo, al refresco invita la casa. ¿una Pepsi? —la camarera se había dado la vuelta y estaba entrando en la cocina del local —. Por cierto, si quieres ir al servicio, está en la puerta del fondo.

Peter entendió la indirecta. Tenía que asearse un poco. Había sufrido tanto que ni pensó en la imagen que estaba dando. Se levantó y se dirigió al servicio. Recordó que en la bolsa había puesto algo de ropa. Por lo menos, podría adecentarse un poco.

—Ahora estás mucho mejor —la camarera llevaba una bandeja en las manos con el bocadillo y el refresco —. ¿Eres de por aquí?, no recuerdo haberte visto antes.

—Gracias —Peter cogió el bocadillo y el vaso de refresco. Le dio un gran sorbo y se secó la boca con la mano —. No soy de aquí. Solo estoy de paso.

—Aquí todo el mundo está de paso. ¿A dónde vas?

—a Spokane —Peter tenía tanta hambre que comenzó a comer el bocadillo mientras hablaba.

—¿Spokane?, eso está muy lejos. En Montana, ¿no? —Peter tenía la boca llena y asintió con la cabeza —. Y ¿Cómo piensas ir?

—Aún no lo sé. Ya se me ocurrirá algo —Peter intentó utilizar un tono despreocupado. Como si estuviera acostumbrado a este tipo de situaciones. No quería dar la impresión de que estaba perdido.

—Muy bien —la camarera se dio media vuelta y empezó a recoger algunos platos y vasos que habían en otras mesas —. Por si te sirve de algo, en la otra esquina hay una empresa de transporte. Salen continuamente camiones hacia todas partes. Igual puedes conseguir una plaza en uno de ellos.

Eso era una gran idea. Igual podía convencerlos de que le dejarán ir dentro de uno de los camiones. Si no, siempre podría ir haciendo autoestop. Peter terminó el bocadillo, se levantó, cogió la bolsa deportiva y dejó los tres dólares en la barra. El sonido de unas campanillas, le acompañaron mientras se cerraba la puerta del local.

Tal como había dicho la camarera, en la otra parte de la calle, había una empresa de transporte. Era una gran nave industrial con un cartel oxidado en el que ponía “Transportes A. K. Wistlow”. Peter cruzó la calle y se puso frente a una ventanilla que había junto a una gran puerta metálica.

—¡Disculpe!, ¿hay alguien? —no había nadie atendiendo en la ventanilla. Peter insistió aumentando el tono de voz —. ¿Hay alguien?

—Ya voy, ¡ya voy! —apareció un hombre mayor, muy gordo y calvo. Llevaba una camiseta sin mangas de color blanco con grandes manchas de sudor. Hacía mucho calor, y el pequeño ventilador que había en la sala, no parecía de gran ayuda —. ¿Qué quieres?

—Verá... tengo que ir a Montana y me han dicho que igual usted podría ayudarme.

—¿Ayudarte? —el hombre se puso un cigarro medio aplastado en la boca —. ¿Y porque iba a ayudarte?, ¿acaso crees que esto es una ONG?

—No, señor. Puedo trabajar para pagarme el transporte. No me queda dinero, he estado en la cafetería y...

—¿En la cafetería? —el hombre sacó medio cuerpo por la ventana y se quedó mirando fijamente al bar de la esquina —. Esa maldita Magie!, siempre me está enviando a

desgraciados y pirados. Está bien chico, ponte en ese muelle de carga –el hombre señalaba una pasarela metálica con la mano –. Junto al camión negro.

¿"Chico"? ¿le habían llamado "chico" otra vez? Peter se quedó mirando fijamente a aquel hombre, buscando algún parecido con Jack. Por un momento pensó en darse la vuelta y marcharse, pero tenía que aguantar. Tenía que afrontar sus miedos. Las respuestas que buscaba no estaban tan lejos y ese hombre, gordo y sudoroso, podía acercarle a su destino.

Sabía lo que era el trabajo duro. Durante los últimos tres años, había tenido que soportar el trabajo de la granja. Había trabajado en las peores condiciones. Bajo el sol más abrasador y bajo la lluvia más tormentosa. Pero nada había podido con él. Ni siquiera el cerdo de Jack. De repente Peter se quedó paralizado. ¿Jack?, había olvidado la hora que era. Había pasado toda la mañana y seguramente Jack estaría enfurecido. Lo habría llamado al amanecer pero no habría obtenido ninguna respuesta. Seguro que le habría buscado por todas partes, gritando y diciendo amenazas estúpidas. Pero las tareas de la granja se tenían que hacer estuviera él o no. Peter dio una gran carcajada. Se imaginaba a Jack dando de comer a los cerdos, entre el barro, soportando el calor y el mal olor de los animales. Su triunfo había sido total.

El hombre gordo le indicó la carga que tenía que meter en el camión. Eran unos botes de algún producto de limpieza. Había muchísimos y desprendían un olor extraño, como a regaliz. Peter comenzó a cargarlos en el tráiler. Seguramente tardaría toda la tarde. El hombre le dijo que el camión saldría a media noche. Que su destino era Seattle, pero que pasaría por Spokane.

Hacía rato que había oscurecido y las campanas de la iglesia repicaron 11 veces. Peter continuaba cargando los últimos paquetes en el camión. No se había puesto guantes y tenía las manos doloridas.

—¿Te falta mucho para terminar? –el hombre gordo estaba frente a Peter. Se había puesto una chaqueta que cubría la camiseta sudada.

—No, ya termino, solo me faltan esos de ahí –Peter señalaba a una pequeña pila de paquetes que estaba junto a una pared.

—Bien. Supongo que estarás muerto de hambre, cuando termines, entra en la oficina y te darán algo de comer –el hombre se acercó a Peter y le dio 50 dólares, se dio la vuelta y entró por la enorme puerta metálica.

A Peter no le llevó mucho más tiempo cargar todos los paquetes. Estaba cansado y hambriento. Pensó en lo traicionera que era la vida, había abandonado una vida de esclavitud, pero no parecía que hubiera cambiado mucho su situación. Seguía trabajando duro por un plato caliente.

Entró en la oficina. Había unos hombres hablando en una de las mesas. Uno de ellos agitaba exageradamente los brazos y no paraba de gritar y de insultar al otro. Finalmente, dio un puñetazo sobre la mesa y salió de la habitación. En ese instante, entró por la puerta una mujer. Peter la conocía, era la camarera que le había atendido al mediodía en la cafetería. Se había cambiado de ropa, pero su maquillaje seguía siendo igual de estridente.

—Pareces sorprendido –la mujer se dirigía a Peter con una gran sonrisa en la cara –. Tranquilo, ese cascarrabias es mi suegro. En el fondo tiene buen corazón. Mi nombre

es Magie!

—¡Ah!, hola. Me llamo Peter —Era la primera vez que decía su nombre. Peter estaba emocionado, ahora ya no le llamarían “chico” o “muchacho”.

—Encantada Peter —La mujer le hizo un saludo desde el otro lado de la habitación —. Supongo que querrás comer algo. ¡Ya ves!, esta gente solo me quiere para que les sirva! —mientras decía esas palabras, Magie alzó la voz y clavó la mirada en el hombre gordo —. Siéntate en esa mesa y ahora te traeré un plato de sopa y un refresco.

Era muy tarde y la cafetería estaba cerrada. Por lo visto, Magie preparaba comida para los conductores de la empresa de su suegro, el hombre gordo y calvo con el que había hablado esa tarde. Traía unos botes de plástico transparente llenos de sopa. La mujer abrió uno de los recipientes y lo inclinó sobre un tazón. Mientras se lo traía, el ambiente se llenó del cálido aroma de una sopa casera. A Peter se le hacía la boca agua. Había trabajado mucho, muchísimo, y estaba muerto de hambre. Apenas Magie le dejó el tazón en la mesa, Peter se lanzó sobre él, metió la cuchara y se la llevó a la boca con gran velocidad. Tal era su ansia, que no tuvo en cuenta la temperatura de la sopa.

—¡Argggg! ¡Mierda! —Peter dio un alarido y no pudo evitar lanzar la cuchara al aire.

—Ja, ja, ja... —el hombre gordo se puso a reír descontroladamente —. Ya ni los forasteros soportan tu sopa, Magie, ja, ja, ja.

—¡Cállate Arthur! —Magie recogió la cuchara del suelo —. ¿Te has quemado mucho?

—Peter se estaba tapando la mano con la boca, soportando un dolor intenso —. ¿Te traigo un poco de agua? —no hacía falta que contestara, Magie fue rápidamente a buscar un poco de agua. Peter se la bebió de un tirón.

—Muchas gracias —Peter se había puesto totalmente colorado y tenía los ojos llorosos —. No pensaba que estaría tan caliente.

—Bueno, ahora ya lo sabes. Come con más cuidado —Magie le había traído otra cuchara —. Me recuerdas mucho a mi hijo, siempre con prisas.

Aunque seguía sintiendo mucho dolor, Peter continuó comiendo. No solo se había escaldado la lengua, la herida que le había provocado Jack en el labio, le volvía a doler como en el momento en que se la hizo. Iba alternando las cucharadas de sopa con pequeños sorbos de Pepsi. Cuando se terminó la bebida, cogió uno de los hielos del vaso y se lo puso en la boca. El dolor, poco a poco, fue desapareciendo.

Poco después de terminar de cenar, la puerta de la habitación se abrió bruscamente. Frente a ellos, se postraba un hombre alto y fornido. Vestía una camisa de cuadros rojos y verdes, unos pantalones vaqueros y unas gastadas botas puntiagudas. La densa barba y las grandes gafas oscuras apenas permitían verle la cara y una gorra de los Lakers cubría su densa cabellera. Lentamente, alzó el brazo hacia su cara y se quitó las gafas. Justo en ese momento, dejó al descubierto un gran tatuaje en uno de sus brazos. No había ninguna duda. Era el conductor del camión que Peter había estado cargando durante toda la tarde. En el lateral de la cabina, había pintada una sirena sentada sobre una roca. Exactamente la misma que en el tatuaje que acababa de ver.

—Por las barbas de tu abuela y de mi madre. ¡Joe!. Pensaba que ya no vendrías —El hombre gordo se había desperezado y hablaba sonriente al hombre de la puerta.

—¿Éste es el polizón? —Joe tenía el brazo levantado ligeramente, señalando a Peter.

—Sí, así es —el hombre gordo volvió a aposentar su cuerpo en el sillón —. Tienes que dejarlo en Spokane.

—¡Joe, maldito bastardo! —Magie se abalanzó sobre Joe, le abrazó con fuerza y le dio

un caluroso beso en la boca –. ¿Cuántas veces te he dicho que me avises si vas a llegar tarde?, tendría que dejarte plantado aquí mismo –Magie hablaba amenazadoramente al hombre –. Eres igual que tu padre, aun no sé porque te soporto –Magie abrazó a Joe y se besaron de nuevo.

—¿Cómo te llamas chaval? –Joe se había separado un poco de Magie y dirigía la mirada a Peter. Antes de que pudiera contestarle, la mujer se adelantó.

—Peter, se llama Peter –Magie empezó a golpear el pecho de Joe con el dedo de la mano –. Y ya puedes tratarlo bien. Ha trabajado mucho toda la tarde. Se ha ganado el sitio en ese trasto tuyo con ruedas.

—Muy bien, Peter –Joe se dio media vuelta y se puso de nuevo las gafas –. Ya puedes ir subiendo, nos vamos! –el hombre le dio una palmada en el trasero a Magie y salió por la puerta.

Peter pensó que el momento de la verdad había llegado. Hasta ahora, tan solo había sido una excursión. Se había ausentado de casa, había dejado sus tareas en la granja y con toda seguridad, habría hecho que a Jack le salieran chispas de la cabeza. Pero no había sido más que una chiquillada. Apenas estaba a un par de horas de su antigua vida, la situación podría cambiar en cualquier momento. Pero el próximo paso era muy diferente. Se embarcaría en un camión que le llevaría a otro estado, realmente lejos de Hachatown. Estaba ansioso y deseoso de emprender el viaje. Se levantó de la silla y se dirigió a toda velocidad hacia el camión.

Justo antes de pasar por la puerta, fijó la mirada unos segundos en Magie. Peter no recordaba a su madre y aquella mujer había sido realmente cariñosa con él. Ella estaba de espaldas, sentada junto al hombre gordo y calvo. Pensó en despedirse y agradecerles todo lo que habían hecho por él, pero simplemente apartó la mirada y continuó caminando.

Capítulo 5.12 *ruedas*

El camión de Joe era grande y viejo. Estaba lleno de golpes y arañazos. En uno de los laterales, había una pintura de una mujer semi desnuda, pero estaba tan dañada que tan solo se podía apreciar su rostro. No había duda, era la cara de Magie, pero con algunos años menos que ahora.

—Preciosa, ¿verdad? —la voz de Joe era tosca y con cierto tono chulesco.

—Bueno yo... —Peter había clavado la mirada directamente en la pintura, sin tener en cuenta que la imagen era la de una mujer desnuda.

—Tranquilo, no pasa nada —Joe desvió la mirada —. Hace años, esa pintura estaba perfecta y podían verse sus grandes pechos —en el rostro del hombre, se dibujó una gran sonrisa —. ¿Vienes o no?

—Si, claro —Peter dio un pequeño salto y se colocó en el asiento del copiloto.

La cabina no era mejor que el resto del camión. La tapicería estaba gastada y había varios trozos cosidos de mala manera. De la parte superior, colgaban multitud de pequeños adornos y algunas cintas de colores. Joe se puso al volante y con un gran rugido puso en marcha el pesado vehículo. Era uno de esos camiones grandes, con seis ejes y un remolque que parecía tan grande como una casa. El hombre presiono el acelerador y las ruedas comenzaron a girar lentamente. El motor rugía con fuerza mientras dos columnas de humo negro salían despedidas de los tubos de escape.

—¿No habías estado nunca en un camión?

—No, la verdad es que no —Peter intentaba cambiar la cara de asombro.

—Esto es una pequeña parte de mi —Joe alargó el brazo y pasó suavemente su mano por la guantera —. Aquí he dejado los mejores años mi vida.

—¿Hace mucho tiempo que lleva un camión? —Lo cierto era que a Peter no lo importaba mucho. Estaba cansado y no quería conversación, pero aquel hombre le infundía más miedo que otra cosa. Todo iría mejor si intentaba hacerse amigo de él.

—¿Y eso a ti que te importa? —el hombre dirigió repentinamente la mirada al muchacho —. ¿Acaso estás intentando ligar conmigo?, ¿eres de esos?

—No... yo... no... —Peter comenzó a tartamudear torpemente —. ¿De esos?... no, no...

—Ja, ja, ja, es broma —Joe se puso a reír bruscamente —. Es solo una broma, ja, ja, ja... tranquilo hombre.

—Si, claro —Peter dibujó una falsa sonrisa en su rostro.

—Tenemos mucho camino por delante, hay que tomarlo con humor —el hombre encendió la radio y comenzó a sonar una vieja canción country —. ¿Quieres una cerveza?

—Bueno... yo.

—Claro, aún eres un chaval, ¿no? —Joe separó ligeramente sus oscuras gafas y centró la mirada en Peter —. ¿Cuántos años tienes?

—Bueno... yo... —por un momento, pensó en mentir y decir que ya era mayor de edad, pero ese hombre le seguía dando miedo, sería mejor evitar cualquier enfrentamiento —. Tengo 17.

—¿17?, supongo que no pasa nada si tomas una cerveza, ¿no? —el hombre dio un ligero golpe con su puño en el hombro de Peter —. La edad no hace a un hombre, ¿verdad?

—Si... supongo que tiene razón —Joe se colocó de nuevo sus gafas oscuras y centró la mirada en la carretera.

—Pues coge una birra, están en una caja detrás de tu asiento.

Peter se soltó el cinturón de seguridad y alargó el brazo por detrás de su asiento. Había

una nevera de esas portátiles de color blanco con la tapa roja. Estaba llena de hielo y latas de cerveza. Tomó dos y le entregó una a Joe. Sin apartar la vista de la carretera, acercó la lata a un pequeño saliente metálico junto al volante y arrancó la anilla de un golpe seco.

—Está buenísima —Joe dio un gran trago a la cerveza—. Bien fría, como a mi me gusta.
—Si, está muy buena —Peter no recordaba haber bebido alcohol nunca y el sabor amargo de la cerveza le pareció asqueroso. Aun así, hizo un esfuerzo y dibujó en su rostro una gran expresión de satisfacción.
—Dentro de poco pararemos a comer algo.
—¿Falta mucho para llegar? —Peter centró la mirada en su ventana, mirando los laterales de la carretera.
—Si, tardaremos toda la noche —Joe dio otro gran sorbo a su bebida—. En unos treinta kilómetros, hay un restaurante... pararemos y nos repondremos un poco.

La oscuridad reinaba en aquella carretera. Tan solo los gastados faros del vehículo iluminaban unos metros frente a ellos. Peter estaba pensativo. Era increíble que un hombre con esa actitud y ese trasto de camión no hubieran tenido un accidente. Según Joe, ese camino lo había hecho durante años y nunca había tenido el más mínimo altercado. De repente, tras una curva, se les presentaba una larguísima recta en la que podían apreciarse unas luces de colores. A medida que se acercaban, podía distinguirse con claridad un local en el que un rótulo luminoso invitaba a entrar y a disfrutar de ciertas compañías. Parte del rótulo estaba dañado y algunas letras no conseguían mantenerse encendidas. Parpadeaban sin parar e incluso por momentos, parecían saltar algunas chispas de las conexiones.

—Ya hemos llegado —Joe deslizó el freno de mano y de un salto salió de la cabina—. El mejor sitio del mundo.

En el cartel podía leerse “carne y chicas”, aunque parte de la primera palabra estaba apagada, era fácil descifrar el título. Habían querido hacer un juego de palabras entre la carne de comer y la “carne” que representaba las mujeres. Era de un color rosado tirando a naranja. Posiblemente, el color que ahora tenía era consecuencia del mal estado en el que se encontraban las luces. Bajo el cartel, una gran puerta de cristal mugriento indicaba sin ninguna duda que era la entrada principal. Joe la abrió sin contemplaciones y se dirigió al interior como el que entra en su casa.

—Joe, maldito cabrón, ven aquí y dame un achuchón —junto a la barra, había una mujer que se dirigió rápidamente hacía el hombre. Cuando estaba apenas a un metro de él, le propinó una fuerte bofetada en la cara—. No se nada de ti desde hace más de un mes, ¿es que no sabes llamar?
—Tranquila Rita —las oscuras gafas habían salido despedidas y Joe se agachó para recogerlas—. No te enfades, nena.
—¿Y este quien es? —la mujer señalaba desafiadoramente a Peter—. ¿Tienes un hijo?
—No, no —el hombre se había incorporado y se estaba colocando las gafas de nuevo en su lugar—. Solo le estoy llevando... es parte de mi carga.

La mujer miró fijamente a Peter durante unos segundos. Su voz era estridente y masticaba chicle de forma ruidosa. Finalmente, desvió la mirada y se dirigió de nuevo al asiento junto a la barra.

—¡Que mujer! —Joe centró la mirada en Peter—. Si quieres un consejo, nunca hagas

enfadar a una mujer de Oregón.

—Supongo que solo estás de paso —la mujer se encendió un cigarrillo estrecho y tremendamente largo.

—Bueno, supongo que puedo estar unas horas —Joe sacó un mechero de su bolsillo y se lo ofreció a la mujer—. Solo para recordar viejos tiempos.

—Tendría que enviarte a paseo —Rita aspiró con fuerza de su cigarrillo y lanzó todo el humo a la cara del hombre—. Pero ya me conoces, me encantan las causas perdidas.

—Chico, pide algo de comer, yo vendré en un rato —la mujer había cogido a Joe de la solapa de la camisa y lo dirigía hacia la puerta que había en una esquina tras la barra.

De repente, Peter se encontraba solo en medio de aquel lugar perdido. Se preguntó qué pensaría Magie si se enterara de lo que estaba pasando. Aquella mujer se había portado muy bien con él y aunque no la conocía ni la volvería a ver, sentía que se merecía algo mejor que Joe. Momentos después, apareció un hombre tras la barra. Era tremendamente gordo y llevaba un delantal mugriento que le cubría parte de la camiseta. Llevaba un pañuelo en las manos que pasaba una y otra vez por su sudada frente.

—¿Qué quieres comer? —el hombre separó el pañuelo de su cara y lo pasó por encima de la barra a modo de trapo.

—Yo... no se... —Peter no había dado ni un paso, seguía inmóvil en la entrada del local.

—Pero pasa hombre, pasa... que nadie se te va a comer —el hombre había terminado de pasar el pañuelo por la superficie y se lo estaba atando al cuello.

Peter comenzó a avanzar lentamente hacia el asiento que tenía en frente. El local no era muy grande. Tenía una gran barra que lo dividía de punta a punta, pero apenas habían unos metros desde la entrada. A medida que Peter se acercaba, podían apreciarse mejor cada uno de los detalles. La barra era de madera y estaba hinchada y muy dañada. Frente a ella, habría unos diez taburetes con la tapicería roja, o por lo menos, algún día la debieron tener de ese color. Lentamente, Peter se sentó sobre uno de ellos y centró la mirada en el hombre gordo. Ahora podía apreciar con detalle el pañuelo que rodeaba su cuello. Estaba lleno de manchas y pequeños trozos de comida.

—Te puedo poner uno de nuestros famosos filetes, ¿Qué te parece? —sorprendentemente, el hombre tenía un tono de voz amable y considerado—. ¿Con unas patatas?

—Sí, por favor —Peter miraba atónito como el hombre gordo desaparecía tras la puerta de la cocina.

Al poco rato, el hombre apareció de nuevo con el plato de carne con patatas. Peter no dudo ni un segundo en comer aquel filete. No entendía como podía ser famoso ese trozo de carne, grasiento y quemado por las brasas, pero era mucho mejor que lo que Jack le daba para comer. Por un momento, el pesado gusto del puré de patatas con arroz le inundó toda la boca.

—Está bueno, ¿verdad? —el hombre gordo estaba pasando de nuevo su pañuelo por la superficie de la barra—. Es nuestra especialidad. Lo hago exactamente igual que lo hacía mi padre y su padre antes que él.

—Sí, está buenísimo —lo cierto es que era uno de los mejores platos que había comido Peter, o por lo menos desde que tenía recuerdos.

—Oye muchacho —el hombre se inclinó ligeramente sobre la barra, acercándose más a

Peter —. No sé que estás haciendo con Joe, pero no es una buena compañía.

—No lo conozco de nada, solo me está llevando a Spokane, nada más.

En ese instante, la puerta de la esquina se abrió bruscamente y apareció Joe junto con la mujer. Estaban riendo descaradamente y el hombre sostenía una botella de licor en sus manos. La acercó a su boca y dio un gran trago. Mientras tanto, la mujer se alejó de él y se sentó de nuevo en el taburete que estaba junto a la barra.

—¿Ya has comido? —Joe caminaba tambaleante.

—Sí, un buen trozo de carne —Peter dirigió la mirada a su plato, no queriendo enfrentarla con los ojos de Joe.

—Joder, ¡que buena pinta tiene esto! —Joe se sentó en la silla junto al muchacho —. ¡Phil!, ponme un filete de los tuyos... y unas cervezas.

—No, yo no... —apenas Peter comenzó la frase, cuando Joe le colocó su brazo sobre el hombro y le interrumpió bruscamente.

—No me seas... ¡vamos!, ¿te tomaras una cerveza conmigo, no? —la voz del hombre no era clara y hablaba balbuceando, claramente perjudicado por el alcohol.

—Bueno... sí... claro.

—Así me gusta, hombre —Joe dio una fuerte palmada en el hombro del muchacho.

Igual que antes, el hombre gordo sirvió otro plato de carne con patatas. Esta vez, el filete era mucho más grande y crudo que el anterior. Joe hundió con fuerza el tenedor y cortó un gran trozo. La carne estaba tan cruda, que del tajo salió una gran cantidad de sangre que se deslizó rápidamente por el plato. El hombre, untó el pedazo de carne en la sustancia, como si se tratara de una deliciosa salsa y finalmente se lo introdujo en su boca.

—Mmmmm, esto es una delicia —Joe masticaba ruidosamente con la boca abierta. A Peter le recordaba mucho la forma en como comía Jack —. Bueno, chico, dime para que coño quieres ir a Spokane.

—Bueno, yo... —Peter estaba inquieto, el recuerdo de Jack le había puesto nervioso —. La verdad es que no quiero hablar de eso.

—Ja, ja, ja... —Joe pasó el brazo por el cuello de Peter y comenzó a reír exageradamente —. El muchacho no quiere hablar... ja, ja, ja... dime... ¿que secretos escondes?

—Deja en paz al chico, Joe —la mujer que antes había estado con el hombre intervino mientras se encendía otro cigarrillo.

—Tu cállate, Rita, no te metas —Joe alargó el brazo y lo bajó rápidamente, como si abanicara el aire.

La mujer hizo el gesto de querer intervenir, pero el hombre gordo tras la barra la miró fijamente y ella se quedó callada. No le había dicho nada, pero en esa mirada había más palabras que en todo un recital. Por lo visto, no era solo Peter el que sentía que en aquel hombre había un lado oscuro. Lo mejor sería seguirle la corriente.

Cuando terminaron de comer, Joe sacó un fajo de dinero del bolsillo y dejó unos billetes sobre la barra. Lentamente se acercó a Rita, le rodeó el cuello con su brazo y le dio un fuerte beso en la boca. Apenas pasaron unos segundos, ella le apartó con el brazo bruscamente. Joe no dijo nada, simplemente se colocó bien sus gafas oscuras y salió por la puerta. Peter salió tras él y subió a la cabina del camión. Joe no estaba hablador, se había hecho tarde y la combinación que hacían la música y el ronroneo del camión, eran un somnífero perfecto. Al poco rato, Peter había cerrado los ojos.

Capítulo 6. *Ecos del pasado*

El camión se detuvo de forma brusca junto a un cartel que indicaba la entrada a Spokane. Joe estiró los brazos y miró a Peter tras sus oscuras gafas. Ninguno de los dos dijo nada, no hacía falta. Apenas se conocían y sus destinos se separarían en ese instante. Peter cogió la bolsa deportiva y bajó del camión. Cuando se estaba alejando, Joe hizo sonar dos veces la bocina. A Peter se le dibujó una sonrisa en la cara. Ese sonido representaba las palabras más tiernas que aquel hombre le había dicho. Mientras se alejaba, Peter pudo fijarse de nuevo en la borrosa pintura de la mujer. Aunque estaba muy dañada, la luz de la mañana la iluminaba con claridad y podía apreciarse su belleza.

Joe le había dejado en la entrada del pueblo. No estaba lejos, pero tendría que caminar un rato hasta llegar al bullicio de sus calles. Spokane no era un pueblo pequeño, más bien, era una ciudad mediana. Con multitud de personas y de tiendas. Peter cogió la foto de la bolsa y estuvo mirando detenidamente la dirección que había en el anverso. No fue difícil encontrarla. Tuvo que preguntar a un par de personas, pero finalmente estaba frente a la puerta del número 16 de la avenida Marshall. Peter estaba nervioso y ansioso. Por fin obtendría alguna respuesta. No sabía quién vivía en esa casa ni qué relación tendría con él, pero las únicas pistas que tenía, le habían llevado hasta ahí. Alzó la manó lentamente y pulsó con decisión el timbre de la puerta. Poco después, se oyeron unos murmullos y la puerta se abrió. Frente a Peter se encontraba una mujer de unos 35 años. Parecía que estaba hablando con alguien y mientras abría la puerta, estaba diciendo unas palabras, utilizando un tono de voz bastante alto. Decía algo relacionado con llegar tarde a algún sitio. Probablemente, le estaría diciendo a su hijo que terminara de vestirse. La mujer centró la mirada en Peter y cambió la expresión de su rostro.

—¡Hola! —dijo la mujer extrañada.

—Hola, yo... —apenas Peter comenzó a hablar, la mujer le interrumpió.

—Perdona pero pensaba que eras otra persona. Tengo un poco de prisa y ahora no tengo tiempo para... —la mujer dejó de hablar y miró con ternura a Peter—. Mira, si quieres venderme algo, deja la información en el buzón y ya me la miraré, ¿de acuerdo?

—No, no... no quiero venderle nada —Peter acercó la foto a la mujer—. Estoy buscando a una persona que vive aquí.

—¿Una persona que vive aquí? —la mujer estaba sorprendida—. ¿A quién buscas?

—Pues, no lo sé. Ésta foto es todo lo que tengo y estoy buscando a la persona que la hizo —Peter dio la vuelta a la foto y le enseñó la dirección a la mujer—. ¿Ve?, la persona que la hizo vive en esta dirección —la mujer cogió la foto y la miró con detenimiento.

—Sí, no hay duda de que es aquí. Pero no tengo ni idea de quien ha hecho esta foto —la mujer comenzó a mirar detenidamente a cada una de las personas que estaban retratadas—. ¡Espera! ¡Creo que reconozco a alguien! —la mujer estaba señalando a uno de los hombres de la foto—. Juraría que es el hombre que nos vendió la casa, pero mucho más joven.

—¿El hombre que les vendió la casa? ¿sabe su nombre?, ¿dónde vive? —Peter estaba nervioso, necesita respuestas y las necesitaba de inmediato.

—Pues no recuerdo mucho de él —la mujer alzó la cabeza y entrecerró los ojos, como si estuviera haciendo un esfuerzo por recordar—. Han pasado varios años. Vimos esta casa por casualidad y la compramos de inmediato. Prácticamente no negociamos y desde entonces, no hemos vuelto a saber nada de él —la mujer cerró uno de sus ojos, esforzándose aún más por recordar—. ¡Conrrad!, ¡Walter Conrrad! —la expresión de la mujer cambió repentinamente—. Ahora lo recuerdo. Se llamaba Walter Conrrad.

—¿Y sabe dónde puedo encontrarlo? —la mujer miró nuevamente a Peter y le entregó la fotografía.

—No, lo siento. Pero puedes probar en el ayuntamiento —la mujer se giró y comenzó a entrar en su casa —. Lo siento pero tengo prisa, espero que lo encuentres —finalmente, cerró la puerta.

Peter estaba frente la puerta, inmóvil, mirando fijamente la foto entre sus manos. Un nombre se repetía en su cabeza. Walter Conrrad. La mujer había señalado a uno de los hombres de la foto. Era el que estaba más a la izquierda. Un hombre alto y delgado. ¿Dónde estaría?, ¿Cómo le encontraría? La mujer le había dicho que mirara en el ayuntamiento, pero, ¿Qué información podría encontrar ahí? No tenía ninguna otra pista, así que no tenía otra opción.

El ayuntamiento era grande. Un edificio antiguo y señorial, coronado por una estatua de un águila en la parte más alta. Las puertas eran de cristal y estaban llenas de hojas enganchadas con pequeñas tiras de cinta adhesiva. Unas indicaban el horario de atención, otras informaban de un cambio en el servicio de limpieza. También había algunos anuncios locales. Peter pensó que aquellas puertas se habían convertido en una especie de tablón de anuncios. Afortunadamente, no había nadie esperando para ser atendido. En cuanto entró, se dirigió al gran mostrador que había en frente de la puerta. Tras él, estaba sentada una mujer de avanzada edad, con el pelo de color gris y unas graciosas gafas naranja. En cuanto Peter se acercó, alzó la mirada y puso una gran sonrisa

—Hola muchacho, ¿has cogido número? —la mujer parecía simpática. Algo que de alguna forma, no se ajustaba al tono de su voz. Hablaba de forma estridente y sus palabras salían temblorosas de su boca.

—¿Número? —Peter miró extrañado a la mujer, era el único que estaba esperando para ser atendido.

—Si, muchacho, tienes que coger el turno para ser atendido —la mujer señaló un pequeño dispositivo de color rojo que se encontraba al final del mostrador.

—No lo sabía —Peter se dio la vuelta y recorrió toda la sala con la mirada. Efectivamente no había nadie más —. Pero no hay nadie más, supongo... —antes de que Peter pudiera terminar la frase, la mujer le interrumpió.

—Eso no tiene importancia. ¡El número se tiene que coger siempre! —la mujer había cambiado la expresión de su cara y miraba a Peter de forma desafiante —. Las normas son muy claras.

—De acuerdo, de acuerdo —Peter se dirigió al final del mostrador y estiró de una cinta que sobresalía del dispositivo rojo. Volvió frente a la mujer y le enseñó el número.

—¡Perfecto! —la mujer alargó el brazo y tomó el ticket con el número —. ¿En qué puedo ayudarte? —volvía a tener una expresión amable en el rostro y miraba a Peter con la ternura de una madre.

—Estoy buscando información sobre una persona —Peter puso la fotografía sobre el mostrador —. Se llama Walter Conrrad y vivía en el pueblo, en la calle Marshall. No sé dónde puedo encontrarlo y pensaba que igual en el ayuntamiento podrían ayudarme de alguna forma.

—¿Información de una persona? —la mujer comenzó a pulsar teclas del ordenador que tenía a su derecha —. ¿Qué nombre me has dicho?, ¿Walter Conrrad?

—Sí, así es —Peter se inclinó un poco sobre el mostrador, intentando ver la pantalla del ordenador.

—¡No te apoyes en el mostrador, jovencito! —la mujer había dejado de teclear y alzaba amenazadoramente la mano. Peter se separó con un gesto rápido.

—Lo siento, lo siento mucho.

—No soporto que no se sigan las normas. Si no me dejas trabajar, no podré encontrar la información que buscas —Peter estaba totalmente alucinado. La mujer centró nuevamente la mirada en la pantalla y continuó tecleando

—¡Aja! —la mujer hizo una mueca con su boca —. ¡Aquí hay algo!

—¿Sí?, ¿puede decirme dónde vive? —Peter estaba ansioso. Dependía de la información que le diera esa extraña mujer.

—Solo puedo decirte que el año pasado le enviaron unas multas a otra dirección. Supongo que debe ser en donde vive ahora —la mujer miraba fijamente la pantalla del ordenador —. Aunque por lo que dice aquí, no hemos obtenido ninguna respuesta.

—¿Podría decirme la dirección? —Peter miraba ansiosamente a la mujer, intentando no acercarse mucho al mostrador.

—Es aquí cerca —la mujer sacó un mapa desplegable y lo puso frente a Peter —. Es la residencia de la tercera edad “las acacias” —con el dedo, señaló un edificio a tan solo unas calles del ayuntamiento —. Si te das prisa, aún podrás entrar. El horario de visitas se terminará pronto.

Peter no podía perder ni un segundo. Se dio media vuelta y salió corriendo del edificio mientras gritaba una frase de agradecimiento. El mapa que le había enseñado la mujer, indicaba que el edificio estaba muy cerca, apenas a unas calles de ahí. Peter siguió corriendo hasta que encontró la residencia. Era un gran edificio, muy antiguo, con una gran verja abierta en la entrada. Un gran cartel daba la bienvenida, aunque casi no se podía leer lo que decía. Estaba lleno de hojas de algún tipo de enredadera. Tan solo podía distinguirse la palabra “acacias”.

Aún era hora de visitas y la entrada era libre, así que Peter se dirigió a la entrada principal. El patio que rodeaba la casa, estaba lleno de árboles y zonas verdes. Incluso, había un pequeño invernadero en uno de los lados. Peter pensó que no era un mal sitio para pasar los últimos días de vida. Mientras se acercaba a la puerta, observaba el movimiento de algunas personas por los jardines. Se podía ver a un enfermero empujando una silla de ruedas en la que estaba sentada una mujer anciana.

En uno de los bancos, había dos hombres sentados, charlando y riendo. Uno de ellos encendió un cigarro y se formó una gran columna de humo sobre ellos. Casi de inmediato, una enfermera apareció de la nada, le arrebató el cigarrillo de la mano y lo tiró al suelo. Peter esbozó una sonrisa. Supuso que aquel cigarrillo había sido un grito de libertad de aquel anciano. Un pequeño gesto, que para cualquier otra persona, no hubiera significado nada. Pero Peter sabía que aquella acción, aquella pequeña revolución, había sido cuidadosamente planificada. El hombre había tenido que conseguir el cigarro y el mechero. Había esperado el momento oportuno y lo había encendido. No lo había hecho en un lugar oculto, sino que lo hizo frente a todos. Ese hombre había gritado al mundo y Peter lo había oído.

Subió las escaleras y se dirigió a la ventanilla de información. Tras el cristal, había un hombre de unos 40 años. Prácticamente no tenía pelo y le salía un gran mechón de uno de los lados que le cubría bastante el resto de la calva. Tenía una revista entre las manos, con la mirada fija en la página de pasatiempos.

—¿Disculpe? —Peter se había dado unos pequeños golpes al cristal, como cuando se golpea una puerta para indicar que se desea entrar.

—¡Círculo de 4 letras en plural!

—¿Cómo? —Peter miraba atónito al hombre.

—Círculo de 4 letras en plural —el hombre repitió la misma frase sin levantar la mirada de la revista —. Es un crucigrama, muchacho. Círculo de 4 letras, en plural.

—Ah... pues... ¿aro?, bueno, en plural sería aros, ¿no?

—¡Exacto! —el hombre escribió rápidamente la palabra con un lápiz sobre la página —. ¡Aros!, ¡como las buscan!, ¿verdad que sí, muchacho?

—Bueno... supongo que sí... —Peter no sabía muy bien que decir.

—Y dime... ¿por quién preguntas? —el hombre alzó la mirada y la fijó en Peter

—Yo... verá... yo... —Peter estaba muy nervioso. no sabía exactamente que iba a decir —. Quisiera ver a Walter Conrad.

—¿A Walter?, nunca nadie viene a ver a Walter. ¿Quién eres tú, chico? —Peter estaba un poco asustado. Tenía que inventarse una historia, algo que le permitiera acceder al anciano.

—Soy su nieto. He pasado por el pueblo de casualidad y he pensado en hacerle una visita.

—No me digas que trabajas en el circo —el hombre se había puesto de pie y miraba a Peter con curiosidad.

—¿En el circo? —Peter pensó rápidamente —. Sí, exacto, pero, ¿Cómo lo ha sabido?

—Bueno, he visto que en la bolsa hay el logotipo de unos feriantes —el hombre había cambiado el tono de su voz. Se sentía seguro y confiado en sus supuestas dotes detectivescas. Peter miró con sorpresa la bolsa deportiva y esbozó una sonrisa.

—Es usted muy observador —Peter hizo un guiño de complicidad al hombre —. Seguro que es un gran aficionado a las películas de detectives. Apostaría a que sabe quién es el asesino antes que nadie.

—Ja, ja, ja —el hombre reía bruscamente —. ¡Exacto!, ja, ja, ja —poco a poco, el hombre dejó de reír —. Bueno, acompáñame —el hombre salió de la habitación, abrió la puerta principal e invitó a Peter a pasar.

Peter cogió la bolsa y entró con decisión dentro de la sala principal. En el momento en que se abrió la puerta, un fuerte olor a detergente le obligó a forzar una expresión de desagrado. Varias personas se encontraban sentadas en unas sillas colocadas junto a las paredes. Eran ancianos. Algunos vestían con total normalidad, mientras otros iban cubiertos por batas de diferentes colores. Incluso había una mujer con rulos en el pelo, mientras otra le estaba pintando las uñas de una de sus manos.

El hombre que había atendido a Peter en la ventanilla, se había puesto una bata blanca y caminaba por uno de los pasillos, indicando a Peter que le acompañara. Subieron unas escaleras y continuaron por un par de pasadizos más. Entre tanto, se fueron encontrando a varios ancianos que los saludaban con amabilidad. De repente, el hombre se detuvo frente a una de las puertas, en la que había un pequeño cartel con el número 1344.

—¡Es aquí! —el hombre señalaba a Peter la puerta con el número —. ¿No habías venido nunca, verdad?

—No. Es la primera vez —Peter bajó la mirada al suelo, mientras el hombre le ponía una mano sobre uno de sus hombros.

—Verás, hay algo que tienes que saber —el hombre había cambiado el tono de su voz. Ahora era cálida y agradable —. Tu abuelo está muy delicado.

—Es muy mayor... —Peter alzó la mirada y antes de que pudiera terminar la frase, el hombre le interrumpió.

—Sí, claro, pero ese no es el mayor problema —el hombre puso ahora la otra mano sobre el otro hombro de Peter —. Tiene un alzhéimer muy avanzado y prácticamente no recuerda a nadie. Sé que es muy duro, pero puede ser que no te recuerde.

Peter no dijo nada. Se sentía terriblemente culpable. No por lo que estaba haciendo, sino por lo que estaba pensando. El hecho de que el anciano sufriera esa enfermedad, le ayudaría a seguir con su historia. No le reconocería como su nieto, pero esta vez, sería cierto. No sería una consecuencia de su enfermedad, pero no lo sabría nadie. Los médicos pensarían que habría empeorado, que no era capaz ni de reconocer a su familia. Peter estaba dando vueltas a esta idea, cuando el hombre abrió la puerta y entró en la habitación.

La sala era pequeña, pero de alguna forma, cálida y acogedora. Estaba llena de fotos por las paredes, junto con pilas de libros que llenaban desordenadamente una pequeña mesa de madera, gastada y ajada por el tiempo. El anciano estaba sentado junto la única ventana, inmóvil, con la mirada fija en la lejanía. En ese momento, el hombre con la bata blanca, le dijo a Peter que se pasaba todo el día ahí sentado, mirando por la ventana. Que hacía ya mucho tiempo que no hablaba con nadie y que solo decía cosas sin sentido. Se acercó al anciano y le puso una mano sobre su espalda.

—¿Walter?, tienes una visita —el hombre hablaba al anciano como si se tratase de un niño pequeño. Había agudizado el tono de voz y entonaba las palabras como si se tratara de una dulce canción —. Walter... venga, es tu nieto... ha venido a verte de muy lejos... ¿no quieres verlo?

—Abuelo, soy yo... Peter —Peter se acercó al anciano —. ¿No me recuerdas? —el Hombre de la bata blanca, centro su mirada en Peter.

—¿Quieres que me quede contigo o te arreglarás?

—No, no se preocupe.

—Muy bien —el hombre se dirigió a la puerta de la habitación —. Os dejo solos unos minutos. No le conviene los sobresaltos. En un rato volveré.

El hombre salió de la habitación y cerró la puerta. Peter estaba ahí, de pie, en el centro de la habitación. Frente a él, el anciano estaba sentado dándole la espalda, sin apartar la mirada de la ventana. Tenía que aprovechar esa oportunidad, le habían dejado solo con la persona que podría darle la información que necesitaba. Tenía que conseguir algo y tenía que conseguirlo antes de que volviera el hombre de la bata blanca. Peter estiró los brazos, rodeó el respaldo de la silla del anciano y la hizo girar 180 grados, hasta que lo tuvo enfrente.

Peter tomó la fotografía y la analizó. No había ninguna duda. El hombre salía en ella, en la parte de la izquierda, vestido de la misma forma que las otras personas. Era el único que no estaba sonriendo. Había envejecido, pero su rostro era inconfundible. Peter lo miró fijamente, pero los ojos del anciano no le correspondieron. Tenía la mirada perdida. Le llamó por su nombre en varias ocasiones, pero no obtuvo ninguna respuesta. No había mucho que se pudiera hacer, aquel hombre no le contaría nada. Peter dio media vuelta y comenzó a mirar entre los objetos de la pequeña mesa. Estaba llena de libros amontonados de forma errática. Probablemente, se habrían caído y alguien los había recogido de forma brusca, amontonándolos de cualquier manera. Pero de entre todos esos libros, había uno que llamó la atención de Peter. Era un pequeño cuaderno de color rojo. Peter lo abrió. Era un álbum de fotos, con las páginas de color blanco. En ellas, había unas pequeñas bolsas, en donde se podían guardar las fotografías para que no se deterioraran. En todo el cuaderno, tan solo había tres de ellas.

Peter se quedó paralizado. Las fotografías guardaban cierta relación con la que él

tenía. En una de ellas, salía Walter frente a la Universidad de Historia de Richmond, en California. Estaba junto a los otros hombres que también salían en la fotografía que tenía Peter. Las otras dos fotos del álbum, mostraban al grupo en un laboratorio de la universidad. Las fotos eran antiguas y sin color. Se habían oscurecido un poco por el tiempo. Peter cogió una de ellas, la separó de la página del álbum y le dio la vuelta. Había exactamente la misma inscripción que la que él tenía. De nuevo, salía su nombre "PETER". No había ninguna duda, esas fotografías le acercaban algo más a saber la verdad. Tenía que ir a esa universidad y buscar las ansiadas respuestas. De repente, la puerta de la habitación se abrió y se presentó el hombre de la bata blanca. Rápidamente, Peter, se guardó el pequeño álbum bajo la camiseta.

—¿Qué tal? —el hombre hablaba a Peter—. ¿Ha habido suerte?, ¿te ha reconocido? —antes de que Peter pudiera contestar, unas palabras se le adelantaron.

—¿Peter?, si... eres tú... —Peter se giró de inmediato. El anciano estaba mirándolo, fijamente. Sus ojos habían recuperado cierta brillantez y se le había dibujado una ligera sonrisa en su cara—. Peter... Peter... —el hombre repitió su nombre, cada vez con menos intensidad, hasta que reinó de nuevo el silencio. Sus ojos habían perdido de nuevo el brillo y la expresión de su rostro, volvía a ser la de una estatua, inexpresiva, sin vida.

—Increíble —el hombre de la bata blanca se acercó al anciano y lo miró fijamente—. Es la primera vez en mucho tiempo que dice algo. Parece que al final, si se acordaba de ti.

Peter estaba paralizado. ¿Cómo era posible que le hubiera reconocido? ¿Por qué había más fotos con su nombre? Además, todas esas fotos eran muy antiguas. ¿Qué tendrían que ver con él? Walter le había dado el siguiente destino, la siguiente parada en su búsqueda. La búsqueda de la verdad, de lo que le habían estado escondiendo.

El hombre de la bata blanca, acompañó a Peter a la entrada del edificio. Durante el camino, le contó que hacía mucho tiempo que Walter no hablaba con nadie, ni si quiera con las enfermeras. Prácticamente, ya no comía y se pasaba el día con la mirada perdida. Le dijo que su visita, había sido muy positiva para él. Que podía venir a visitarlo siempre que quisiera. Pero Peter sabía que no lo volvería a ver. Su viaje le alejaba de aquel lugar. Desde que salió corriendo de la casa de Jack, no había dejado de hacerlo, buscando una respuesta que parecía no querer revelarse. Se estaba acercando a algo, y no dejaría que se le escapara de entre los dedos.

Tenía que llegar a Richmond. El hombre gordo y calvo de la empresa de transportes, le había dado algo de dinero la noche anterior. Sería suficiente para tomar un tren y que le dejara en California. Después, buscaría la universidad de historia y el laboratorio que salía en la foto. Estaba seguro de que encontraría algo importante.

Capítulo 7. *No puede ser*

El viaje en tren había sido largo y cansado. Más de 12 horas de trayecto, agotaban a cualquiera. El sonido estridente de los frenos deteniendo las pesadas ruedas de metal, anunciaba de forma inconfundible que el tren había llegado a la estación. Peter se despezó lentamente. Estiró los brazos y bostezó exageradamente. Al forzar el gesto, unas lágrimas le comenzaron a caer por las mejillas. El tren se había detenido completamente, y las puertas se habían abierto. Peter se limpió las lágrimas, cogió la bolsa deportiva y salió del vagón.

Era de madrugada y el día prometía sol y buen tiempo. La cálida temperatura de California y la salada brisa de la mañana inundaron los sentidos de Peter. Tenía que encontrar el camino a la universidad. Había estado mirando durante horas las fotografías. Las había analizado centímetro a centímetro. Incluso cuando se estaba comiendo un bocadillo en el vagón cafetería. No se había separado de esas imágenes ni un solo segundo. Sabía que las respuestas podrían estar en la universidad, en ese laboratorio que ya tenía memorizado. Pensó que igual no sería fácil encontrarlo. Los años habían pasado desde que se tomaron esas instantáneas y quizás ya no existía el laboratorio. Igual ahora era una clase o un almacén. Tal vez sus esfuerzos no le conducirían a nada, tal vez nunca descubriría la verdad. Pero no podía caer en el desánimo, tenía que recuperar la esperanza. Se armó de fuerza y tomó un taxi. No sabía en donde estaba la escuela y la mejor forma era pedir que le llevaran.

El vehículo olía a naftalina. Los asientos estaban plastificados y chirriaban cuando se movía el cuerpo sobre ellos. El conductor era un hombre de origen indio con la piel muy oscurecida por el sol. A Peter le costó un poco explicarle a donde tenía que llevarlo. Tan solo tenía unas fotografías de hacía 40 años en las que se salía una universidad de historia. Por fortuna, el taxista dijo que sabía dónde era y que no se preocupase por la parte económica, su destino estaba muy cerca de la estación, tan solo le cobraría 5 dólares. Cuando llegaron, Peter pagó el trayecto y se bajó del vehículo. Por fin estaba ahí. Frente a la universidad de historia.

Se dirigió a la entrada. Era muy temprano y casi no había nadie. Se dirigió a una mujer que estaba fregando parte del suelo, frente a los servicios.

—Disculpe —La mujer no contestó y Peter alzó el tono de voz—. ¡Disculpe! —La mujer se giró bruscamente hacia el muchacho. Dirigió sus manos a sus oídos y se quitó unos pequeños auriculares.

—Perdona, con la música no te había oído —la mujer había dejado de fregar y sonreía profusamente—. ¿En qué te puedo ayudar?

—Verá —Peter acercó a la mujer una de las fotos en donde aparecía el laboratorio y le señaló el cartel en donde ponía un número de identificación—. Estoy buscando ésta sala y no sé si... —la mujer tomó la fotografía.

—Sí, está en el sótano, bajando aquellas escaleras —la mujer señalaba las escaleras principales, a unos metros de Peter—. Pero no creo que esté abierta, hace mucho tiempo que no limpiamos ahí. Ya nadie va a ese laboratorio.

—¿Y eso, porque?

—Bueno —la mujer le devolvió la foto al muchacho y comenzó a fregar el suelo de nuevo—. Era el laboratorio del profesor Bachmeir, desde que dejó la universidad ya nadie lo utiliza. Estaba especializado en cosas egipcias y creo que ya no se dan clases de eso —la mujer se colocó los auriculares y dio la espalda a Peter—. ¡Prueba a ver si puedes entrar!

Peter se dirigió a las escaleras. Bajó las dos plantas que le separaban del sótano y comenzó a buscar el laboratorio. En la fotografía, en la puerta de la sala había un pequeño cartel con las letras "12SB". No fue difícil encontrarlo. Estiró el brazo e intentó girar el picaporte, pero tal como había dicho la mujer, la puerta estaba cerrada. No podía desistir tan fácilmente. No había prácticamente nadie en el edificio, además, la mujer de la limpieza llevaba puesto los auriculares. Peter pensó que podría dar un fuerte golpe a la puerta. Se separó unos metros, tomó carrerilla y descargó todo el peso de su cuerpo sobre ella. El gran estruendo dejó inmóvil a Peter por unos segundos. Pensó que igual lo habría oído alguien y miró con atención el final del pasillo, esperando que alguien apareciera y se dirigiera hacia él. Pero el tiempo pasó y nadie hizo acto de presencia. Peter miró fijamente la puerta. Estaba abierta. La cerradura había arrancado un trozo del marco de madera. Seguramente estaría podrida, le había costado muy poco abrirla. Hizo un último vistazo al pasillo y entró en la sala.

Todo estaba exactamente igual que en la fotografía. Unas mesas alargadas atravesaban la sala de punta a punta y estaban sembrados multitud de asientos junto a ellas. Eran taburetes de madera, estrechos, de esos que permiten regular la altura, girándolos como una peonza. Peter pasó la mano por encima de una de las mesas. Estaba llena de polvo y mugre. Realmente, hacía mucho tiempo que nadie había limpiado aquella sala. Uno de los fluorescentes estaba averiado y no paraba de encenderse y apagarse. Peter estaba desolado. ¿Dónde encontraría más información? No podía ser que hubiera viajado hasta ahí para nada. Comenzó a mirar en cada uno de los cajones y de los estantes. Nada. No había nada importante. Todo eran estudios históricos de Egipto. De la vida de los faraones y de la supuesta construcción de las pirámides. Enfurecido arrastró su brazo sobre una de las mesas, lanzando todos los objetos que había por los aires. Cerró los ojos y golpeó con fuerza la mesa con los puños cerrados. Pero en ese momento de desesperación, recordó que la mujer de la limpieza había nombrado a una persona. Era un profesor, el que daba clases en aquel laboratorio. ¡Claro! Tenía que encontrarlo, él tendría las respuestas que buscaba.

Peter salió rápidamente de la sala y subió las escaleras como una exhalación. Frente a él, estaba la mujer de la limpieza. Seguía escuchando música con sus auriculares. Peter se acercó a ella jadeando y le tocó levemente uno de sus brazos.

—¿Heeee? —la mujer se giró rápidamente hacia Peter, estaba asustada y con la precipitación, propinó un fuerte golpe en su cabeza con el palo de la fregona.

—¡Hayyyyyy! —Peter grito de dolor y presionó con fuerza sus manos sobre su frente.

—Lo siento mucho —la mujer alargaba las manos a la cabeza del muchacho —. Me has asustado y ha sido un acto reflejo —Peter ya no sentía tanto dolor y poco a poco se fue incorporando.

—Está bien, ha sido culpa mía —Peter había abierto los ojos y miraba a la mujer —. Seguro que me sale un buen chichón —Peter comenzó a fregarse con fuerza la mano por la frente.

—De verdad que lo siento mucho, ¿quieres un poco de agua o algo? —la mujer estaba asustada. Peter pensó que seguramente tendría miedo de perder su trabajo. Al fin y al cabo, había agredido a un joven que podría haber sido un estudiante.

—Tranquila, de verdad, estoy bien —Peter se había erguido completamente y su respiración era ahora más relajada —. Quería preguntarle una cosa, siento haberla asustado.

—Dime, dime...

—Antes, cuando le enseñé la foto, me dijo que un profesor daba clases en esa sala

—Peter gesticulaba con las manos, señalando las escaleras y moviendo alocadamente

los dedos –. ¿Cómo había dicho que se llamaba?

—¿El profesor Bachmeir? –la mujer se había tranquilizado y continuó fregando el suelo –. Se llamaba Ernest Bachmeir, es alemán. Lo recuerdo perfectamente porque yo limpiaba el laboratorio. Era un buen hombre, siempre muy ocupado.

—¿Y sabe dónde vive?

—Sí, claro –la mujer se detuvo y señaló con el brazo hacia la salida del edificio –. En una casa a un par de calles de aquí. Está muy mayor y vive con su hija. Ella es profesora de esta universidad –Ahora la mujer gesticulaba con las dos manos, dando indicaciones a Peter –. Tal como salgas de aquí, gira a la derecha, en la segunda calle a la izquierda y ya estarás. Es una casa grande y antigua llena de palmeras, no tiene pérdida. –en ese momento, Peter sacó la foto en la que aparecían todos los hombres y se la enseñó a la mujer.

—¿Sabe si el profesor es alguno de estos hombres? –la mujer miró con detenimiento la foto y rápidamente contestó.

—¡Sí!, es ese de ahí –la mujer señalaba al hombre que estaba junto a Walter –. Seguro que es él.

—Muchísimas gracias –Peter salió corriendo y apenas pudo oír como la mujer le deseaba suerte.

Siguió las indicaciones que le habían dado y en unos minutos estaba frente la casa del profesor. De nuevo, tenía que llamar a la puerta de un desconocido. Tal como dijo la mujer de la limpieza, la casa era grande y vieja. Peter subió los escalones y pulsó el timbre. Rápidamente, se abrió la puerta y apareció una mujer de mediana edad.

—Hola –la mujer tenía una voz muy agradable.

—Buenos días, estoy buscando al profesor Bachmeir –Peter había venido corriendo y le costaba un poco respirar.

—¿Eres un estudiante? –la mujer tenía una simpática sonrisa en su cara –. Pasa, pasa, que pareces cansado –la mujer se retiró un poco de la puerta y su brazo indicaba a Peter que pasara.

—Muchas gracias, he venido corriendo –Peter pasó al interior –. La verdad es que no sé qué hora es, espero que ya esté despierto.

—¿Despierto? –la mujer cerró la puerta y dio una pequeña carcajada –. ¡Este hombre no duerme nunca! –la mujer se dirigió a la cocina –. ¿quieres un poco de zumo?, estaba preparándome un poco.

—Sí, me encantaría, estoy muerto de sed –la mujer salió de nuevo de la cocina con un vaso de zumo y se lo dio a Peter.

—Espera aquí que voy a buscarlo –la mujer se dirigió a unas escaleras enormes que habían en el centro de la entrada –. Le encanta que vengan a verle –comenzó a subir y desapareció en la planta superior. Al poco tiempo, apareció de nuevo –. Ya puedes subir, es la última puerta de la derecha.

Peter subió las escaleras y se dirigió a la última puerta. Tomó con firmeza el picaporte y la abrió. El despacho del profesor era amplio y elegante. Las paredes estaban repletas de estanterías de madera, con multitud de objetos en ellas. En el suelo había una gran alfombra, ya gastada por el tiempo y, sobre ella, una gran mesa de despacho. Estaba llena de libros, papeles y objetos de todo tipo. Bachmeir había trasladado ahí todas sus investigaciones sobre Egipto. Todo su trabajo durante tantos y tantos años, estaba acumulado en ese despacho. Tras la mesa, podía verse al profesor. Era ya muy anciano, pero seguía teniendo las mismas facciones características de la juventud. Su cara era perfectamente redonda, con sonrojadas mejillas y con la boca desproporcionalmente pequeña. Llevaba unas curiosas gafas que descansaban sobre

una prominente nariz. Era de pequeña estatura, pero tremendamente gordo. Peter pensó que era “redondo”, como una naranja madura.

—Hola muchacho —el anciano tenía una voz temblorosa y aguda—. ¿Eres estudiante de historia? —el hombre no apartaba la vista de la mesa. Estaba analizando unos documentos con una gran lupa.

—No, señor —Peter se mantuvo inmóvil junto a la puerta—. Lo cierto es... que no estudio nada.

—¡Ah!, entonces has venido a darme algún tipo de recado, ¿no? —el hombre continuaba mirando a través de la lente. La soportaba con una de sus manos, que temblaba exageradamente. Peter pensó que debía ser imposible que pudiera ver algo a través de ella.

—No... tampoco —Peter respiró profundamente y cerró con fuerza sus manos—. ¡He venido a por respuestas! —Había querido darle cierta autoridad a su voz, pero lo exageró en exceso y el comentario parecía más bien una amenaza. El hombre alzó la cabeza de la mesa y miró a Peter a través de las pequeñas gafas.

—¿Respuestas?, ¿Qué respuestas? —Peter no dijo nada, se mantuvo en silencio mirando al anciano—. ¿Te conozco muchacho?, ¿Cómo has dicho que te llamabas? —el hombre ajustaba sus ojos para intentar ver a Peter con más claridad.

—¡Me llamo Peter! —Peter mantenía un semblante serio y amenazador.

—¿Peter?... ¿Peter?... —el hombre repetía su nombre mientras se levantaba de la silla—. ¡PETER! —el anciano se detuvo repentinamente. Sus ojos estaban abiertos de par en par y en su rostro se había dibujado una expresión de terror. Estuvo unos segundos en esa posición y finalmente, se desplomó sobre el asiento—. ¡Vete!, ¡márchate! —el hombre comenzó a gritar descontroladamente—. ¡Bernadette!, ¡BERNADETTE! —el anciano llamaba a su hija con desespero. De repente, la mujer entró en la habitación muy agitada.

—¿Qué pasa, papá? —el hombre no dejaba de jadear y gesticular—. ¡Papá!, ¡papá! —la chica fue corriendo hasta el hombre y le rodeó con sus brazos. Cuando se había tranquilizado un poco, dirigió la mirada hacia Peter—. ¡Vete!, ¡vete de aquí! No sé quién eres ni lo que quieres, pero tienes que irte de aquí.

Peter se quedó inmóvil durante unos segundos, observando al anciano. ¿Qué le había asustado tanto?, estaba claro que le había reconocido, pero ¿Por qué reaccionó de esa forma? La mujer continuaba gritando y pidiendo a Peter que se fuera. No tenía otra opción. Dio media vuelta y salió corriendo de aquella casa.

Aquel hombre sabía algo. Peter estaba convencido de que el anciano le había reconocido. Estaba seguro de que guardaba algún secreto importante. No podía renunciar ahora, tenía que entrar en ese despacho y buscar alguna respuesta. La casa era muy grande y si iba con cuidado no le descubrirían. Pero aún era muy temprano. Si quería entrar, tendría que hacerlo por la noche, al abrigo de la oscuridad.

Estuvo buscando una tienda para comprar una linterna. También compró un bocadillo y esperó pacientemente tras unos arbustos, junto la entrada principal de la casa. Las horas se sucedían lentamente mientras Peter miraba una y otra vez las fotos que había conseguido. La mañana dio paso a la tarde y, por último, la cálida noche cubrió por completo la ciudad. El momento había llegado. Hacía ya rato que las luces de la casa se habían apagado y no había indicios de ninguna actividad.

Peter salió de su escondite y se dirigió a la casa. Era una noche muy calurosa y pensó que alguna de las ventanas estaría abierta. Se dirigió a la más alejada de la entrada

principal y tiró de ella con suavidad. Lentamente, el ventanal comenzó a desplazarse hasta que hubo suficiente espacio para que Peter pudiera pasar. Recordaba perfectamente donde estaba el despacho del profesor. Se dirigió hacia las escaleras y comenzó a subirlas delicadamente. Se había puesto de puntillas y caminaba solo apoyando los dedos de los pies, flexionando sus piernas a cada paso. Las escaleras eran de piedra y no emitían ningún tipo de sonido cuando se pasaba por ellas, así que fue fácil llegar a la primera planta y dirigirse al despacho del profesor.

La puerta de la habitación estaba entre abierta y Peter solo tuvo que empujarla ligeramente para conseguir el espacio suficiente. Una vez dentro, ajustó la puerta todo lo posible, pero sin que llegara a cerrarse. No quería que se escuchara el típico “clac” de las cerraduras. Metió la mano en el bolsillo y sacó la pequeña linterna que había comprado. La había encontrado en una tienda de regalos cercana. Era una linterna en forma de llavero, diminuta y de color rojo. Iluminaba muy poco, pero había sido barata y apenas le quedaban algunos dólares. Peter se dirigió a la mesa del estudio. Si había algo importante, seguramente estaría ahí. Separó la butaca y comenzó a mirar por el mueble. Estaba lleno de libros y carpetas. Las abrió y miró los papeles que había dentro. Nada relevante. Fotografías, escritos y estudios. Seguramente serían trabajos de algunos estudiantes. Peter abrió los cajones que había en uno de los laterales de la mesa, pero por más que miraba en su interior, no encontraba nada que fuera de utilidad.

El tiempo pasaba y cada minuto que permanecía ahí, las posibilidades de que le encontrarán eran mayores. Había mirado por toda la mesa y no había encontrado nada. Peter se irguió y recorrió toda la habitación con la linterna, esperando ver un atisbo de esperanza. Pero en cuanto dirigió la luz a una gran planta situada bajo la ventana, una sombra salió disparada hacia la puerta. Peter dio un torpe salto hacia atrás y golpeó bruscamente una de las librerías. Solo podía pensar en lo idiota que había sido al asustarse por un gato. Durante un rato, se quedó ahí, inmóvil. El golpe había producido un gran estruendo y era muy posible que lo hubieran escuchado. Por suerte, no hubo ningún tipo de reacción en la casa. Peter se incorporó y dirigió la linterna al mueble que había golpeado. Era una estantería de madera llena de libros viejos. Pero en uno de los laterales, en la parte que tocaba con la pared, sobresalía un trozo de papel amarillento. Peter tiró de él con cuidado. Era un sobre viejo y liso, no había ningún tipo de inscripción ni nada que indicase que es lo que guardaba. Peter lo abrió lentamente y desplazó su mano en el interior. Tan solo había una fotografía. Era la misma foto que había encontrado en el desván de Jack, aunque, no era exactamente la misma. Parecía que se había hecho un poco después de aquella. Peter recorrió la foto con la pequeña linterna, iluminándola centímetro a centímetro. Primero estaba Walter Conrrad, igual que la primera foto. Pero ahora miraba hacia la izquierda y lucía una gran sonrisa. A continuación estaba el profesor. Seguía con la misma expresión, mirando fijamente a la cámara y sonriendo amablemente. A su derecha había unos hombres que no conocía. También aparecían en la primera foto, pero igual que Walter, estaban mirando hacia su izquierda. Peter continuó desplazando la linterna hasta pasar los desconocidos. En esa foto había más personas. Era un chico joven, de unos 15 años. Peter le iluminó la cara y se acercó un poco más la foto para apreciar los detalles. ¡Era Jack! Sí, era él. Tan solo era un crío, pero no había ninguna duda, era Jack. ¿Cómo podía ser?, Jack sabía mucho más de todo esto de lo que Peter supuso nunca. ¿Por qué no le dijo nunca nada? Jack estaba con el brazo izquierdo estirado, descansando sobre los hombros de otra persona. Peter la iluminó temblorosamente. Era un muchacho ligeramente mayor que Jack. Vestía unos pantalones cortos y una camiseta oscura. De repente, Peter se estremeció. Un calambre le recorrió todo su

cuerpo y quedo absolutamente paralizado. Sus ojos se habían abierto como platos y se le habían tensado todos los músculos de la cara. ¡Era él! El chico de la foto, ¡era él!, ¡era Peter!

¿Cómo era posible? Peter pensó que igual estaba confundido. Igual era una persona que se le parecía mucho. Miraba con detenimiento la foto y, a cada segundo que pasaba, confirmaba aún más su sorpresa. ¡Era él! No había ninguna duda. Pero no podía ser. Esa foto tenía más de 40 años, Jack era un crío, Walter... el profesor... ahora eran unos ancianos. Era imposible que Peter no hubiera envejecido nada, era imposible que siguiera exactamente igual, después de tantos años. Peter comenzó a respirar rápidamente, el aire le faltaba, sus latidos se habían acelerado. Tenía que controlarse, tenía que vencer el pánico que le embargaba. Respiró profundamente, se tomó unos segundos y salió de la casa, igual que como había llegado, sin dejar un solo rastro de que había estado ahí.

Capítulo 8. *La travesía*

Peter se había alejado de la casa. Estaba confundido y nervioso. La mente se le llenaba de ideas extrañas, acerca del comportamiento de Jack. Todo este tiempo lo había sabido y se lo había ocultado. ¿Quién era él?, ¿Por qué le habían engañado? Corría despavorido por las calles oscuras cuando sintió un fuerte golpe en uno de sus hombros. Había chocado con una farola. Peter perdió el equilibrio y se derrumbó bruscamente contra el asfalto. El intenso dolor del golpe le hizo desviar sus pensamientos de la fotografía. Se ayudó con las manos y se sentó en el suelo, mirándose las contusiones de los brazos. Cogió la foto y estiró uno de sus brazos para recoger el sobre. Pero en el momento en que lo levantó de la tierra, cayó de su interior un objeto metálico. Rápidamente, Peter lo recogió y se lo acercó a los ojos. Era una especie de disco, con seis lados y unas inscripciones extrañas en una de las caras. No era muy grande, sería poco mayor que una moneda y apenas se apreciaba su peso. Era de color plateado y parecía de composición metálica.

No había ninguna duda, eso significaba algo. Sería algún tipo de identificación o dispositivo extraño. Peter miró nuevamente la fotografía, en la parte de la izquierda, había un cartel con unas letras árabes imposibles de entender, pero en la parte superior, indicaba claramente que se encontraban a 80 kilómetros del Cairo. Tenía que ir a Egipto y descubrir donde estaba el lugar de la fotografía. Pero, ¿Cómo viajaría hasta ahí?, no tenía el dinero suficiente y tendría que trabajar durante muchos días para conseguir pagarse un vuelo. ¡No!, tendría que conseguirlo de otra forma. Peter se dirigió a Marina Bay, supuso que en el puerto podría encontrar alguien que le ofreciera un transporte.

Peter caminaba por las estrechas y oscuras calles de Marina Bay, totalmente en solitario. No conocía la ciudad y se había metido por una zona poco recomendable. De repente, al girar una esquina, sintió un fuerte golpe en el pecho y cayó al suelo. Aún no se había incorporado cuando alguien le levantó presionándolo fuertemente en su cuello. Sintió como le empujaban contra la pared y le inmovilizaban los brazos.

—¿Quién eres? —alguien estaba chillando al oído de Peter —. ¿Eres poli?, ¡contesta!
—No, yo... —Peter casi no podía hablar, le estaban presionando fuertemente el cuello y casi no podía respirar —. Yo... me ahogo... —lentamente, dejó de sentir la presión en su garganta —. Gracias... yo... solo pasaba por aquí.
—¿Solo pasabas por aquí? —el hombre soltó a Peter, quien cayó de rodillas en el suelo —. ¿No sabes que no es un buen barrio para pasear?
—No soy de aquí... yo... —Peter no pudo evitar dar unos cuantos tosidos y escupir al suelo —. Estoy buscando un barco.
—¿Un barco? —el hombre se inclinó y se puso a la altura de Peter —. ¿Para que buscas un barco?
—Necesito llegar a un sitio —Peter hizo un esfuerzo y comenzó a levantarse —. Pero no tengo dinero, pensaba que podría alistarme en un barco... trabajaría para pagarme el billete —ahora Peter se fijó en el hombre que le había agredido. Era corpulento y con facciones orientales. La parte superior de la cabeza la tenía totalmente rapada. En la parte trasera, una densa cabellera se juntaba en una larga coleta. Llevaba una bolsa negra colgada de un hombro. En una de sus manos, soportaba un gran cuchillo que le apuntaba amenazadoramente.
—¿A dónde quieres ir, chico?
—Yo... necesito llegar a África —Peter estaba asustado y la voz le salía temblorosa.
—Ja, ja, ja —el hombre comenzó a reír exageradamente, mientras se guardaba el cuchillo —. ¿A África?, no te lo vas a creer, pero nosotros tenemos ese rumbo —en ese

momento dirigió la mirada a la bolsa negra –. Digamos que tenemos que entregar cierto cargamento –el hombre fijó la mirada en Peter –. Siempre viene bien un nuevo tripulante... ¿te interesa?, ¡partimos ahora mismo!

—Sí, si, por supuesto –Peter dejó de temblar y sus palabras sonaban con más confianza.

—El trayecto es largo, tardaremos varios días. Si no me haces caso, te tiraré por la borda, ¿está claro? –el hombre comenzó a caminar entre la oscuridad –. ¿A qué esperas?, ¡muévete!

Mientras se perdían por las oscuras calles, el hombre le contó que eran traficantes, aunque él uso la palabra “transportistas”. Llevaban mercancías de un sitio a otro sin hacer muchas preguntas y evitando ser vistos. Le dijo que era de origen chino y que se llamaba Liang Xing, pero que todo el mundo le llamaba “Li”. Por lo visto, tenían un cargamento que llevar a África y cuando Peter se topó con él, estaba llevando la última parte al barco. Sin duda, aquello no parecía muy legal, pero a Peter no le importó mucho. Tenía que llegar a Egipto como fuera y Li podía ayudarlo, aunque eso significara mezclarse con ciertas personas indeseables.

Tras un almacén abandonado, en la parte más alejada del puerto, estaba amarrado el “KATARI”. El barco era grande, tendría unos 20 metros. Era oscuro, en parte por la pintura, en parte por el óxido que cubría la mayoría de sus planchas. Destacaban unos enormes motores en la parte posterior y varios depósitos de combustible en los laterales de la cubierta. Sin duda, estaba preparado para correr largas distancias y a gran velocidad.

Dos hombres estaban terminando de introducir la carga. Li tomó a Peter por el hombro y se dirigió a los hombres.

—¡He!, ¡vosotros! –Los hombres alzaron la mirada y la fijaron en Li –. Este es Peter. Vendrá con nosotros –Li dio una fuerte palmada en la espalda de Peter –. ¡Saluda chaval!

—Hola –Peter saludaba con la mano torpemente.

—Muy bien –Li avanzó un par de pasos –. Ese de ahí es Modou, es de Senegal –Li señalaba a uno de los hombres. Era alto, delgado y su piel era tan oscura como la noche –. El otro es Billy –Li se acercó a Peter y le susurró en el oído –. Te recomiendo que le dejes en paz, es un tipo un poco nervioso.

—¿Y a mí no me vas a presentar? –de una de las escotillas, apareció una chica. Tenía el cabello rizado y tendría la edad de Peter. Llevaba puesto un mono de trabajo tremendamente sucio.

—¡Mi encantadora Rachel! –Li comenzó a acercarse a la chica –. Rachel es nuestro mecánico, ¿no te parece preciosa? –Li intentó rodear a la chica con uno de sus brazos, pero ella se zafó de él y le propino una fuerte patada.

—¡No me toques, cerdo! –Li comenzó a reír exageradamente.

—¡Nos vamos! –el hombre dio un pequeño empujón a la chica y se metió en la cabina del piloto. La chica se acercó a Peter, se quitó uno de los guantes y le ofreció la mano.

—¡Bienvenido! No hagas caso a estos idiotas –Rachel se dirigió al interior del barco –. Ven, te enseñaré esto.

Peter siguió a Rachel. Bajaron unas escaleras mugrientas y accedieron a la sala central del buque. El estado y parquedad de los muebles, concordaban con el aspecto exterior de la embarcación. Los pocos muebles eran metálicos y estaban atornillados a las paredes. Apenas un par de pequeñas lámparas colgadas del techo, iluminaban

pobrementemente la estancia. Al fondo de la sala, estaba la puerta que comunicaba con el dormitorio de la tripulación. No era más que una habitación con unas literas sucias y oxidadas. Rachel dijo que tenían que hacer turnos para dormir, que Li obligaba que siempre hubiera dos personas despiertas en todo momento. También le enseñó la zona de carga y la sala de máquinas. Era la zona en donde ella estaba más. Su padre había sido mecánico y desde muy pequeña le enseñó como reparar motores. Cuando él murió, estuvo vagando sin ningún rumbo, hasta que conoció a Li. Él le trajo al barco y cuidó de ella. También le explicó que Li podía ser muy violento y que no se fiara de la buena acogida que le había dispensado.

Un fuerte ronquido avisaba que los motores se habían puesto en marcha. Tenían que irse de ahí aprovechando la protección de la oscuridad. Salieron del puerto y en cuanto se separaron un poco de la costa, Li puso al KATAR a la máxima potencia, los motores rugían como fieros leones, la embarcación daba saltos sobre el oleaje, surcando los mares como un felino tras su presa, clavando sus dientes a cada ola y abriéndose camino hundiendo sus fuertes garras. Peter miró a Rachel, estaba recostada sobre la pared, con los ojos cerrados, sintiendo el ronroneo incesante de los motores y el aleteo bestial de sus hélices. Peter pensó que Rachel era terriblemente atractiva, había estado tan absorto en su búsqueda de la verdad, que no había tenido ocasión de apreciar la belleza. De repente, Rachel abrió los ojos y clavó sus verdes pupilas en los ojos de Peter. Peter apartó rápidamente la mirada y se sintió avergonzado.

Unos truenos acompañaron el ensordecedor sonido de los motores. Una tormenta se avecinaba. En ese momento, entró Li y le lanzó a Peter una chaqueta

—Se acerca una tormenta, sal ahí fuera y ayuda a asegurar la cubierta —Li tenía que gritar para que se pudiera oír su voz.

—¿Qué tengo que hacer? —Peter comenzó a ponerse el anorak.

—Ayuda a Modou y a Billy. Sobre todo, ¡asegúrate! —Li le hacía indicaciones con un gancho —. Póntelo en el cinturón y engánchalo a las cuerdas de seguridad —Li abrió la escotilla de salida comenzando a entrar una gran cantidad de agua —. ¡Venga!, ¡sal de aquí!

Peter se ajustó la capucha y salió al exterior del barco. Nada más atravesar la puerta, la barca dio un fuerte golpe contra una ola y Peter salió despedido por el suelo. Llovía con fuerza y el viento soplaba con furia inusitada. La embarcación navegaba a toda velocidad atravesando la tormenta. Hacía rato que habían dejado atrás la costa y se encontraban en la oscuridad más absoluta. De tanto en tanto, la luz de los rayos iluminaba una parte del cielo y podía verse la inmensidad del océano frente a ellos, mostrando su fuerza y su bravura. Peter consiguió levantarse y se enganchó a uno de los cables de seguridad. Lo cogió con las dos manos y comenzó a deslizarse por él hasta llegar a uno de los hombres. Modou estaba asegurando unas cajas con unas correas, alzó la mirada, vio a Peter y le indicó que fuera a proa a asegurar el ancla.

La barca no paraba de zarandearse, era muy difícil mantener el equilibrio y Peter tenía que agarrarse a cada paso si no quería caer al mar. Comenzó a avanzar por uno de los laterales de la embarcación, la lluvia no daba tregua alguna y a cada salto del barco le acompañaba una gran ola que impactaba en el casco. Parte del agua sobrepasaba la protección y golpeaba directamente a Peter. En más de una ocasión, pensó que caería y se perdería en las oscuras aguas. Pero sus manos se aferraban con fuerza a todos los salientes que encontraba. Peter alzó la cabeza, miró al cielo y gritó con todas sus fuerzas. El universo le estaba poniendo a prueba, pero nada podría con él. Frente a él,

se encontraba el ancla. Como había supuesto Modou, estaba algo suelta y se tambaleaba al ritmo de las olas. Peter cogió unas correas de la chaqueta y aferró fuertemente el pesado objeto. De repente el barco golpeó con violencia una ola que se alzaba como un muro frente a ellos, dando un fuerte coletazo lateral. Peter salió despedido hacia la barandilla, superándola y quedando colgado en el exterior del casco. El mar golpeaba el cuerpo de Peter, quien intentaba desesperadamente agarrarse a la barandilla. El gancho de seguridad estaba abrazando dolorosamente su cadera. Peter pensó que su cuerpo se partiría en dos, cuando una ola lateral le empujó de nuevo hasta la protección y metió medio cuerpo dentro del barco. Peter cerró fuertemente sus manos sobre la barandilla y realizando un esfuerzo titánico logo alcanzar la cubierta de la embarcación. Rápidamente se puso de pie y comenzó a avanzar hasta la escotilla de acceso. Cayó de rodillas frente a ella mientras la golpeaba con fuerza para que se la abrieran. Finalmente, la puerta se abrió y se precipitó a su interior, chocando torpemente contra el suelo.

—¿Estás bien Peter?, ¿estás bien? —Rachel estaba junto a Peter.

—Ja, ja, ja —Li reía exageradamente —. Muy bien muchacho, ahora sabes lo que es el mar —Li continuó riendo, mientras acercaba su mano a Peter para ayudarlo a levantarse.

—Estoy bien —Peter comenzó a incorporarse —. Nunca había estado en una tormenta así.

—¿Seguro que estás bien? —Rachel cogió una de las manos de Peter, estaba llena de cortes y caía sangre de sus dedos —. ¡Te has cortado!

—Cúrale esas heridas, Rachel. Si no puede usar las manos, no nos servirá de mucho —Li se dio media vuelta y desapareció tambaleante por una de las compuertas. La embarcación seguía dando tumbos y era complicado mantenerse en pie.

—Ven por aquí —Rachel acompañó a Peter a una pequeña sala junto la cocina —. Esto es lo que tenemos como enfermería —Rachel cogió la mano de Peter y comenzó a rodearla con un vendaje.

En ese momento, un fuerte golpe desplazó lateralmente la embarcación y Peter no pudo evitar caer sobre Rachel. Intentó separarse, pero la fuerza de las olas le empujaba hacia la misma dirección. De repente, la inclinación del barco cambió totalmente y Peter se separó bruscamente de la chica, golpeando la pared contraria. En ese instante, se aferró fuertemente a un saliente de la pared.

—Yo... lo... lo siento... yo... —Peter miraba fijamente a Rachel. Estaba avergonzado y las palabras le salían a trompicones.

Rachel no dijo nada, se acercó a Peter, tomó de nuevo su mano y continuó con el vendaje. Parte de su largo cabello golpeó suavemente la cara del muchacho, alzó su mano y lo retiró lentamente.

—¡Ya está! —Peter quedó inmóvil, con la mirada fija en los ojos de la muchacha.

—¡Ha!, gracias —Peter seguía absorto en Rachel. Comenzó a acercarse a sus labios y justo cuando estaba a punto de besarla, Billy entró en la pequeña sala, le agarró de su brazo y tiro fuertemente de él.

—¡Cuidado con lo haces, chaval! —Billy se puso junto a Rachel y le dio una palmada en el trasero —. ¡Esta belleza es solo mía!

—¡Déjame cerdo! —Rachel le dio un fuerte empujón y alzó una de sus manos para propinarle una bofetada. Billy se había adelantado, estirando uno de sus brazos, deteniendo el golpe de la chica.

—Ja, ja, ja, ¡ven aquí condenada fiera! —Billy retorció el brazo de Rachel hasta que su cuerpo giró sobre sí mismo y se puso de espaldas al él. Entonces rodeó su cuello con un brazo y con el otro apretó fuertemente su cintura —. Eres preciosa, ¿sabes? —el hombre hablaba susurrando al oído de Rachel.

—¡Déjala en paz! —Peter se abalanzó sobre el hombre. Billy soltó a Rachel y con un rápido movimiento lo inmovilizó con la pared, presionando su brazo con el cuello de Peter.

—¿Decías? —Billy aumentaba cada vez la presión con el brazo. Rachel saltó sobre la espalda del hombre y comenzó a golpearle en la cabeza, en ese momento intervino Li.

—¡Basta! —cogió del pelo a Rachel y la lanzó contra una de las paredes —. ¡Déjalo! —Peter estaba prácticamente sin conocimiento, el brazo de Billy le estaba asfixiando. Li clavó con fuerza su rodilla contra el pecho del hombre, quien soltó de inmediato a Peter —. ¡Largo de aquí! —Li cogió por la camisa a Peter y lo lanzó violentamente fuera de la habitación.

Billy estaba en el suelo y Rachel tuvo que dar un salto para superar su espalda y salir al pasillo. El hombre alzó la mirada y la fijó con profundidad en la chica

—Ya te pillaré, ¡zorra! —Billy gritaba mientras se intentaba incorporar del suelo —. ¡Ya te pillaré! —Li cerró la puerta con brusquedad.

—¿Estás bien? —Peter separó ligeramente el pelo de Rachel, para ver si tenía algún golpe en su cuello.

—¡Ese maldito loco! —Rachel comenzó a gritar, intentando que Billy la escuchara tras la puerta —. ¡La próxima vez que me pongas la mano encima, te mato, cabrón! —Rachel dio una fuerte patada contra la puerta.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —Peter estaba confundido —. ¿Cómo aguantas esto? —Rachel miró a Peter, se dio media vuelta y salió corriendo por el pasillo —. ¡Espera!, ¡espera! —Peter salió corriendo tras la chica —¡Espera!, ¡Rachel! —Rachel estaba junto a la escotilla de salida, Peter se acercó lentamente —. Lo siento, no quería ofenderte, yo... —Rachel se dio la vuelta y se abrazó fuertemente al cuello de Peter.

—Muchas gracias —Rachel cerró los ojos y estuvo inmóvil durante unos segundos —. Eres un cielo.

El corazón de Peter latía más fuerte que nunca. Se sentía extraño junto a Rachel. El tacto de su piel, incluso en aquella situación, era un sentimiento que no recordaba haber tenido antes.

—¿Te ha hecho daño? —Rachel se separó un poco y centró la mirada en el cuello de Peter —. Creo que te va a salir un buen moratón.

—Bueno... la verdad es que me duele un poco —Peter estaba como atontado.

—Cada vez se está volviendo más violento —la muchacha dirigió la mirada hacía la puerta metálica —. Si no fuera por Li. Perdona pero quisiera descansar un poco.

Lentamente, la muchacha se alejaba por el pasillo y desaparecía por la puerta de su camarote. Peter se quedó ahí, inmóvil, intentando analizar la sensación que le había recorrido el cuerpo.

Capítulo 9. *Inseparables*

Los días se fueron sucediendo y la embarcación siguió con su alocada estampida por los mares. En alguna ocasión se encontraban con otros barcos. Li comenzaba las negociaciones y poco después, tenían que entregar parte de la carga. Otras veces detenían los motores y se mantenían a la deriva durante horas. Al parecer, pasaban aviones de reconocimiento que eran capaces de detectar sus emisiones y localizarlos.

Según Li, esa misma noche llegarían a las costas de África, cerca de Um Gheig, en Egipto. Harían la entrega y saldrían de ahí a toda prisa. A Li no le gustaba estar en el mar rojo. Aunque su tamaño era enorme, no quería tener tan solo una salida a mar abierto. El sol estaba a punto de ponerse y en pocas horas llegarían a su destino. Peter estaba en cubierta, mirando el horizonte y aspirando por última vez el fresco aroma del mar. Cerró los ojos y escuchó el devenir del agua, el rugir de los motores y el “pof”, “pof” al chocar el casco del barco con las olas. Unas gotas de agua le llegaron a la cara y en su rostro se le dibujó una enorme sonrisa. Le vino a la mente la imagen de Rachel. No sabía que le diría. Igual podría convencerla de que se fuera con él.

Peter se dirigió a la escotilla de acceso, la abrió y bajo las viejas escaleras hasta su interior. En ese momento, se escuchó un grito desgarrador, era Rachel. Peter se puso a correr hacía una de las escotillas y la abrió bruscamente. Billy tenía inmovilizada a la muchacha, rodeándola por la espalda con uno de sus brazos. La otra mano la estaba pasando por su cuerpo mientras ella gritaba moviendo bruscamente sus brazos. Por más que lo intentaba, Rachel no podía zafarse de él. Billy estaba como loco, e intentaba romperle la ropa a la chica. Peter se lanzó como una bala sobre el hombre, golpeándolo fuertemente en la cabeza con su brazo. Billy dejó a Rachel y con un rápido movimiento, propinó una fuerte patada al chico. Peter perdió el equilibrio y cayó torpemente sobre una pequeña mesa metálica. En ese momento, Billy dio un salto y hundió su puño en la cara de Peter. Rachel saltó sobre la espalda del hombre y comenzó a golpearle, pero era difícil parar a un hombre tan decidido. Billy saltó hacía atrás, contra la pared, estampando a la chica contra una librería. Ella, sin fuerzas, le soltó y cayó al suelo. Peter se había incorporado, sangraba profusamente por la nariz y el labio, pero antes de que pudiera orientarse un poco, Billy le propinó otro gran golpe en la cara y Peter cayó sin sentido en el suelo.

Rachel se alzó tambaleándose y Billy la cogió bruscamente por el cuello.

—¿A dónde vas, preciosa? —Billy pasó su lengua por la oreja de Rachel—. Ya ves como ha quedado tu amigo —Billy forzó el cuello de Rachel hasta que dirigió su mirada a Peter.

—¡Eres un cabrón! —La chica apenas tenía fuerzas—. ¡Si me tocas te juro que te mato!

—Ja, ja, ja —Billy comenzó a reír exageradamente—. ¿Qué me vas a qué?, ja, ja, ja ¿quieres que te diga lo que me vas a hacer? —Billy había acercado su cara a la cara de la chica y paso de nuevo su lengua por su mejilla.

—¡Déjame, maldito cabrón! —Rachel intentó golpearle con una de sus manos, pero Billy consiguió aferrársela y le comenzó a retorcer el brazo poniéndoselo a su espalda.

—Mira preciosa —Billy cambió el tono de su voz y comenzó a jadear ligeramente—. Si no me tienes contento, ¡lo mato! —el hombre dirigió la mirada a Peter.

En ese instante, se escuchó un gran estruendo en cubierta y el barco comenzó a zarandearse. Los motores aumentaron su ritmo y su sonido ensordecedor retumbaba como nunca. Se escuchaban gritos y disparos. Billy soltó a Rachel y la empujó con fuerza sobre Peter. Salió corriendo de la sala y cerró la compuerta. Rachel pudo oír

como bloqueaba la apertura y quedaban encerrados.

Se seguían escuchando disparos y fuertes golpes que provenían de la parte superior del barco. En ese momento, se produjo una gran explosión y los motores se detuvieron completamente. Su característico sonido, desapareció y ahora era posible escuchar con más claridad lo que estaba sucediendo en cubierta. Peter seguía en el suelo, sin conocimiento. Rachel se dio la vuelta y comenzó a darle pequeños golpes con la mano

—¡Despierta!, Peter, ¡Despierta! —La muchacha miró alrededor, intentaba buscar algo que la ayudase a reanimar a Peter. De repente, en el suelo, bajo la puerta, comenzó a entrar un poco de agua. Se arrancó un trozo de la camiseta y recogió toda la que pudo. Volvió junto a Peter, y le pasó la tela mojada por su cara. Peter comenzó a abrir los ojos.

—Que... ¿Qué ha pasado? —Peter estaba recuperando el conocimiento —. Bi... ¡Billy!
—Peter se incorporó bruscamente, buscando al hombre.

—Tranquilo, se ha ido —Rachel le indicaba con las manos que se tranquilizara —. Nos ha dejado encerrados aquí —la muchacha dirigió la mirada al suelo, cada vez entraba más agua —. Tenemos que salir de aquí, está entrando mucha agua

—¿Nos hemos detenido?, no oigo los motores —Peter se acercó a la puerta —. ¿Y que es ese olor? —de repente, entre las rendijas de la puerta, comenzó a entrar un denso humo negro.

—¡Estamos en llamas! —Rachel se separó rápidamente de la puerta —. ¡Nos estamos hundiendo y estamos en llamas!, tenemos que salir de aquí —La chica comenzó a dar patadas a la puerta, pero no cedía ni un milímetro.

Los sonidos de la parte superior, eran cada vez más escandalosos. Se escuchaban disparos y pequeñas explosiones. Peter creyó reconocer la voz de Li y la de mucha otra gente. No podía distinguir lo que decían, tan solo se escuchaban gritos y ruidos. También intentó golpear la puerta, pero era una gruesa plancha de hierro y no conseguía desbloquearla. Mientras tanto, el agua no paraba de entrar. Ahora les cubría totalmente los zapatos. En ese momento, se produjo otra explosión. Ésta había sido junto a la sala en donde estaban. Una brusca sacudida, les lanzó al suelo a los dos. La sala se había llenado de humo y casi no se veía nada

—¡Rachel!, ¡Rachel! —Peter buscaba desesperadamente a la chica entre la oscuridad, de repente, se escucharon unos tosidos.

—¡Estoy aquí!, ¡Peter! —la voz provenía de la otra parte de la sala. Peter se acercó. Rachel estaba en el suelo y una barra de hierro le aprisionaba una de sus piernas —. ¡Estoy atrapada!, ¡no puedo salir! —Rachel estaba sufriendo un ataque de nervios. Estaba tumbada en el suelo y el agua le llegaba casi a la cabeza.

—¡Tranquila!, ¡te sacaré de ahí! —Peter se incorporó y comenzó a buscar desesperadamente algo que le ayudara a rescatarla. Cogió una parte de tubería que sobresalía de una de las paredes y la colocó entre el suelo y el trozo de metal que aprisionaba la pierna a Rachel —. Ahora contaré hasta tres, en ese momento, quiero que hagas toda la fuerza que puedas para sacar la pierna, ¿vale? —Rachel colocó las manos bajo el trozo de hierro y asintió con la cabeza —. Uno, dos, ¡tres! —Peter comenzó a hacer palanca con todo su cuerpo sobre el trozo de tubería mientras la muchacha empujaba con todas sus fuerzas el metal que la aprisionaba.

—¡No hay forma! —Peter dejó de hacer palanca bruscamente —. Tenemos que intentar hacerlo con más fuerza. ¿estás lista? —Rachel asintió con la cabeza y comenzó a presionar con todas sus fuerzas. Finalmente, la placa se desplazó lo suficiente y Rachel pudo mover su pierna hasta liberarse completamente. Peter dejó la palanca y la

abrazó con fuerza.

—Gracias, gracias —la muchacha lloraba desconsolada mientras abrazaba a Peter —. Pensé... yo... pensé...

—Tranquila... ya está —Peter acariciaba lentamente el delicado cabello de Rachel, intentando calmarla —. Pero tenemos que salir de aquí, el agua sigue entrando.

Entre el denso humo, pudieron ver un gran agujero en uno de los laterales del casco. El agua estaba entrando rápidamente. Peter intentó acercarse para salir por el agujero, pero la explosión había dejado toda la zona llena de despojos y trozos de metal. El agua entraba y salía violentamente arrastrando todo lo que se encontraba en su camino. Si intentaban pasar por ahí, el agua les empujaría contra los hierros y les destrozaría. Peter se volvió e intentó abrir la puerta que había cerrado Billy, pero era imposible. Estaban atrapados

—¡Espera!, ¡tengo una idea! —Rachel se dirigió a uno de los armarios que había en la sala. La explosión lo había alcanzado y había arrancado una de sus puertas —. ¡Coge esto! —Rachel sacó una botella de oxígeno y un regulador del armario.

—Pero... yo no sé cómo funciona... ¡nunca he hecho submarinismo! —Peter cogió el regulador y la botella, mientras Rachel se separaba del armario. En ese momento, se escuchó otra explosión y ambos cayeron al suelo. La embarcación comenzó a inclinarse fuertemente hacia uno de los lados.

—¡Tranquilo! —Rachel conectó el regulador a la botella —. ¡No te preocupes!, ¡Tienes que hacer lo que yo te diga! —Rachel miraba fijamente a los ojos a Peter —. Esperaremos que el barco esté bajo el agua y saldremos por ese agujero. Tan solo tenemos una botella, así que tendremos que turnarnos para respirar. Quiero que te relajes... si te entra el pánico, ¡no lo conseguiremos!

—¡Vale! —Peter se aferró fuertemente a Rachel.

De repente, el barco dejó de inclinarse. Se escuchó un gran estruendo y se inclinó estrepitosamente hacia la otra dirección. Peter y Rachel salieron despedidos hacia otra de las paredes. En ese momento, comenzó a entrar agua sin control y la sala quedó totalmente inundada. La botella había salido despedida hacia otra dirección y la estaban buscando desesperadamente. De nuevo, la embarcación dio una gran sacudida y Peter fue a parar directamente a la botella de oxígeno. La cogió, y puso el regulador en la boca de Rachel. Ésta dio un par de fuertes bocanadas de aire y se lo pasó a Peter quien también dio unas fuertes bocanadas. Inmediatamente, se dirigieron al gran agujero que había en el casco, pasaron por los afilados hierros y abandonaron la sala. Al salir a la superficie, vieron cómo se alejaba una embarcación a toda velocidad. Estaba lleno de trozos del barco de Li y había grandes zonas del mar en llamas. Peter nunca había visto fuego sobre el mar, supuso que era el combustible de la embarcación que estaba ardiendo.

—¡Rachel!, ¡Rachel! —Peter gritaba con fuerza. Ya había oscurecido y era difícil distinguir nada en ese caos.

—¡Estoy aquí! —Peter se giró y apenas a unos metros estaba Rachel.

—¿Estás bien?, ¿Te has hecho daño?

—¡Estoy bien! —Rachel tenía medio cuerpo sobre un trozo de madera de un mueble —. Ven, agárrate aquí —Peter se acercó a la muchacha y se cogió con fuerza al trozo de madera —. Tenemos que nadar hasta la costa —Rachel dirigió la mirada a la costa, no estaba lejos y se distinguían multitud de pequeñas luces por todo el litoral.

—¿Sabes si hay tiburones?

—¿Tiburones? —Rachel comenzó a mirar alrededor —. ¿Y se te tiene que ocurrir ahora

hacerme esa pregunta?

—Yo... —Peter no sabía que decir, no había querido asustarla.

—Es igual, será mejor que salgamos de aquí cuanto antes —Rachel dirigió su cuerpo hacia la costa —. ¡Venga!, ¡nada con fuerza!

Ambos comenzaron a mover rápidamente sus piernas. Era difícil luchar contra la corriente, pero poco a poco, la costa estaba cada vez más cerca. Se había alejado del siniestro y ya no había ningún tipo de iluminación en el mar, ni siquiera el combustible en llamas. La noche había avanzado y Peter casi no podía distinguir la cara de Rachel. Aún tardarían algunas horas en llegar a la costa y tan solo se escuchaba el sonido que producían con sus pies. Habían estado durante días acompañados por el ensordecedor sonido de los motores de la barca de Li y ese silencio se hacía extraño.

—Aún no te he dado las gracias —Rachel hablaba con un tono de voz dulce y agradable —. Por lo de Billy. ¡ese idiota!

—¿Qué pasó?, yo solo escuché unos gritos...

—Nada, en realidad. Desde el primer día que embarqué con Li, ese cerdo de Billy no me sacó la vista de encima —Rachel dio un pequeño suspiro —. Nunca debí subir a ese barco.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Peter dirigió la mirada a Rachel.

—Ya sé lo que me vas a preguntar —Rachel seguía con la mirada fija en la costa —. Que porqué estaba con esos perdedores, ¿verdad?

—Podrías estar haciendo muchas otras cosas —Peter intentaba no ofender a la Rachel —. Ese Billy es un tipo realmente peligroso.

—Sí, lo sé —Rachel dejó de mover los pies —. Pero las cosas nunca salen como uno las planifica, ¿no? —Rachel giró la cabeza y fijó la mirada en Peter —. Y si no, dime que haces tú aquí.

—Sí, bueno... las cosas son complicadas —Peter bajo la mirada y comenzó a mover fuertemente los pies —. Por cierto... crees que han...

—¿Muerto? —Rachel interrumpió a Peter —. No lo sé... si estaban dentro del barco, igual no lo han conseguido.

—¿Y Billy? —Peter hablaba con un tono de voz muy bajo, casi susurrando.

—¿Ese cerdo?, espero que esté en el fondo del mar.

—¿Qué crees que ha pasado?, ¿Quiénes eran esos tipos?

—Supongo que serían piratas africanos, atacan a muchas embarcaciones —Rachel movía los pies con cierto ritmo —. Ya nos habíamos encontrado con algunos antes, pero nunca habían llegado tan lejos. Recuerdo una vez que un barco se nos tiró encima —Rachel comenzó a gesticular con las manos, como si una de ellas fuera el barco de Li y la otra el barco que les investía —. Entonces Li giró rápidamente hacia babor y puso las máquinas a toda velocidad —Rachel comenzó a reír —. Recuerdo que Modou lanzó el ancla y les volcamos la embarcación. Ja, ja, ja. Tenías que haber visto como saltaban por la borda. Ja, ja, ja. Fue genial —De repente, Rachel dejó de reír y un sollozo siguió a la última de sus carcajadas. Peter dejó de mover los pies, se acercó aún más a Rachel y la rodeó con uno de sus brazos.

—Vale... no pasa nada...

—¿Qué haré ahora? —Rachel miraba a Peter mientras le caían grandes lágrimas de sus ojos —. Vuelvo a estar sola, Li era la única familia que tenía —Apoyó la cabeza sobre el hombro de Peter y se puso a llorar.

—Tranquila, ahora me tienes a mí... —Peter levanto lentamente la cara de la muchacha y le secó sus lágrimas con una de sus manos —. Puedes contar conmigo... no pienso dejarte —Peter acercó lentamente su boca a la de Rachel, hasta que sus labios se fundieron en un apasionado beso

—¿Estarás conmigo?, ¿no me dejarás de verdad? —Rachel miraba a Peter fijando sus verdes pupilas en sus ojos.

—Puedes estar segura —De repente Peter comenzó a gesticular con las manos —. A no ser que nos ahogemos aquí, porque a este paso ¡no llegaremos a la costa nunca!

—Peter puso la cara seria, simulando estar enfadado y cambió su voz a un tono mucho más grave —. ¡Así que ponte a nadar jovencita!

—Eres un idiota —Rachel se puso a reír —. ¡Eres un idiota integral! Por cierto, ¿A dónde vamos?

—La verdad es que no lo sé —Peter estaba contento, había besado a Rachel, a la chica más guapa que nunca había visto, la había besado y le había dicho que siempre estaría con ella —. Tan solo tengo una foto —Peter siempre llevaba encima la foto y esa especie de moneda que había encontrado en la casa del profesor. La llevaba en una bolsita de plástico. Pensó que había sido muy afortunado en guardarlas ahí. Después del hundimiento, había perdido la bolsa deportiva y tan solo le quedaba la foto y la moneda. —Tenemos que hablar con alguien que nos traduzca lo que pone en la foto, tengo que llegar a ese lugar —Rachel miraba con curiosidad a Peter.

—¿De verdad que no sabes a dónde vamos? —Rachel se puso a reír —. ¿Y tú dices de mí?, ja, ja, ja. ¡Si ni siquiera sabes a dónde vas!

Peter cambió la expresión de su rostro. Recordó la fotografía que había encontrado en casa del profesor. En ella salía él, en una situación imposible. ¿Cómo le podría contar eso a Rachel?, ni él mismo sabía lo que significaba, no tenía ninguna explicación.

—Verás... yo... —Peter seguía con el semblante serio y dirigía su mirada hacia la costa —. Hay cosas que ni yo mismo se... estoy buscando respuestas... y creo que puedo encontrarlas ahí —Peter levantó la mano y señaló con el dedo hacía tierra firme.

—Las buscaremos juntos —Rachel cogió la mano de Peter y la aferró fuertemente mientras le miraba fijamente a los ojos.

Capítulo 10. *La X marca el lugar*

El sol salía lentamente tras las lejanas montañas mientras la cálida brisa de la mañana acariciaba las finas arenas de la playa. Habían estado nadando toda la noche y finalmente, cayeron exhaustos en la orilla. Rachel comenzó a sentir el cálido sol en su cara y abrió lentamente sus ojos, la luz era fuerte y directa y tuvo que poner la mano a modo de visera para poder ver el entorno. Junto a ella, Peter descansaba plácidamente. Había puesto una de sus manos sobre la espalda de ella, la empujó suavemente y se incorporó hasta quedar sentada junto a él. Durante unos segundos, se lo quedó mirando fijamente, mientras revivía los momentos de la noche anterior. Lo había perdido todo, no tenía a donde ir, pero estar junto a Peter, le daba cierta tranquilidad. El camino que se le presentaba por delante, sería muy duro, pero lo atravesaría en compañía. Miró fijamente a Peter y supo que nunca más estaría sola.

—Buenos días —Peter se había despertado y miraba sonriente a Rachel—. ¿Llevas mucho tiempo despierta?

—No, apenas unos minutos —Rachel se apartó el cabello de la cara, mostrando su bello rostro—. ¿Qué quieres que hagamos? —Peter se incorporó y se sentó junto a la muchacha.

—Tenemos que encontrar a alguien que nos diga donde está esto —Peter sacó la bolsita de plástico de uno de sus bolsillos y le enseñó la fotografía a Rachel. Mientras se la enseñaba, con una de sus manos, tapaba la parte en la que salía él. Rachel se percató de que Peter estaba ocultándole algo, pero no quiso forzar la situación, pensó que cuando estuviera preparado le contaría todo. Al fin y al cabo, ella también tenía muchos secretos.

—Primero tenemos que saber dónde estamos —La muchacha se incorporó de un salto—. ¡Vamos!

Rachel tendió la mano a Peter y con un fuerte tirón lo puso en pie. Caminaron por la playa, hasta llegar a una especie de paseo que había a unos metros. Aún era muy temprano y no había nadie por las calles. Por un momento, Peter se detuvo, sacó la fotografía e hizo un doble, justo antes de donde él salía. Forzó el doble varias veces y finalmente, separó lentamente las dos partes de la imagen. Tendrían que enseñar la fotografía y no quería que Rachel le reconociera en ella. Estuvieron caminando durante un rato, hasta que vieron a un hombre que estaba subiendo a un camión.

—¡Perdone!, ¡Espere! —Rachel se puso a correr en dirección al camión. El hombre se giró y dirigió la mirada a la muchacha—. Gracias, gracias. ¿habla mi idioma? —El hombre gesticuló con los brazos indicándole que no la entendía. Peter había llegado junto a ellos, sacó el trozo de fotografía y se la enseñó al desconocido.

—¿Sabe que pone aquí? —Peter señaló con el dedo el cartel informativo que salía en el margen izquierdo de la imagen—. ¿Sabe dónde es? —El hombre comenzó a hablar en árabe mientras gesticulaba exageradamente con las manos. Peter no entendía nada de lo que le decía—. ¡No le entiendo!, ¡nosotros queremos ir aquí! —Peter señalaba de nuevo la fotografía.

—Creo que quiere que le sigamos —Rachel interrumpió a Peter—. Fíjate como mueve las manos, quiere que le sigamos —Rachel comenzó a repetir los mismos gestos que el hombre—. ¿Quiere que vallamos con usted?, ¿sí? —el hombre asintió con la cabeza, como si hubiera entendido lo que le decían.

—Pues parece que tienes razón —Peter miró que cierta incredulidad a Rachel—. ¿Cómo lo has sabido? —Rachel le sonrió y le guiñó uno de sus ojos.

El hombre se separó del camión y comenzó a caminar hacía unas calles estrechas.

Mientras lo hacía, iba girando su cuerpo y hacía pequeños gestos con los brazos, indicándoles que le siguieran. Continuaron por varias callejuelas, cada vez más estrechas y oscuras. Peter pensó que estaban totalmente perdidos, igual aquel hombre era un ladrón y les atacaría. La verdad es que les había conducido a un laberinto y por mucho que gritaran, sería muy difícil que alguien pudiera ir en su ayuda. De repente, el hombre se detuvo frente a una puerta de madera. Era oscura y estaba muy dañada por el tiempo. Golpeó fuertemente un pesado picaporte de hierro y esperó a que alguien contestara del otro lado. Rápidamente, se oyó una voz y el hombre comenzó a hablar de nuevo en árabe, era imposible entender lo que decían. Estuvieron hablando un rato y finalmente, la puerta se abrió con un largo crujido. Frente a ellos, apareció un hombre de avanzada edad, con el pelo completamente gris y unas graciosas gafas colocadas casi en la punta de su nariz. Miró detenidamente a Peter y Rachel mientras realizaba una curiosa mueca en su rostro.

—¡Yo puedo hablar su idioma! —El hombre hablaba con un acento muy extraño. Le costaba pronunciar las palabras, pero por lo menos, podían comunicarse.

—¡Perfecto! —Rachel dio un salto de alegría —. ¡Es nuestra salvación!

—Verá, no sabemos muy bien dónde estamos —Peter miró a Rachel con complicidad —. ¡Vamos en un barco y... bueno... estamos un poco perdidos.

—Pasar, pasar —El hombre comenzó a hacer gestos con las manos, indicando que entraran en la casa —. Hablaremos mejor dentro.

Ambos siguieron al hombre hasta un pequeño patio interior torpemente decorado. Era evidente que hacía mucho tiempo que nadie se cuidaba de aquella zona de la casa. La mayoría de las plantas estaban secas e incluso había trozos de cristales rotos apilados junto a una de las paredes. Sobre una pequeña mesa, había una tetera metálica de la que brotaba vapor en abundancia. El hombre llenó unos pequeños vasos de cristal y le dio uno a cada uno. Peter acercó el brebaje a su cara y un fuerte olor a hierbas le obligó a retirarlo bruscamente.

—Necesitamos que alguien nos traduzca esto —Rachel se acercó a Peter y estiró el brazo pidiéndole el trozo de fotografía.

—Tenemos que ir a éste sitio —Peter señalaba el cartel de la fotografía con el dedo —. ¿Sabe dónde es? —El hombre tomó la imagen, la observó durante unos instantes y dio un repentino salto hacia atrás. De repente comenzó a gritar en su idioma y a mover los brazos exageradamente.

—¿Qué ocurre?, ¿Qué pasa? —Rachel gritaba al hombre intentando controlar la situación.

—¡Tranquilo!, ¡tranquilo! —Peter intentaba calmar al hombre, quien seguía diciendo palabras totalmente incomprensibles para ellos —. ¡No entiendo lo que dice!, ¡no le entiendo!

—¡Malo!, ¡Muy Malo! —el hombre miraba a Peter con los ojos abiertos como platos y hacía gestos con las manos indicando que se separaran de él —. ¡Diablo!, ¡Malo!, ¡Muy Malo! —El hombre no paraba de repetir esas palabras una y otra vez.

Rachel se acercó al hombre y le cogió de los brazos, intentando que dejara de moverlos tan alocadamente. En ese instante, el otro hombre se abalanzó sobre ella lanzándola bruscamente al suelo. Peter, apenas tardó un segundo en reaccionar, tomó una silla metálica y la estampó sin contemplaciones sobre el agresor. El hombre dio un pequeño salto y salió despedido chocando con violencia contra una de las paredes. Finalmente, quedó inmóvil en el suelo

—¡Basta!, ¡vamos a calmarnos todos! —Peter aún mantenía la silla metálica entre sus manos, mirando amenazadoramente al hombre que tenía en frente —. ¿Estás bien?
—Peter dirigió la mirada en Rachel, quien comenzaba a levantarse del suelo.

—Sí, estoy bien.

—Muy bien, voy a dejar la silla y hablaremos... ¿vale? —Peter respiraba con fuerza y las palabras le salían entrecortadas —. ¿Está de acuerdo? —El hombre asintió con la cabeza y Peter dejó lentamente la silla en el suelo.

—¿Se puede saber porque se ha puesto así? —Rachel se había incorporado totalmente y miraba sus brazos en busca de golpes y arañazos.

—Sé dónde quieren ir. ¡Lugar muy peligroso! —El hombre ya se había calmado y estaba ayudando a levantar al otro del suelo.

Comenzó a explicarles que esa era una foto de una expedición arqueológica muy antigua. Según el hombre, habían pasado unos cuarenta o cincuenta años desde la tragedia. Contó que su padre fue uno de los hombres que trabajaron en ella. Al parecer, un día llegaron un grupo de investigadores reclutando personal para ir a un punto determinado del desierto, estaban convencidos de que habían descubierto algo muy importante. El padre del hombre se apuntó y estuvo trabajando en las excavaciones durante tres años. Finalmente, encontraron algo, pero nunca se supo exactamente lo que era. Solo sabía que consiguieron su objetivo y de repente, casi todos los hombres murieron al mismo tiempo. La empresa lo tapó todo. Tenían mucho dinero y nunca se supo nada del asunto. Había rumores de que consiguieron sacar algo de ahí, pero no estaba seguro.

Peter sabía que todo aquello tenía alguna relación con él. Sabía que las respuestas las hallaría en aquel lugar, giró la mirada y la centro en Rachel. Ella le miraba fijamente, dibujando en su rostro una expresión mezcla de temor y curiosidad. Sabía que lo que aquel hombre estaba contando tenía relación con él.

—¡Investigación en centro pueblo!, ¡centro pueblo! —el hombre gesticulaba de nuevo los brazos de forma alocada.

—¿Investigación? —Peter intentaba descifrar las palabras del hombre —. ¿En el centro del pueblo?, ¿se refiere a un edificio o algo?

—¡Sí!, ¡sí! —el hombre afirmaba con la cabeza —. ¡Laboratorio!, ¡en centro pueblo!

—¿Puede llevarnos? —Peter movía las manos en dirección a la calle —. ¿Sabe dónde es? —Los dos hombres comenzaron a hablar en árabe de nuevo. El hombre más mayor le hacía signos al otro, como si le estuviera dando algún tipo de orden.

—¡Sí!, ¡sí!, ¡él acompañar a vosotros! —rápidamente, el hombre se dio media vuelta y desapareció por una pequeña puerta.

Salieron de la casa y el hombre les acompañó por el laberíntico lugar. Pasaron un sinnúmero de calles estrechas y mal tratadas. El tiempo había hecho mella en aquel pueblo costero y a nadie parecía importarle. Ya no era tan temprano y las calles estaban ahora repletas de gente, ajenas al ritmo de las ciudades de occidente, enfrascadas en una letárgica vida que no había avanzado ni un solo día desde el principio de los tiempos. O por lo menos, era lo que pensaba Peter, observando el devenir de aquellos seres que aún tenían menos de lo que él había tenido. Por un momento, volvió a pensar en Jack. No había tenido ninguna noticia de él, de hecho, ya casi no podía ni recordar su cara. Su ansia por escapar había sido tan grande, que su mente le estaba jugando una mala pasada, borrando todo rastro de infelicidad.

Rachel se acercó a Peter, estaba absorto en sus pensamientos y solo la suave caricia

en su mano le trajo de regreso. Centró su mirada en el delicado rostro de la muchacha, quien con una dulce sonrisa, le invitó a seguir el camino. Estuvieron caminando durante unos minutos bajo el fuerte sol africano. Sus rayos se clavaban como puñales y el aire se volvía extremadamente cálido, casi irrespirable, como si poco a poco se estuviera haciendo denso y pegajoso

—¡Aquí!, ¡aquí! —el hombre se había detenido frente a un edificio y gesticulaba señalando la gran puerta metálica de la entrada. Rachel se acercó, cogió con firmeza la maneta y abrió bruscamente la pesada cerca.

—Bueno —Peter se dirigió al hombre —. Supongo que hemos llegado.

—Igual tendrías que darle algo —Rachel comenzó a buscarse por los bolsillos.

—Solo tengo unos dólares, ¡nada más! —apenas Peter introdujo las manos en sus bolsillos, el hombre se marchó rápidamente. Intentó detenerle, pero fue inútil, desapareció en apenas un suspiro.

—¿Se ha ido? —Rachel estaba totalmente perpleja —. Que tipo tan raro, ¿no?

—Toda esta gente es muy extraña, será mejor que entremos y veamos si encontramos algo —Peter terminó de abrir la puerta y se introdujo en su interior.

Era un viejo edificio abandonado hacía mucho tiempo. Sus paredes estaban repletas de documentos, enganchados con pequeñas chinchetas de colores, múltiples fotografías, mapas y recortes de periódicos, ahora ya antiguos. La sala era amplia y un tanto oscura. La luz tan solo entraba por unos pequeños ventanales alargados situados en la parte alta de las paredes. En la parte más alejada, una de las ventanas estaba rota y había dejado entrar arena y suciedad que se había ido acumulando sobre la mesa que se encontraba bajo ella.

—¿Qué estamos buscando? —Rachel dio un barrido rápido con la mirada a toda la sala —. ¡Esto está lleno de trastos!

—Bueno... no estoy seguro —Peter sacó el trozo de fotografía y lo miró detenidamente —. Tenemos que encontrar algo que nos indique donde está el lugar de la excavación.

—¿Pero sabes el tiempo que esto lleva cerrado? —Rachel gesticulaba las manos y daba fuertes suspiros —. Igual no encontramos nada de nada —Peter la miró fijamente a los ojos, cambiando la expresión de su rostro, haciéndolo más infantil.

—Necesito esto, necesito que me ayudes —La voz de Peter era suave y cálida —. Tengo tantas preguntas... —de nuevo, fijó la mirada en el trozo de fotografía.

Rachel no dijo nada, sonrió dulcemente y se acercó a la mesa que estaba junto la puerta y comenzó a rebuscar por sus cajones. Peter se quedó observándola durante unos minutos, estaba sorprendido, no podía creer que una chica como ella estuviera a su lado, ayudándolo en una aventura que ni él mismo sabía a donde les llevaría. Dio un fuerte suspiro y comenzó a registrar un gran armario que tenía en frente.

—¡Aquí hay algo! —Rachel dio un gran grito de alegría —. ¡Ven! ¡ven!, ¡creo que he encontrado algo!

—¿Qué has encontrado? —Peter se acercó rápidamente.

—¡Mira! —Rachel tenía un mapa en las manos —. Fíjate en estas anotaciones —Junto a un punto determinado del mapa, estaban escritas una serie de palabras con un gran círculo que rodeaba toda la zona.

—¿A ver? —Peter cogió el documento y lo miró con detenimiento.

—Cuidado, parece muy delicado —El mapa estaba en malas condiciones y Rachel temía que se rompiera al más mínimo movimiento.

—Sí, no hay duda, es aquí —Peter estaba radiante, la expresión de su rostro había

pasado del desánimo a la euforia en cuestión de segundos —. ¡Lo has encontrado!, ¡lo has encontrado!

—Pero esto está muy lejos —Rachel cambió el tono de su voz, poniéndolo más grave —. ¿Cómo vamos a ir hasta ahí?

—No lo sé, pero lo has encontrado.

La alegría de Peter le desbordaba, comenzó a saltar y a dar vueltas como una peonza. Rachel lo miraba con emoción y sorpresa, nunca lo había visto tan contento. Pensó que era mejor dejarlo disfrutar, ya pensarían más tarde como llegar a su destino.

Capítulo 11. *El camino más difícil*

Comenzaba a anochecer y estaban hambrientos. Apenas habían comido algo durante todo el día. Salieron del laboratorio y entraron en el primer bar que encontraron. El lugar era terriblemente lúgubre, ya no había luz que entrara por los ventanales y tan solo unas velas les separaban de la oscuridad absoluta. Apenas entraron, se sentaron en una de las múltiples mesas que se encontraban diseminadas por todo el local. Peter no paraba de darle vueltas al hecho de que habían encontrado el mapa, pero no se le ocurría ninguna forma de conseguir un transporte hasta la excavación. Además, habían pasado muchos años desde que fueron los científicos y no había ninguna garantía de que ahí aun hubiera algo de utilidad.

—Estoy hambrienta —Rachel se puso la mano en su vientre—. Mi barriga no para de hacer ruidos.

—¿Cuánto dinero te queda? —Peter comenzó a buscar en sus bolsillos—. A mi aún me queda un poco.

—Supongo que será suficiente para comer algo —Rachel levantó la mano, haciendo señas a un hombre que había tras la barra—. Espero que hable nuestro idioma.

—Sí, lo hablo —el hombre se había acercado y dibujaba una gran sonrisa en su rostro—. Le he escuchado mientras venía.

—Perfecto —Peter alzó la mirada y dio un suspiro—. Ya pensábamos que nadie nos entendería.

—¿Tiene algo de comer?, ¿algo sencillo, que no sea muy caro? —Rachel alzó la cabeza, intentando mirar sobre la barra de donde había salido el hombre.

—Tenemos poca cosa, pero puedo traerles algo de arroz y carne.

—Perfecto, estamos muertos de hambre, cualquier cosa nos irá bien —Peter acercó el mapa al hombre—. ¿Sabe cómo podemos llegar hasta aquí?

—Necesitarán un Jeep —el hombre comenzó a señalar ciertas zonas del mapa, junto al círculo dibujado—. Esta zona es peligrosa, hay mucha arena y muchas dunas. Es muy fácil tener un accidente.

—¿Y sabe de alguien que pueda llevarnos? —Peter repasó todo el local con su mirada, analizando cada una de las personas que estaban ahí.

—Haré algunas preguntas... —el hombre dio media vuelta y desapareció tras una puerta.

Peter puso el mapa sobre la mesa y comenzó a mirarlo con detenimiento, recorriendo cada uno de sus rincones, observando cada uno de las indicaciones y anotaciones que había. De repente, se dio cuenta de que había unos hombres en una mesa cercana que les observaba continuamente. Él no quería mirar de forma descarada, no quería problemas en un sitio como aquel, en donde no conocía a nadie.

—Creo que hay unos hombres que nos están mirando —Peter hablaba sin levantar la mirada del mapa, intentando disimular todo lo posible—. Están en la mesa a mi derecha, ¿los ves? —Rachel acercó su mano a la cara, acariciando su cabello y poniendo sus dedos frente a sus ojos, entonces dirigió la mirada a la mesa de los hombres.

—Sí, los veo —Rachel continuaba moviendo la mano, como si se estuviera peinando lentamente, ocultando sus ojos mientras observaba a los hombres—. Lo cierto es que no tienen una pinta muy agradable.

—¿Cuántos son?

—Yo veo a tres —en ese instante, el camarero colocó un plato con arroz y carne sobre la mesa sorprendiendo a Rachel, quien apartó rápidamente la mano y estiró su espalda hacia la parte de atrás de la silla.

—¡Perdón! —el hombre se giró hacia Rachel —. No he querido asustarla.
—Tranquilo, no pasa nada —Rachel puso una dulce sonrisa —. Ya está...
—¿Ha encontrado a alguien que nos pueda llevar? —Peter cogió un trozo de carne y lo colocó en su plato.
—No, no he encontrado a nadie, tal vez mañana...
—¡Disculpa! —la voz procedía de una mesa cercana —. No he podido evitar escucharos
—Peter dirigió la mirada al hombre que les hablaba. Era uno de los hombres de la mesa de antes, los que les estaban mirando continuamente —. Creo que necesitáis un transporte, ¿no?
—Bueno, si —Peter señaló con el dedo el lugar indicado en el mapa —. ¿Puede llevarnos?
—¿Por qué queréis ir ahí? —el hombre se acercó un cigarrillo a su boca y lo encendió dando una profunda bocanada —. Hay muchos otros sitios que visitar
—No importa el motivo —Rachel cambió el tono de su voz, tornándola dulce y sensual —. ¿Puedes llevarnos?

El hombre comenzó a hablar árabe con los otros dos, uno de ellos comenzó a gritar y dio un fuerte puñetazo sobre la mesa. El otro le cogió fuertemente del cuello con una mano y con la otra acercaba el cigarrillo encendido a su cara. Entre tanto, continuaba diciendo palabras ininteligibles, lo hacía tan cerca de su rostro, que se podía ver como parte de las babas del primero caían sobre su mejilla.

—Será mejor que salgamos de aquí —Peter se puso en pie y comenzó a doblar el mapa con sus manos.
—Si, estos tipos parecen peligrosos —Rachel se metió un trozo de carne en la boca y dio un último trago a un vaso de agua.

Apenas se habían separado de la mesa, los tres hombres se abalanzaron sobre ellos. El primero derribó a Rachel y los otros dos se lanzaron sobre Peter quien cayó torpemente sobre una mesa. Se golpeó fuertemente en la frente y se le abrió un profundo corte que comenzó a sangrar profusamente. Rachel intentó zafarse pero su agresor era mucho más fuerte, rápidamente, el hombre sacó una cuerda y rodeó las muñecas de la chica hasta tenerla totalmente inmovilizada.

Peter intentó reponerse de la caída, pero de la herida brotaba tanta sangre que los ojos se le inundaron sin permitirle ver nada. Rápidamente, uno de los hombres le propino un golpe final en la cara y Peter cayó sin sentido sobre una silla. Rachel consiguió dar una patada y de un salto se colocó junto a él. Al instante, sintió un fuerte golpe en la cabeza y ambos quedaron tendidos sin sentido.

No sabía cuánto tiempo había pasado ni donde se encontraba. El fuerte dolor de cabeza le impedía pensar con claridad y el sofocante calor hacía el aire casi irrespirable. Poco a poco abrió los ojos, entornando los párpados para frenar el intenso sol del desierto. Intentó poner una de sus manos como visera, pero unas fuertes ataduras le mantenían inmóvil en el vehículo. Un fuerte bache le hizo dar un pequeño salto y abrió los ojos completamente, frente a él, en el suelo, estaba Rachel tumbada totalmente inconsciente mientras su cuerpo acompañaba cada una de las sacudidas del vehículo como si fuera un muñeco inerte.

—¡Rachel!, ¡Rachel! —Peter gritaba mientras intentaba liberarse con todas sus fuerzas.
—Ya te has despertado, ¡bien! —el hombre estaba en el asiento delantero de la furgoneta —. Llevas un buen rato durmiendo, ja, ja, ja.

—¡Rachel!, ¿Qué has hecho con ella? —Peter estiraba con fuerza las piernas, intentando hacer palanca con su cuerpo sobre las correas que le ataban.

—No te esfuerces, te hemos atado muy fuerte, solo conseguirás hacerte daño —el hombre hablaba con tono impasible.

—¿Qué nos habéis hecho?, ¿Qué queréis de nosotros? —Peter relajó sus músculos. Era imposible liberarse de esa forma de las ataduras. El hombre tenía razón, solo conseguiría hacerse daño.

—Bueno —El hombre giró su cuerpo sobre el asiento y centró la mirada en Peter —. Tenemos cierta curiosidad por el sitio que tenéis marcado en el mapa, ¿por qué es tan importante?

—¡No hay nada que te importe! —Peter cambió el tono de voz y lo puso más agresivo —. ¡Déjanos en paz!

—Ja, ja, ja —el hombre se puso a reír exageradamente —. Lo que tú digas. Llegaremos mañana por la mañana y entonces veremos qué es lo que ocultáis.

Estaban en una camioneta vieja y oxidada. Una de esas en que la parte de atrás tan solo está cubierta por una lona y una pequeña ventana comunica la zona de carga con la cabina del conductor. Igual que en el bar, estaban los tres hombres juntos, ahora era posible verlos con más detalle. Uno de ellos, el que estaba conduciendo, parecía pertenecer a alguna tribu africana. Vestía una indumentaria un tanto curiosa y llevaba un aparatoso collar que le cubría todo el pecho. El color de su piel era negro como la noche, contrastando con el blanco de los colmillos que le atravesaban las orejas. Estaba delgado y, aunque estaba sentado como los otros, parecía ser muy alto. A su derecha, descansaba otro de los hombres. El color de su piel era más claro que el primero aunque su indumentaria era muy parecida. Vestía una camiseta sin mangas y en su cuello descansaban multitud de collares que le cubrían todo el pecho. Igual que el otro hombre, dos grandes colmillos atravesaban sus orejas. Finalmente, junto a la puerta de la derecha, estaba el último de los hombres. Era el que había estado hablando con Peter todo el rato. Era un hombre corpulento y musculoso. Vestía una camisa con las mangas dobladas, mostrando los grandes tatuajes que le cubrían por completo los dos brazos. Un sombrero le cubría la mitad de la cara y ocultaba su mirada tras unas oscuras gafas de sol.

—¿Qué ocurre?, ¿Dónde estoy? —Rachel se estaba despertando. Estaba confusa y aturdida.

—¡Rachel!, ¡Rachel! —Peter intentaba llegar hasta ella inútilmente —. ¿Estás bien?

—Sí, supongo que sí. ¿Dónde estamos? —Rachel intentaba incorporarse, pero con las manos atadas en la espalda, era una tarea casi imposible.

—Nos han secuestrado.

—¿Secuestrado?

—Sí, ¿recuerdas los tipos de anoche? —Peter relajó de nuevo los músculos —. Pues nos han secuestrado y estamos en su camión.

—¿Y a donde nos llevan?, ¿Qué quieren de nosotros? —Rachel seguía tumbada en el suelo de la camioneta. Intentaba girarse hacía todas las direcciones posibles, buscando un punto de apoyo para poder erguir su cuerpo.

—Nos llevan a la excavación, creen que hay un tesoro o algo así... ¡malditos! —finalmente, Rachel consiguió darse la vuelta y hacer palanca con las piernas hasta que alzó su cuerpo hasta poder sentarse frente a Peter.

—¿Ya se ha despertado la princesa? —el hombre de los tatuajes hablaba a través de la ventanilla que comunicaba con la zona de carga.

—¡Maldito!, ¡Suéltanos! —Rachel estaba furiosa.

—Tranquila muñeca, tranquila —el hombre giró su cuerpo, centrándolo de nuevo en el

inmenso desierto –. No falta mucho para que oscurezca. Entonces pararemos y descansaremos un poco.

El hombre no se equivocaba, poco después el sol se ocultaba tras las dunas y la oscuridad de la noche comenzaba a cubrirlos como un suave manto. La furgoneta se detuvo y los hombres comenzaron a hablar en alguna especie de dialecto que era imposible de entender.

—Acamparemos aquí –el hombre de los tatuajes había rodeado el camión y se había situado frente al portón de carga y descarga –. No podemos conducir de noche –deslizó los ganchos de sujeción y el portón calló bruscamente a la arena –. En la oscuridad, no podemos ver las dunas y seguro que tendríamos un accidente.

—¿Qué vas a hacer con nosotros? –Peter estaba asustado, pero tenía que ser fuerte por Rachel, tenía que protegerla de aquellos animales.

—¡Tranquilo! –el hombre había subido a la zona de carga del camión y estaba junto a Peter. En la mano blandía un gran cuchillo de caza –. Si te suelto, ¿te portarás bien?

—Si me sueltas a mí, pienso romperte el culo, ¡cerdo! –Rachel interrumpió bruscamente intentando lanzarse sobre el hombre, pero con las manos atadas a la espalda, solo consiguió hacer un movimiento torpe que el hombre esquivó fácilmente. Rachel en cambio, no consiguió frenar su investida y chocó bruscamente contra la pared del camión.

—¡Rachel!, ¡Rachel! –Peter intentó acercarse a ella, pero el hombre, con un rápido movimiento, puso el cuchillo bajo su cuello y miró fijamente a la muchacha

—¿Quieres volver a intentarlo? –el hombre miraba desafiante a los ojos de Rachel –. Dime, ¡zorra!, ¿quieres volver a intentarlo?

—Está bien, está bien –Peter hablaba con voz temblorosa –. No te preocupes, no lo volverá a hacer, te lo aseguro –Peter miraba fijamente a los ojos de Rachel, buscando una confirmación por parte de ella de que cumpliría con el trato.

—Que me dices princesa, ¿harás caso a tu novio o te dejo viuda antes del matrimonio? –el hombre aumentó la presión del cuchillo en el cuello de Peter.

—¡Vale!, ¡vale! –Rachel cedió sin remedio a la presión –. Pero déjale, por favor.

—Así me gusta –el hombre deslizó el cuchillo hasta las manos de Peter y corto de un tajo las ataduras que le mantenían inmóvil –. Ahora baja y pórtate bien.

Peter bajó lentamente de la zona de carga del camión, intentando mantener una actitud colaboradora con aquellos hombres. Realmente, no temía por su vida, podrían hacer con él lo que quisieran, la verdad es que no le importaba en absoluto. Recordaba perfectamente como le había tratado Jack durante estos años, como le había pegado y como le obligó a trabajar en aquellas condiciones. No, no estaba preocupado por él, pero no podía permitir que le hicieran nada a Rachel. Nunca había conocido una chica como ella, nunca había sentido lo que le recorría por el cuerpo cuando miraba fijamente a esos preciosos ojos verdes. Tan solo la idea de que le pudiera pasar algo, le ponía simplemente histérico. Por eso tenía que obedecer, para que ella estuviera segura, ya encontraría el momento adecuado para salvarla.

Otro de los hombres le agarró fuertemente del brazo y lo separó unos metros de la camioneta. Con la otra mano, le lanzó una gran bolsa que calló bruscamente frente a sus pies.

—¡Vamos!, monta esa tienda, dentro de poco no habrá luz y necesitamos refugio –el hombre cogió otra bolsa y comenzó a montar una segunda tienda. Peter miró fijamente al hombre que estaba en el camión con Rachel.

—Tranquilo, chaval, si haces caso, no le pasará nada de nada —el hombre del camión estaba sentado junto a la muchacha y miraba a Peter con una gran sonrisa.

Rachel dirigió la mirada a Peter y le hizo un gesto de aprobación. Sabía que él haría cualquier cosa por ella, sin importarle su propia vida. No podía permitir que le hicieran daño, los dos tenían que cuidar el uno del otro, nadie lo haría por ellos. Peter abrió la bolsa y comenzó a montar la tienda. Era una de esas tiendas militares, de color verde oscuro y con la forma típica del tejado de una casa, como si fuera un gran triángulo apoyado en el suelo. No era difícil de montar, apenas unas barras, la lona y unos cables de seguridad para que no se la llevara el viento.

La noche abrazaba completamente el desierto y de repente todo cambió de forma brusca. Ya no se podía distinguir el horizonte, de hecho, no era posible ver más allá de unos metros. No había luces ni nada que les sirviera de referencia, estaban en medio de un mar de arena, en medio de la inmensidad del desierto. A Rachel le recorrió un frío calambre por su espalda y cruzó sus brazos, como intentando darse calor con ellos. Peter se acercó a ella y la abrazó con fuerza.

—Parece que has hecho un buen trabajo —uno de los hombres se acercó a ellos y les lanzó un par de pequeñas bolsas plateadas y una botella de agua.

—¿Qué es esto? —Rachel miraba la bolsa con desprecio.

—¡Es comida! —el hombre abrió otra bolsa que tenía en las manos y le dio un mordisco a una especie de chocolatina —. Es perfecto para estos viajes, tiene lo necesario para alimentarnos y no se estropea.

—Tenemos que comer algo —Peter hablaba con dulzura a Rachel, mientras abría una de las bolsas —. Tenemos que estar fuertes si queremos librarnos de ellos —Rachel le correspondió con la mirada, abrió su bolsa y comenzó a comer.

La comida consistía en unas tabletas de una especie de pasta seca, apenas tenía sabor y la textura en la boca era un tanto desagradable. A Peter le recordó mucho a la comida que daba a los cerdos, de hecho, no debía de ser tan diferente, no era más que un amasijo de proteínas, grasas y vitaminas que les mantenía con vida.

—Os explicaré en que situación estáis —el hombre del tatuaje se acercó con autoridad —. Estamos en medio del desierto, a cientos de kilómetros del pueblo más cercano en cualquier dirección —el hombre alzó la mirada y recorrió la oscuridad que les rodeaba.

—¿Qué quieres decir? —la temperatura bajaba rápidamente y Peter se abrazó con más fuerza a Rachel.

—Que no voy a ataros ni nada por el estilo, pero tenéis dos opciones —el hombre se inclinó sobre la cara de Peter —. Podéis entrar en la tienda y descansar o podéis intentar huir y morir en el desierto, nadie os lo impedirá —el hombre se dio media vuelta y se metió en una de las tiendas, junto con los otros hombres.

—Será mejor que entremos, empieza a hacer frío —Rachel estaba temblando y Peter la abrazaba con fuerza.

Entraron en la tienda y corrieron la cremallera que cerraba la tienda. Por lo menos, les habían dejado una de las tiendas para ellos dos solos. Hacía frío y estaban agotados. Dentro de la tienda, tan solo había una manta de color marrón, vieja y acartonada. Se tumbaron en el suelo y se abrazaron fuertemente mientras se cubrían con ella. Podía escucharse el sonido del desierto. Peter pensó que aquello era muy extraño, sabía que no había nada en muchos kilómetros, sabía que estaban solos, pero podía escuchar los extraños sonidos que provocaba en el viento al mover la lona de la tienda. Por

momentos, se podían escuchar pequeños silbidos. Incluso, a veces parecía que estuviera sonando música.

—¿Por qué estamos aquí? —Rachel hablaba con los ojos cerrados.

—¿Cómo?, ¿Qué quieres decir? —Rachel se giró, se puso frente a Peter y lo miró fijamente.

—Yo tenía mi vida y entonces te conocí y ahora, ya no tengo nada —una lágrima se deslizaba por la suave piel de la muchacha —. ¿Por qué estamos aquí en medio de ninguna parte?, ¿Qué buscas Peter?

—Verás —Peter deslizó la mano hasta el pelo de la chica y comenzó a acariciarlo suavemente —. Estaba perdido y buscaba una señal, algo que me indicara el camino y entonces, te encontré a ti —Peter pasó los dedos por la mejilla de Rachel, secándole las lágrimas —. El destino nos ha unido por alguna razón y no permitiré que nos separe jamás.

—Sé que hay cosas que no me has contado —Rachel acercó sus labios a los de Peter y le dio un profundo beso —. Pero tienes que confiar en mí.

—Lo sé, pero hay cosas que ni yo mismo comprendo, hay cosas que no puedo explicar —Rachel le interrumpió con un nuevo beso.

—Está bien, no te preocupes —Rachel separó ligeramente los labios de los de Peter y centró la mirada en el vendaje de su frente —. Tendríamos que mirar cómo está esa herida.

—¿La herida?, si es cierto, ya no me acordaba —Peter se incorporó levemente permitiendo que las manos de Rachel alcanzarán con facilidad el vendaje de su frente. Despegó los trozos de esparadrapo y lo retiró cuidadosamente.

—Tienes un buen corte —Rachel comenzó a fruncir el ceño, poniendo una expresión de disgusto en su cara —. Creo que te quedará cicatriz.

—¿Pero está bien, no lo ves infectado ni nada?

—Sí, está bien —Rachel puso la mano sobre el pecho de Peter y lo empujó ligeramente hacia el suelo —. Ahora tumbate y descansa, mañana estará mejor.

Se durmieron con facilidad y las horas pasaron casi instantáneamente. Apenas los primeros rayos de luz acariciaron las lonas de las tiendas, los sonidos de los tres hombres discutiendo les despertaron. Peter abrió bruscamente los ojos, se incorporó levemente y repasó con la mirada cada rincón de la tienda. Rachel aún estaba a su lado, durmiendo. Durante unos segundos, la observó como quien observa un tesoro, dibujando en su rostro una expresión de felicidad y de orgullo del que ha conseguido un sueño. De repente, el trozo de lona que hacía las veces de puerta de la tienda se abrió bruscamente, deslizando con rapidez la cremallera que la mantenía cerrada.

—¡Arriba muchachos! —el hombre del tatuaje metió medio cuerpo dentro de la tienda —. Hay que ponerse en marcha.

Rachel tenía los ojos abiertos, mirando de forma desafiante al hombre, quien con un gesto de desprecio, dio media vuelta y desapareció tras la entrada de la tienda. Peter se irguió completamente y nada más salir recibió un fuerte empujón que lo lanzó de morros contra la cálida arena.

—Vamos chaval, ¡espabila! —uno de los hombres le había empujado con fuerza y le miraba de forma desafiante —. ¿Tienes algún problema? —Peter se quitó la arena de la cara con una de sus manos.

—Saudir, deja al chico en paz —El hombre del tatuaje estaba recogiendo parte de la otra tienda —. Y ven a ayudar con esto —en ese instante, Rachel salió de la tienda y al

ver a Peter en el suelo, se dirigió rápidamente junto a él.

—¿Estás bien?

—Sí, tranquila —Peter se ayudó con las manos y se puso lentamente de pie—. Estoy bien.

—Bueno, ya que estáis los dos despiertos, ya podéis empezar a recoger vuestra tienda —el hombre del tatuaje estaba guardando las barras metálicas en una gran bolsa de tela—. Ha!, y ahí tenéis el desayuno —el hombre les lanzó dos bolsas plateadas como las de la noche anterior.

Peter recogió las bolsas y le dio una a Rachel. Las abrieron y fueron comiendo las tabletas mientras desmontaban la tienda. Una vez que terminaron, subieron a la zona de carga del camión, igual que el día anterior. Poco después, dos de los hombres, se pusieron junto a Peter, uno de ellos se abalanzó sobre él y consiguió tumbarlo boca abajo sobre el suelo del camión mientras el otro le ataba fuertemente las manos a su espalda. Rachel intentó saltar sobre uno de ellos, pero el hombre reaccionó rápidamente y sacó un gran cuchillo que la paró en seco.

—Tranquila fiero, tranquila —el hombre blandía el cuchillo frente a la cara de la muchacha.

—¡Eres un cabrón!, ¡dejadle en paz! —Rachel estaba furiosa, sabía que si se abalanzaba sobre el hombre, éste le hundiría el cuchillo en el pecho, no podía hacer nada.

—No le estamos haciendo nada —era la primera vez que hablaba el otro hombre. Hablaba bastante bien el idioma, aunque el acento era totalmente diferente al de los otros dos—. Solo queremos que esté quieto y no se le ocurra hacer nada raro.

—¿Lo entiendes chico? —el hombre del tatuaje hablaba desde el portón de acceso a la zona de carga—. ¡Venga!, ayudadle a sentarse —el hombre alzó la voz, como si estuviera dando una orden a los otros dos.

—Si alguien me toca le parto la cara —Rachel estaba sentada frente a Peter, con los brazos flexionados como lo haría un boxeador.

—Ja, ja, ja —uno de los hombres reía exageradamente—. No te preocupes, fierecilla, a ti te dejaremos tal cual —los dos hombres bajaron del camión entre risas y comentarios en su idioma.

Poco después el camión se puso en marcha y continuó con el destino del día anterior. El hombre del tatuaje llevaba un GPS y había puesto las coordenadas del mapa. Dijo que no estaban muy lejos, que seguramente llegarían en unas horas.

—¿Qué crees que encontraremos ahí? —Rachel se había situado junto a Peter.

—No lo sé, pero creo que las cosas se pondrán difíciles.

—¿Difíciles? —Rachel dibujó una expresión de preocupación en su rostro—. ¿Por qué lo dices?

—Estos tipos se imaginan que sabemos dónde hay un gran tesoro o algo así —Peter señalaba con la mirada a los hombres que estaban en la cabina del conductor—. Pero lo cierto es que no sabemos nada de nada.

—Dios mío —Rachel se puso las dos manos en la cara—. No nos van a creer ¡nos matarán!

—No te preocupes, no dejaré que te ocurra nada —Peter intentaba liberarse con todas sus fuerzas, pero era inútil, estaba fuertemente atado.

—¡He!, ¡ponte al otro lado! —uno de los hombres hablaba a través de la ventana que había en la cabina del conductor—. Cámbiate de sitio o te atamos también a ti.

Rachel asintió con la cabeza y se situó frente a Peter. Por su cabeza no paraban de venirle imágenes de lo que ocurriría cuando llegaran al punto de la excavación. Aquellos hombres se estaban tomando muchas molestias para llegar a aquella zona y no se irían con las manos vacías. Les habían mantenido con vida porque pensaban que tenían información de un tesoro, pero cuando supieran que no sabían nada, ya no tendrían que mantenerles vivos. Sabía que les matarían ahí mismo y les dejarían en el desierto para que la arena les perdiera para siempre. Nunca nadie sabría lo que había ocurrido realmente, simplemente desaparecerían y su existencia no habría tenido ningún sentido.

—Encontraré la forma de liberarnos, confía en mí —Peter dirigía la mirada hacia el suelo del camión, como si no estuviera hablando con la muchacha.

—¿Pero cómo lo haremos? —Rachel seguía el mismo juego y también miraba despreocupada al suelo.

—No te preocupes, algo me dice que lo conseguiremos.

—¿algo?, ¿algo te lo dice? —Rachel alzó la mirada y la centro en Peter.

Peter continuó mirando fijamente junto a sus zapatos, pero una gran sonrisa se dibujó en su rostro. Sentía como se acercaba a algo grande, algo más grande que él y que todos. Nunca se había sentido de esa forma, tenía la seguridad de que algo le estaba protegiendo, no tenía que temer nada, nada podía ir mal.

Capítulo 12. *Inexplicable*

Habían pasado varias horas desde que abandonaron el campamento, tenían los músculos doloridos y los brazos inflamados por las ataduras.

—Bueno, ya hemos llegado —el hombre del tatuaje, acercó su mano a la cara y se quitó las oscuras gafas—. Ahora tendremos una interesante conversación.

—¡Tranquila! —Peter susurraba al oído de la chica—. No te preocupes, por ahora nos necesitan.

—Pero... —Peter interrumpió rápidamente a la chica, no dejando que terminara la frase.

—No hay ningún pero, no pienses en eso ahora.

De repente el vehículo se detuvo totalmente y los tres hombres bajaron rápidamente. Dos de ellos, se dirigieron a la parte de atrás del camión y abrieron la pesada puerta del compartimiento haciendo señas para que bajaran de la zona de carga.

El panorama era desolador. Frente a ellos, se alzaban un par de estructuras medio derruidas y parcialmente cubiertas de arena. Seguramente serían las edificaciones en donde descansaban los obreros durante las excavaciones. La zona estaba muy alejada de cualquier núcleo urbano y unas simples tiendas de campaña no hubieran aguantado los dos años que duró la excavación. Junto a una de las paredes, descansaba un viejo Jeep y unas cuantas carretillas y utensilios de excavación. También había lo que parecía ser una gran antena de comunicaciones, aunque estaba dañada y le faltaba la parte más alta, que yacía torpemente sobre unas rocas junto a la base de la estructura.

De uno de los edificios salían multitud de cables que se dirigían a todas las direcciones. Unos comunicaban con el edificio adyacente, otros se dirigían a diversos postes de madera y otros simplemente, caían sin cuidado sobre la arena. El tiempo había dejado su huella inexorable y el asentamiento había perdido todo el esplendor que igual tuvo algún día.

—Bueno, aquí es donde queráis ir, ¿no? —el hombre del tatuaje se acercó lentamente a los muchachos.

—Sí, así es —Peter tenía la mirada fija en la arena de sus zapatos.

—Bien, bien. ¿y dónde está el premio? —El hombre se había acercado a Peter y casi le hablaba al oído—. ¿Qué era tan importante en este lugar?

—Nada, ya te lo hemos dicho muchas veces, no hay nada importante —Peter alzó la mirada y la centró en el hombre del tatuaje.

—Ja, ja, ja —el hombre comenzó a reír ruidosamente—. ¿Y pretendes que nos lo creamos? —el hombre siguió riendo mientras caminaba alrededor de los chicos.

—Verás —Peter dirigió la mirada de nuevo a sus zapatos—. No me importa lo que creas —apenas dijo esas palabras, sintió un fuerte golpe en sus piernas y se desplomó sobre sus rodillas. El hombre del tatuaje, se acercó por su espalda y colocó un gran cuchillo junto a su garganta.

—Mira chaval —el hombre hablaba casi susurrando—. O me dices inmediatamente lo que estás buscando o no me servirás para nada. ¿entiendes?

—¡Espera! —Rachel interrumpió al hombre—. No le hagas daño, por favor.

—Bueno, bueno, bueno —el hombre se separó unos metros de Peter y centro la mirada en Rachel—. ¿Qué tenemos aquí? —el hombre dirigió la mirada nuevamente en Peter—. Parece que te ha salido una defensora.

—¡Déjala!, como le hagas daño... —Peter no pudo terminar la frase cuando el hombre se abalanzó de nuevo sobre él, ajustando el cuchillo bajo su mentón.

—¿Qué me harás?, venga, valiente, ¡dime que me harás! —el hombre gritaba con furia

y apretaba cada vez más el cuchillo en el cuello de Peter –. Escucha preciosa –El hombre dirigió su furia hacia Rachel –. Tienes diez minutos para encontrar algo que me pueda interesar o ¡lo mato!, ¿lo has entendido?

—No le hagas daño, por favor –Rachel gritaba y lloraba descontroladamente –. Haré lo que quieras, pero ¡no le hagas daño!

—El tiempo está corriendo, más vale que empieces a buscar –El hombre dio un golpe de desprecio en la nuca de Peter con la mano abierta –. O a este corderito se le acabará la suerte.

Rachel miró fijamente a Peter, buscando un signo de aprobación en su rostro, pero seguía mirando al suelo, sin alzar la cabeza, como si no quisiera que ella le viera en esa situación. La herida de la frente se le había abierto ligeramente y le caían pequeñas gotas de sangre que se iban acumulando poco a poco sobre la blanca arena del desierto. Apenas tenía tiempo para encontrar un supuesto tesoro, ¿pero cómo lo haría?, ¿dónde buscaría? Su cuerpo comenzó a moverse casi por instinto. Entró en uno de los edificios y comenzó a buscar desesperadamente, pero apenas habían muebles o sitios en los que buscar. La mayoría de las zonas estaban cubiertas por una gruesa capa de arena, además, seguro que si había algo de valor, no estaría en un sitio tan evidente como una mesa o un armario.

El tiempo corría y el hombre del tatuaje no daba tregua a la muchacha. Cada cierto tiempo gritaba al aire que el tiempo se terminaba. Rachel no podía pensar, en su mente, tan solo se dibujaba una y otra vez la manecilla de un reloj, avanzando inexorablemente hacia un fatídico desenlace. Rachel salió del edificio y se dirigió al adyacente, pero apenas se podía entrar. La arena lo cubría casi por completo y se había derrumbado parte del suelo del piso superior, haciendo imposible acceder a la sala principal. Apenas quedaban unos minutos, era imposible que pudiera encontrar algo en aquel tiempo. Pensó que la única solución sería atacar, ¡eso es lo que haría!, se acercaría al hombre y se lanzaría sobre él, igual con un poco de suerte conseguiría quitarle el cuchillo y controlar la situación.

—¡Ding, dong! –la voz del hombre del tatuaje inundaba el asfixiante aire africano –. El tiempo se ha terminado, ¿Dónde estás preciosa? –Rachel estaba oculta tras una de las paredes de uno de los edificios. Durante unos segundos se quedó ahí, inmóvil, pensando en cómo haría para desarmar al hombre –. Muñeca, o sales ahora o ¡le corto el cuello! –la voz del hombre era ahora más grave y con más autoridad. Rachel sabía que hablaba en serio, tenía que salir o Peter moriría.

—Está bien, estoy aquí –Rachel salió de su parapeto y se dirigió al hombre lentamente.

—¿y bien?, ¿tienes algo para mí? –el hombre estaba frente a ella, blandiendo el cuchillo en una de sus manos.

—Y... yo... no... –Rachel no sabía que decir. La voz le salía temblorosa, no sabía cómo parar lo inevitable.

—¡Muy bien! ¡tú lo has querido! –el hombre se dirigió rápidamente donde estaba Peter, se situó a su espalda y lo agarró con fuerza por el cuello. Peter no se había movido en todo el rato. No ofreció la más mínima resistencia. Sabía que si intentaba hacer algo, Rachel podría salir lastimada. No le importaba lo que hicieran con él, simplemente esperaba impasible su fin –. Nadie me toma el pelo, ¡nadie! –el hombre colocó el cuchillo sobre el cuello de Peter, listo para degollarlo ahí mismo.

—¡Espera!, ¡espera! –Rachel apenas tenía uno o dos segundos para reaccionar, comenzó a mirar rápidamente a su alrededor, buscando un rayo de esperanza, esperando un milagro y, entonces lo vio, había estado ahí desde que llegaron y no lo había visto –. ¡Lo tengo!, ¡te lo juro!, ¡espera!

—Crees que soy idiota —el hombre comenzó a presionar el cuchillo sobre la carne de Peter y un pequeño hilo de sangre comenzó a brotar del corte.

—¡NO!, ¡ESPERA! —Rachel comenzó a gritar desesperada —. ¡MIRA AHÍ!, ¡NO TE ENGAÑO! —la muchacha señalaba una zona con una de sus manos —. ¡ESPERA! —el hombre alzó la mirada y miró fijamente a donde indicaba la chica. Poco a poco redujo la presión en el cuello de Peter.

—¿Qué tengo que mirar?, ¿Qué me estás enseñando?

—Fíjate en los cables —Rachel señalaba los cables que salían del edificio principal

—Si, ahí hay algo —uno de los hombres se acercó a ellos y confirmó lo que Rachel estaba indicando —¡Vamos!

Del edificio principal salían multitud de cables y lo cierto es que no habían prestado mucha atención a ninguno de ellos, pero unos cuantos, se dirigían a una zona totalmente cubierta por arena y se hundían en ella. Simplemente desaparecían en el interior del desierto. ¿Qué hacían unos cables ahí?, dos de los hombres se dirigieron rápidamente al emplazamiento y comenzaron a cavar con sus manos, intentando limpiar la zona en donde desaparecían los cables.

—Aquí hay algo —uno de los hombres estaba arrodillado frente a uno de los cables. Había apartado una gran cantidad de arena que se acumulaba en una pequeña duna frente a él —. Noto una separación, hay una especie de tapa.

El otro hombre se dirigió rápidamente junto al otro y comenzó a cavar fuertemente en la misma zona. Sus grandes manos se hundían en la arena y en poco tiempo, habían apartado tanta que ya era posible distinguir una gran losa que cubría gran parte del suelo. En una de las esquinas, un gran agujero permitía que los cables la atravesaran y se perdieran en su interior.

Mientras tanto, el hombre del tatuaje seguía inmóvil tras el cuerpo de Peter, quien no había desviado la mirada en ningún momento de la arena. Las pequeñas gotas de sangre que fluían de su frente, se habían ido acumulando y ya formaban una considerable mancha en la arena. El calor la había secado y su color se había tornado casi negro. Junto a ellos, Rachel miraba expectante el hallazgo de los hombres. En su rostro se dibujaba la ilusión de un niño el día navidad, en el momento que despierta y se dirige a la base del árbol para ver sus regalos. Deseaba con toda su alma que aquella losa de piedra representara la salvación de la persona a la que amaba.

—Tú, ¡ayúdales! —el hombre vociferaba a Rachel y señalaba con el brazo en donde se encontraban los hombres.

—Y... yo —Rachel estaba confundida, aún no podía creerse que hubiera detenido la ejecución de Peter, se había producido un milagro, no tenía ninguna duda

—¡Vamos!, ¿a qué esperas? —el hombre dio un ligero paso amenazador hacia la muchacha.

Rachel se dirigió rápidamente junto a los otros hombres y comenzó a limpiar la zona con sus manos. Ahora se podía apreciar perfectamente la losa que había estado enterrada. Sin duda era una tapa que impedía el acceso a la excavación. Alguien se había tomado muchas molestias para que la entrada quedara oculta, pero había cometido el error de mantener los cables eléctricos que entraban en sus entrañas.

Uno de los hombres introdujo una barra metálica en uno de los lados y comenzó a hacer palanca con todo su cuerpo. Inmediatamente, el otro hombre le acompañó con el

suyo y, lentamente, la placa de piedra comenzó a deslizarse hacia uno de los costados.

En ese instante, Peter alzó la mirada y la centró en el gran agujero que se estaba desvelando. Su mente se llenó de imágenes desconocidas para él y un millón de sonidos le envolvieron sus oídos. De repente sintió una intensa presión en su cabeza, pensó que le estallaría en mil pedazos. Estaba sintiendo un dolor insoportable, cerró con fuerza los ojos y frunció el ceño todo lo que pudo, soportando un dolor que no había sentido nunca y, justo en el momento en que iba a perder el conocimiento, igual que había aparecido, el dolor se fue, dejando un incomprensible vacío en su interior. Peter estaba confundido, había pasado del dolor más amargo a la sensación de vacío más intensa de su vida. Le embargó una terrible sensación de soledad y dejó que una lágrima le recorriera la mejilla, hasta caer sobre la mancha de sangre. Aquella puerta se había abierto para él, lo sabía, en el fondo de su ser, sabía que aquella era la dirección que tenía que seguir.

—Parece que hay un pasadizo —uno de los hombres dirigía una linterna al interior del agujero.

—¿crees que habrá luz? —el hombre del tatuaje se había separado unos metros de Peter y ahora estaba más cerca de la entrada —. ¿Esos cables servirán de algo, no?

—Voy a entrar, a ver si encuentro algún interruptor —el hombre de la linterna, se introdujo en el gran agujero hasta desaparecer por completo.

En la entrada, había una larga rampa que permitía el acceso a su interior. Aquel hombre se había metido tan rápido que en apenas unos segundos, ya no podía apreciarse la luz de su linterna desde el exterior. El tiempo pasaba lentamente y el sofocante calor no hacía la situación más llevadera. De repente, se escuchó un gran estruendo y una leve luz comenzó a salir del túnel.

—Lo he encontrado —el hombre se había acercado a la entrada e invitaba a entrar al grupo —. Ya hay luz, ¡vamos!

—De acuerdo, ¡levanta! —El hombre del tatuaje había vuelto junto a Peter. Puso una de sus manos en su hombro izquierdo y lo presionó con fuerza mientras intentaba alzar al muchacho —. ¡Vamos!

—¿Estás bien? —Rachel estaba frente a Peter, se había puesto de rodillas para estar a su altura y había colocado sus manos en cada una de sus mejillas —. ¿Estás bien, cariño? —el tono dulce y sincero de la voz de Rachel envolvió todos los sentidos de Peter como la más delicada de las fragancias. Dirigió la mirada hacia ella y la besó delicadamente en la boca.

—¡Espabila!, ¡no tenemos todo el día! —el hombre del tatuaje dio un fuerte tirón en el hombro del muchacho, haciéndole desplazar su espalda hacia atrás, separándose de Rachel —. ¡Levanta!

El grupo se dirigió al interior de la entrada. El hombre de la linterna, había entrado de nuevo mientras el segundo de ellos, esperaba impaciente junto al agujero. Apenas se acercaron al borde, el hombre del tatuaje dio una fuerte patada en la espalda de Peter, quien cayó rodando por la rampa hasta llegar al interior del túnel. Rachel se lanzó tras él, pero no pudo evitar que callera estrepitosamente contra el suelo. Aún tenía las manos atadas a su espalda y no había podido frenar su caída.

—¡Esto no es necesario! —Rachel ayudaba a levantar a Peter del suelo - ¡está atado, por favor!

—Ja, ja, ja —el hombre bajaba por la rampa, riendo y señalando a Peter con una de sus

manos –. ¿No te ha parecido divertido?, yo lo encuentro tronchante, ja, ja, ja.

—¡Maldito cabrón! —Peter ya estaba de pie y Rachel se lanzó como una bala sobre el hombre.

—¡ESPERA!, ¡PARA! —Rachel se quedó parada, Peter había centrado su mirada en ella. Sabía que aquel hombre la lastimaría y no podía permitirlo –. Déjalo, no pasa nada.

—Eso, déjalo princesa, haz caso a tu príncipe y vivirás más –el hombre seguía acercándose –. ¡Vamos! —el hombre hizo un gesto con la mano, indicando que siguieran adentrándose por el túnel.

El túnel no era muy amplio, lo habían construido hacía mucho tiempo y los pilares de madera que impedían que se derrumbara, estaban en muy malas condiciones. Las altas temperaturas del desierto y la baja humedad, los había acartonado. Muchos de ellos habían perdido grandes trozos, desmenuzados como si de una barra de pan seco se tratara. De todas formas, aquello había aguantado muchos años y no parecía que aquel momento anunciara el fin de la estructura.

El camino se hundía en la tierra con una gran inclinación. Rápidamente, la tierra dejó paso a un espeso barro y finalmente, a la fría y dura roca. Lentamente, el aire se tornaba denso y era necesario forzar la respiración para llenar los pulmones de la preciada sustancia.

—¿A dónde lleva esto? —el hombre del tatuaje hablaba directamente al oído de Peter –. ¿Qué es lo que buscabais aquí?

—No lo sé, nunca hemos estado aquí —Peter seguía con la mirada los cables eléctricos que colgaban del techo del túnel.

—¿No lo sabes?, ¿y porque coño querías venir aquí? —el hombre alzó el volumen de su voz y la tornó más agresiva –. Es una auténtica locura. ¿Quién es el idiota que busca algo y no sabe para qué?

—¡Venid!, aquí hay algo escrito —el primero de los hombres estaba detenido frente una de las paredes del túnel. En ella, multitud de símbolos desconocidos, formaban un curioso círculo.

—¿Son egipcios? —el otro hombre miraba fijamente los caracteres.

—¿Tengo pinta de saber si son egipcios? —el hombre tenía dibujada una expresión un tanto cómica en su cara –. No tengo ni idea de que son.

—¿Y tú? —el hombre del tatuaje se dirigía a Peter –. ¿Sabes lo que significan? —Peter simplemente movió la cabeza de lado a lado –. De acuerdo, ¡sigamos!, esto tiene que llegar a algún sitio.

Los hombres continuaron avanzando y a cada paso que daban, más símbolos aparecían en las paredes. Al principio formaban pequeños círculos en alguno de los lados del túnel, pero poco a poco, los círculos dejaron paso a otras figuras, hasta que la totalidad de las paredes estaban cubiertas por ellos. En ese instante, el túnel terminaba en una sala cilíndrica en la que salían otros tres túneles más.

—Esto no es normal —uno de los hombres miraba atónito cada rincón de la sala –. ¿Por qué escavarían una sala cómo está?

—No creo que la escavaran los mismos hombres —otro de los hombres estaba pasando la palma de la mano por la superficie de la pared, como si estuviera acariciándola delicadamente –. Esta piedra es muy extraña.

—¿Extraña?, ¿por qué lo dices?

—Fíjate, está como pulida, no hay signos de que la hayan escavado. No hay

martillazos ni golpes ni nada por el estilo. Además, ¿os habéis fijado que ya no hay soportes de madera? –los hombres miraron a su alrededor, era cierto, hacía rato que ya no veían los gastados soportes de madera –. No tengo ni idea de cómo han hecho esta sala.

—Hay tres túneles, ¿por cuál seguimos? –los hombres miraban fijamente al hombre del tatuaje.

El hombre no contestó, se acercó a la pared, justo a la entrada de uno de los túneles y analizó detenidamente los símbolos que la adornaban. Luego se inclinó levemente sobre la entrada e intentó atisbar el final del túnel. En ese instante, Rachel cambió la expresión de su cara y abrió los ojos como platos. Su mirada la tenía centrada en Peter y podía ver como negaba con la cabeza, como indicando que el túnel en el que estaba mirando el hombre del tatuaje no era el camino correcto. Lentamente, se acercó a él y le susurró al oído.

—¿Puedes entender lo que pone?, ¿puedes leerlo? –Peter asintió levemente con la cabeza.

—No sé cómo, pero sé que no es por ahí –Peter hablaba tan bajo, que apenas se podía escuchar su voz, pero el gran silencio de la sala alertó a los hombres.

—¿Cómo?, ¿has dicho algo? –el hombre del tatuaje se giró bruscamente y centro la mirada en los muchachos.

—Mantente cerca de mí –después de esas silenciosas palabras, Peter se separó de Rachel y se mantuvo en silencio.

—No sé qué camino seguir –el hombre del tatuaje se situó en el centro de la sala –. Y no nos vamos a separar.

—Pues algo tendremos que hacer.

—Está bien, iremos por éste mismo –el hombre del tatuaje se había puesto una mano en la cara tapándose los ojos y había alzado el brazo de forma despreocupada. El azar hizo que señalara al segundo de los túneles –. Supongo que será tan bueno como cualquier otro.

Siguieron avanzando por el segundo de los túneles. No había nada que lo distinguiera de ninguno de los anteriores. La misma piedra, los mismos símbolos, el mismo tratamiento pulido de las paredes y el mismo aire denso y difícil de respirar. De nuevo, el túnel terminaba en una sala igual que la anterior, con tres entradas a otros tantos túneles. Pero esta vez, la distancia que habían recorrido era mucho más pequeña que antes. Apenas habían recorrido un centenar de metros desde la sala redonda.

—¿Hemos dado la vuelta? –uno de los hombres miraba incrédulo la exactitud de la sala con la anterior.

—No, seguro que no –el hombre del tatuaje tenía una brújula en una de sus manos –. Nos hemos estado moviendo en línea recta, seguro.

—Esto es muy extraño –el hombre más alto, tomó con fuerza una de las figuras que le colgaban de uno de sus collares –. Ya no hay lámparas, ¿de dónde procede la luz?

—Es cierto, ya no hay cables –Rachel miraba con detenimiento el techo de la sala y del túnel que habían dejado atrás, no recordaba el momento en que las bombillas ya no eran las que les proporcionaban la luz.

—Está bien, seguiremos por el del medio, igual que antes, así no nos perderemos –el hombre del tatuaje se acercó al hombre alto y le dio una pequeña palmada de ánimo en su espalda.

El túnel era exactamente igual a los dos anteriores y rápidamente llegaron a otra sala

exactamente igual que la anterior. Esta vez la distancia había sido aún menor. Parecía que las salas estaban cada vez más cerca las unas de las otras.

—No entiendo nada, ¿Qué significa todo esto?, ¿Qué coño significa todo esto? —el hombre alto comenzaba a perder la cordura. El pánico le envolvía como una bolsa de plástico, asfixiándole y haciéndole sudar como un cerdo —. ¡Será mejor que salgamos de aquí!

—¡Tranquilo, Saudir! —el hombre del tatuaje se acercó y puso sus manos sobre los hombros del hombre alto —. ¡No pasa nada! Podemos volver cuando queramos.

—¿Sí?, ¿y por dónde? —Saudir sudaba tanto que tenía la camiseta totalmente mojada.

—Por el mismo sitio por el que hemos venido, ¡tranquilo! —el hombre del tatuaje se dio media vuelta y señaló con la mano en la dirección en la que habían entrado en la sala.

—¿Seguro? —el hombre comenzó a alzar la voz de forma descontrolada —. ¡Date la vuelta y dime por donde hemos venido!, ¡dime por donde coño hemos venido!

El hombre del tatuaje dirigió la mirada a su espalda, justo en el sitio que estaba señalando con la mano, pero no había ninguna entrada de túnel. Simplemente era una parte de la pared, llena de símbolos como el resto de la sala. Unos metros más a la izquierda se encontraba una de las entradas de los pasillos de acceso.

—Pero qué coño... —el hombre colocó la brújula en su mano y siguió con la mirada la dirección contraria a la que habían tomado al entrar —. No lo entiendo, hemos venido por aquí, ¡seguro!

—Igual te has equivocado —el otro hombre comenzaba a estar nervioso, se acercó a los otros dos y miró fijamente la brújula.

—¡No me digas que me he equivocado!, se perfectamente por donde hemos venido —el hombre se dirigió a la entrada que estaba más cerca de ellos —. No sé qué ha pasado, pero tenemos que haber venido por aquí, volvamos a pasar y veréis como llegamos a la sala de antes.

Rachel miraba con atención a Peter, apenas estaba afectado por la situación, su mirada estaba clavada impasible sobre el hombre alto y en su rostro se dibujaba una expresión de júbilo, como si disfrutara del sufrimiento que estaba padeciendo, de cada uno de sus lamentos y del pánico que le inundaba. Todos estaban asustados, pero ella no. Sentía que algo la protegía de todo aquello, sentía que Peter, de alguna forma, controlaba lo que estaba sucediendo y sabía que él nunca la dejaría, nunca la abandonaría y siempre la protegería, con su propia vida si fuera necesario.

El grupo se adentró por el pasadizo, pero en apenas unos metros alcanzaron una sala igual que la anterior. La distancia, esta vez había sido realmente corta. No podía ser el mismo pasillo que habían pasado al entrar, aquel era mucho más largo.

—¡Esto no está bien!, ¡esto no está nada bien! —el hombre del tatuaje estaba confundido —. No entiendo nada —inmediatamente, se dio media vuelta para pasar de nuevo por el mismo pasillo, avanzó un par de pasos y chocó estrepitosamente contra la pared, dando un fuerte alarido.

—¿Dónde está la entrada? —el hombre alto estaba al límite de la cordura, tenía los ojos inyectados en sangre y su boca temblaba descontroladamente —. ¡DONDE ESTÁ LA PUTA ENTRADA!

—Tranquilo, Saudir, ¡tranquilo! —el hombre del tatuaje lo aferró fuertemente entre sus brazos intentando controlar la situación, pero el hombre alto se zafó rápidamente de él, lo agarró por los hombros y lo empujó repetidamente contra la pared.

—¡Para!, ¡para! —el otro hombre se abalanzó sobre el hombre alto —. Lo vas a matar, ¡PARA!

El hombre siguió golpeándolo contra la pared mientras repetía una y otra vez que le sacaran de aquel sitio. De repente, un gran chorro de sangre le salpicó parte de la cara y el hombre se detuvo, quedando inmóvil. Entre sus manos, tenía aferrado los hombros del hombre del tatuaje. Tenía la cabeza ladeada y los ojos miraban inertes hacia lo más profundo de la sala. Sin apenas pensar, abrió las manos y el cuerpo del hombre se desplomó sobre el frío suelo de piedra. Repasó lentamente con su mirada cada uno de sus brazos, cada parte de ellos y cada mancha de sangre que los había teñido de rojo oscuro. En el suelo yacía sin expresión el cuerpo del hombre. Al desplomarse, había quedado sentado pero una de sus piernas se había torcido de una forma un tanto extraña, quedando en una posición poco natural, como cuando se deja caer un muñeco de ropa. De su cabeza brotaba gran cantidad de sangre que había formado en poco tiempo un gran charco bajo los pies de Saudir.

—¿Qué has hecho?, pero ¿Qué has hecho? —el otro hombre se acercó rápidamente al cuerpo ensangrentado —. ¡Está muerto!, ¡lo has matado!

—¡Dios mío! —Rachel se cubrió la cara con sus manos y se recostó sobre el pecho de Peter —. ¡Es horrible!

—Y... yo... no... —el hombre alto estaba padeciendo un fuerte ataque de ansiedad, respiraba con dificultad y las manos le temblaban descontroladamente —. Yo solo... no quería...

El hombre comenzó a dar unos pasos hacia su espalda, como separándose de su propia locura. Repasó con sus ojos ensangrentados cada rincón de la sala y finalmente centró su mirada en los muchachos.

—¡ES CULPA VUESTRA!, vosotros nos habéis traído aquí —su desesperación era tal, que tras sus gritos, le seguían largos chorros de saliva, incluso se le estaba formando una densa espuma blanca en la comisura de los labios —. ¡VOSOTROS LO HABEIS MATADO!

—Tranquilo Saudir —el otro hombre se interpuso en la línea de visión del hombre alto con los chicos —ha sido un accidente, este lugar es una locura.

—¡NO TE ACERQUES A MI! —a cada segundo que pasaba la locura de Saudir aumentaba, ya casi no era consciente ni de donde estaba —. ¡No ha sido culpa mía!

De repente, el hombre alto se dio la vuelta y salió corriendo por uno de los pasillos mientras repetía una y otra vez que la culpa no había sido suya. El otro hombre salió corriendo tras él, pero apenas atravesaron la entrada, sus voces se dejaron de escuchar y quedaron en el más puro de los silencios.

—¡Desátame! —Peter le dio la espalda a Rachel, acercándole las ataduras de sus manos. Ella, rápidamente comenzó a hacer presión con sus dedos para deshacer el fuerte nudo.

—¡No puedo!, ¡está muy fuerte!

—Mira si él tiene algún cuchillo —Peter indicaba con la mirada el cuerpo inerte del hombre del tatuaje.

—¿Cómo? —Rachel se separó bruscamente de Peter —. No pienso acercarme a un muerto.

—Rachel, escúchame —Peter centró la mirada en los preciosos ojos de la chica —. Tienes que hacerlo, no ocurrirá nada, ya no puede hacerte daño...

—Déjame que lo intente otra vez —Rachel se colocó en la espalda de Peter y de nuevo, comenzó a presionar las ataduras —. ¡Maldita sea!, ¡no puedo!

Peter giró su cuerpo y centro de nuevo la mirada en Rachel. Ella sabía que no había otra solución, tendría que mirar en el cuerpo del hombre. Se acercó lentamente hasta tenerlo a pocos centímetros. La sangre no había parado de brotar de su cabeza y el charco ahora cubría gran parte del suelo. La camisa y los pantalones estaban empapados de la densa sustancia y se habían tornado de un color rojo oscuro, casi negro. Tenía que acercarse aún más para poder buscar en sus bolsillos y tenía que pasar por encima de tan macabro océano. Avanzó uno de sus pies, depositándolo lentamente sobre la superficie, pero la gran cantidad de sangre acumulada comenzó a rebosar por la presión y comenzó a ascender por los laterales del zapato. Un segundo paso y Rachel estaba casi encima del hombre, flexionó las piernas y se colocó a su altura. Por un momento miró fijamente a los inertes ojos que tenía frente a ella, habían perdido su brillo y estaban bañados de un color blanquecino. De uno de ellos, se había deslizado una pequeña lágrima que descansaba sobre el labio superior.

—Tranquila —Rachel había dibujado una expresión de angustia en su cara y Peter intentaba por todos los medios de distraer su atención —. No le mires, solo busca por sus bolsillos.

—Vale, miraré en sus bolsillos —Rachel introdujo una mano en uno de los bolsillos de la chaqueta del hombre y comenzó a buscar en su interior —. Aquí no hay nada.

—Busca en los otros bolsillos, algo tiene que haber.

—Está bien, miraré en el otro —Rachel rebuscó por el otro bolsillo —. Tampoco hay nada.

—¡Mierda! —Peter dio un soplido y dirigió la mirada al suelo —. Mira en su cinturón, ese tipo quería cortarme el cuello con un maldito cuchillo, tiene que estar en alguna parte —Rachel levantó ligeramente la chaqueta ensangrentada.

—¡Sí! Tiene un chuchillo en el cinturón, espera que lo saco —Rachel alargó el brazo y estiró de la empuñadura del cuchillo. En ese instante, la pierna del hombre resbaló sobre la sangre y quedó totalmente estirada. Rachel no pudo evitar dar un fuerte alarido de terror —. ¡Joder! Que susto me ha dado.

—¡Vamos!, ¡Vamos! Corta estas cuerdas —Peter giró su cuerpo, mostrando las ataduras de sus manos.

Rachel se separó del hombre dando un pequeño salto hacia atrás y se acercó a Peter. Las suelas de sus zapatos estaban repletas de sangre y dejó marcadas sus huellas en el suelo de piedra. Apretó el afilado cuchillo contra las cuerdas que mantenían atrapadas las manos de Peter y lo liberó con facilidad.

—¿Qué ha pasado con los pasillos?, sé que sabes algo —Rachel miraba hacia la parte de pared por la que antes habían entrado.

—No sé cómo, pero puedo leer estos símbolos —Peter colocó sus manos en la cabeza —. Bueno, exactamente no las leo, simplemente se lo que quieren decir.

—Y que tiene que ver eso con los túneles.

—Es una especie de sistema de seguridad —Peter comenzó a caminar en círculos por la sala —. Cuando tomamos el primero de los túneles, sabía que no era el camino correcto y que se activaría, no sé exactamente como, pero lo sabía.

—Vale, ¿y ahora que hacemos? —Rachel se dirigió a uno de los túneles —. ¿Continuamos por éste?

—No, no, espera —Peter se acercó a una pared y comenzó a pulsar unos cuantos de los pequeños símbolos que la adornaban.

—¿Qué estás haciendo? —Rachel se había situado a su espalda.

De repente, se produjo un sonido parecido a un zumbido y una de las entradas de los túneles comenzó a brillar con una extraña luz azulada. Todos los símbolos que la rodeaban y que se fundían con la pared, brillaban resaltando cada una de sus formas y creando una corona luminosa que rodeaba la entrada.

—¿Quién eres? —Rachel mantenía la mirada fija en el portal luminoso.

—No tengas miedo, confía en mí —Peter alargó la mano y se la ofreció a la muchacha

—. Ven, vamos por ahí.

Capítulo 13. *Los guardianes*

Habían pasado por varios túneles. Cada uno de ellos terminaba en una sala circular igual que todas las anteriores. Como en la primera, Peter pulsaba una serie de símbolos y uno de los túneles se iluminaba. Pero en una de las salas, una vez pulsaron los símbolos, la luz que se desprendía de una de las entradas, no era de color azulado sino de un amarillo intenso.

—¿Qué significa eso? —Rachel miraba con curiosidad el fuerte color amarillo de la entrada.

—Significa que ya hemos llegado.

—¿Hemos llegado a dónde? —Rachel centró la mirada en Peter.

—No estoy seguro, solo sé que tenemos que continuar por aquí y lo que encontremos al otro lado, es lo que he venido a buscar —Peter comenzó a caminar lentamente hacia la puerta —. ¿Vienes?

Rachel se acercó a él y juntos pasaron por el arco luminoso. Continuaron por el pequeño corredor hasta llegar a una nueva sala. Era increíblemente grande, de hecho no parecía que aquello fuera posible. Ante ellos se abría una sala sin límites, por mucho que miraran en cualquier dirección, no había nada, ni paredes, ni techo, ni rocas ni nada más que el horizonte perdiéndose en la lejanía. Frente a ellos, a unos cien metros, se alzaba un pequeño pedestal del que salía una columna de luz amarilla que se perdía en las alturas.

—Esto no es posible —Rachel miraba con atención hacia el final de la sala, buscando un límite en la distancia —. Es imposible.

—Tenemos que ir ahí —Peter señalaba el pedestal con la mano —. Donde está la luz.

—Tengo miedo.

—No lo tengas, no dejaré que te pase nada —Peter se acercó a Rachel y apoyó las manos sobre sus hombros —. Eres lo más importante que me ha pasado, te necesito —lentamente acercó sus labios y le dio un intenso beso. Ella pasó sus brazos por detrás de su cuello y lo abrazó con fuerza.

—De acuerdo, confío en ti.

Comenzaron a caminar hacia el pedestal luminoso. En la piedra del suelo había dibujadas unas líneas que se iban juntando formando toda clase de gigantescos dibujos, aunque la mayoría de las líneas se dirigían hacia el pilar que tenían en frente. A medida que se acercaban, podían apreciar unos grandes agujeros situados alrededor del pedestal. Cuando ya faltaban menos de unos veinte metros para llegar, pasaron por el costado de uno de ellos, era enorme, tendría unos quince metros de diámetro y por todo el perímetro destacaban unos cuidados grabados metálicos. Con cuidado, Rachel se acercó al borde y miró en el interior, pero una extraña oscuridad le obligo a retroceder rápidamente. Peter se había adelantado unos metros, absorto en la luz que fluía frente a él. Ahora el pedestal podía apreciarse con todo detalle, era una curiosa columna de baja estatura, totalmente enrollada sobre sí misma, como si quisiera imitar el movimiento de una serpiente. En la parte más alta, apenas a un metro del suelo, descansaba una pequeña plataforma con una extraña inscripción, parecida a los símbolos que habían estado viendo todo el rato. Desde el interior, salía una potente luz amarilla en forma de columna y que se alzaba hasta perderse de vista.

De repente se escuchó un sonido atronador y el suelo comenzó a temblar ligeramente. Del agujero que estaba junto a Rachel comenzó a salir una fuerte columna de aire que la empujó hasta caer de morros sobre la piedra. La muchacha intentó incorporarse,

pero el temblor del suelo comenzó de nuevo y esta vez con una vibración más fuerte. El sonido era cada vez más intenso y a medida que éste aumentaba, también aumentaban los temblores, hasta que repentinamente, el sonido y las vibraciones desaparecieron, quedando todo en calma.

—No te muevas —Peter miraba fijamente a Rachel que había flexionado los brazos para intentar incorporarse.

—¿Cómo? —Rachel alzó la mirada y la centró en Peter —. ¿No quieres que me levante?

—No muevas ni un pelo —Peter comenzó a acercarse lentamente a la muchacha quien había cambiado la expresión de su rostro, mostrando que estaba atemorizada.

—Me estás asustando, ¿Qué pasa? —Rachel comenzó a girar lentamente la cabeza, no podía contener la curiosidad de mirar a su espalda.

—No hagas eso —Peter interrumpió su giro y acercó lentamente el brazo hacia Rachel —. Ven aquí, poco a poco.

Rachel estiro su brazo y tomó la mano de Peter, quien con una lenta tensión la acercó a su cuerpo. Una vez levantada, se giró lentamente hasta darle por completo la espalda. No podía creer lo que veían sus ojos. En su rostro se dibujó una terrible expresión de espanto y su corazón se inundó del terror más intenso que jamás había sentido. Estaba inmóvil, con todos los músculos de su cuerpo totalmente paralizados, sin apenas poder respirar, no queriendo mover ni un solo milímetro de su piel. Frente a ella, se alzaba imponente una especie de gigantesco gusano. Su cuerpo salía por el agujero que había pasado segundos antes. Todo el ancho de su envergadura lo taponaba por completo, no dejando la más mínima distancia de separación. Sobre él, se alzaba durante un centenar de metros su espantosa figura, haciendo una cerrada curva en la parte más alta, dirigiendo su cabeza hacia donde estaban ellos. Su cuerpo era de un color grisáceo y estaba cubierto de enormes pústulas de las que fluía un denso líquido amarillento. Sobre su superficie parecía moverse alguna cosa, como si estuviera infestado de algún tipo de parásito.

La enorme criatura se acercó a tan solo unos metros de los chicos. No parecía tener ni ojos ni boca, tan solo era un incomprensible amasijo de carne en forma de gusano. De repente, de uno de los laterales de lo que debía ser la cabeza, apareció una larga abertura, como una cicatriz que se iba extendiendo a lo largo de su cuerpo. Poco a poco, esa parte se fue separando al mismo tiempo que lo hacía desde otra abertura que había aparecido por el lado contrario. Parecía que el animal se estaba abriendo desde su interior mientras escupía enormes cantidades de baba. A medida que su cabeza se dividía y las separaciones se hacían más grandes, podía apreciarse una hilera de afilados colmillos que recorrían todo el interior de la cavidad. No había ninguna duda, aquello era la boca del monstruo.

Finalmente, la abertura de la criatura quedo totalmente al descubierto y lentamente se fueron separando las hileras de dientes que debían de coronar su mandíbula. De su interior se desprendieron grandes trozos de lo que parecía carne muerta que cayeron a los pies de los muchachos. Rachel centró la mirada en los pedazos que tenía frente a ella y el fuerte olor de la carne putrefacta le atravesó el cerebro como un cuchillo, provocándole un vómito incontrolable. En ese instante la criatura alzó con rapidez su cabeza, quedando totalmente alineado con el resto de su cuerpo, mostrándose imponente como una gigantesca columna que brotaba de las profundidades de la tierra. Con la mandíbula abierta en su máxima expresión, comenzó a producir un rugido atronador. La sala parecía no tener fin, pero aun así, el sonido de la bestia inundaba todos los rincones. Rachel y Peter no pudieron soportar la intensidad del sonido y

colocaron las manos en sus oídos para frenar el insoportable dolor, pero era inútil, el profundo estruendo se deslizaba entre sus dedos y se clavaba sin remedio en sus tímpanos, haciéndoles gritar agónicamente.

Los segundos que duró el rugido parecieron convertirse en horas, pero al final, el dolor cesó y con él, los gritos de los muchachos. El cuerpo de Rachel descansaba torpemente a los pies de Peter, quien tenía el cuerpo inclinado sobre sus rodillas, aún con las manos en sus oídos. De repente unas nuevas vibraciones atemorizaron sus corazones. Igual que la primera vez, unas potentes columnas de aire salieron con fuerza de otros tres agujeros que rodeaban el pilar de la inscripción. Los temblores eran mucho más fuertes que antes y apenas podían mantenerse en pie. En un instante, tres imponentes criaturas se alzaron a una velocidad vertiginosa, quedando a la misma altura que la primera. Eran exactamente iguales al primer gusano, con la piel grisácea y un sinnúmero de pústulas diseminadas por toda su superficie.

Durante un instante, las criaturas permanecieron inmóviles, manteniendo sus cuerpos totalmente alineados. Una de ellas parecía tener más movimiento en su superficie que las demás. De su gruesa piel, comenzaron a deslizarse una especie de grandes babosas azuladas que se fueron acumulando en los bordes metálicos del agujero. Esas criaturas, apenas estaba a unos metros de ellos y, aunque eran infinitamente más pequeñas que los gusanos, deberían tener como medio metro de longitud.

—¿Qué está pasando? —Las palabras de Rachel apenas eran comprensibles. Hablaba de forma entrecortada y apenas alzaba la voz.

—N... no... no lo sé —Peter tenía la cabeza inclinada hacia arriba y miraba fijamente la cabeza de las cuatro criaturas —. No tengo palabras.

—¡Se supone que sabes lo que está ocurriendo! —Rachel alzó su voz y centró la mirada en Peter —. ¡Vamos a morir!, nos van a devorar unos gusanos apestosos —una terrible sensación invadió a la muchacha —. ¡Creo que voy a vomitar otra vez!

—Será mejor que te levantes, esos bichos se están acercando —Peter miraba detenidamente a las babosas que se desprendían del gusano.

Rachel se puso en pie de un salto y se acercó todo lo que pudo a Peter. Lo hizo con tanta rapidez que le dio un fuerte empujón que los precipitó sobre el pedestal. En el mismo instante en que entraron en contacto con él, un fuerte zumbido inundó de nuevo toda la sala. Repentinamente, la columna de luz que brotaba del soporte comenzó a hacerse más grande, ampliando la anchura de su rayo. Los muchachos permanecieron inmóviles, mientras les abrazaba la cálida luz. Unos segundos después, el zumbido había parado y se encontraban rodeados de un muro de luz que ascendía hasta perderse en la oscuridad. El tubo de luz llegaba justo hasta las bocas de los grandes agujeros, separándolos de los gusanos por sus curvas paredes.

En el momento en que el zumbido desapareció, las cuatro criaturas comenzaron a moverse alocadamente, retorciéndose sobre sí mismas y dirigiendo una rabia inusual sobre el haz. Inclinan sus cuerpos y se abalanzaban con fuerza hacia los chicos, pero increíblemente, chocaban con torpeza contra el muro de luz. Una de las bestias arremetió con tanta fuerza, que multitud de parásitos salieron despedidos de su superficie, quedando depositados sobre las paredes de energía. Rápidamente, otro de los gusanos, abrió su mandíbula y comenzó a pasar su cuerpo por la pared, llenando su boca con las viscosas criaturas. Peter pensó que el trozo de carne que le había caído de la boca al primero de los gusanos, sería un trozo de una de esas asquerosas babosas.

—Parece que no pueden atravesar la luz —Peter miraba con asombro como uno de los gusanos se alimentaba de los parásitos —. ¡Es asqueroso!

—Pero parece que se está moviendo —Rachel señalaba el muro de luz con una de sus manos —. Antes estaba más cerca de los agujeros.

—Es cierto —Peter avanzó unos metros hacia los gusanos —. Se está estrechando.

Efectivamente, el cilindro de luz se estaba estrechando, reduciendo su diámetro. A cada segundo que pasaba, estaba más cerca de los muchachos. Rachel comenzó a temblar y una expresión de pánico se dibujó en su rostro. Peter se giró y se centró en la pequeña columna con la inscripción.

—La clave de todo tiene que estar ahí —Peter señalaba la placa que descansaba sobre el pilar.

—¡Pues léela! —Rachel había perdido los nervios por completo —. ¡Léela y salgamos de aquí!

—¡No puedo! —Peter observaba con atención cada uno de los detalles de la placa —. No hay nada que leer, ¡no hay símbolos!

—Maldita sea, ¿Cómo que no hay símbolos? Y eso de ahí, ¿Qué es? —Rachel señalaba la gran inscripción que se encontraba en el centro de la placa.

—No lo sé, es como un hueco, como para poner algo.

—¡Pues pon algo! —Rachel cogió con fuerza uno de los brazos de Peter —. ¡HAZ ALGO!

Las paredes de luz estaban cada vez más cerca, ya habían avanzado unos metros y en pocos minutos les alcanzarían. Entre tanto, las terribles criaturas repetían una y otra vez sus investidas contra los muros de energía, estampando violentamente sus enormes cuerpos.

—¡El sobre!, el sobre que encontré en casa del profesor —Peter comenzó a buscar en sus bolsillos desesperadamente.

—¿Qué sobre? —Peter sacó una bolsita de plástico de su pantalón —. Ahh, eso —Rachel recordaba esa bolsita, es donde Peter guardaba aquella foto a la que le había roto un trozo.

—Aquí, aquí —Peter introdujo la mano dentro de la bolsa y sacó una especie de medallón metálico —. Esto es, fíjate, coincide con la forma de la inscripción.

En ese instante, uno de los gusanos abrió completamente la boca y comenzó a producir un horrible gruñido. El sonido era igual de insoportable que el que había hecho el primer animal. Peter no pudo resistir el dolor y rápidamente colocó las manos en sus oídos, pero lo hizo con tanta violencia que al golpear con su cabeza, el medallón salió despedido y cayó torpemente por el suelo. Durante los largos segundos que duró el tormento, los chicos no podían pensar en otra cosa que no fuera el profundo dolor que se había apoderado de ellos. Finalmente, la bestia acalló su grito y continuó los ataques contra el muro de luz.

—El medallón, lo he perdido —Peter miraba atónito las palmas de sus manos vacías —. Tenemos que encontrarlo.

—No lo veo, no lo veo... espera, sí, está ahí —Rachel señalaba el medallón con una de sus manos —. ¡Mierda!, ¡mierda!

—¿Qué pasa?

—Está al otro lado del muro de luz —Rachel acercó sus manos a su cabeza.

—¿Cómo?, no me lo puedo creer —Peter se dirigió rápidamente a la zona del muro en

donde se encontraba el medallón –. ¡Joder!, ¡joder!

—Puedo intentar cogerlo –Rachel se arrodilló a los pies de Peter, centrando la mirada en el artefacto –. ¡Está aquí mismo!

—¡NO!, ¡esos bichos asquerosos te atacarán!

—¡Algo tenemos que hacer! –Rachel miraba con rabia a Peter –. Y cuanto más tardemos, más distancia habrá.

De repente, uno de los gusanos chocó con fuerza contra el muro, lanzando uno de los parásitos, que impactó violentamente contra el suelo, justamente sobre el medallón. La crudeza del choque hizo que el animal reventara como una sandía, desparramando sus órganos internos por todo el haz de luz. Rachel dio un salto hacia atrás y cayó torpemente sobre su espalda.

—¡Coño! –Rachel miraba con desprecio las partes del animal –. Pensaba que me caía todo encima. ¡Hay que coger eso ya!

—Ni si quiera sabemos si podemos atravesar esa luz –Peter retrocedió unos pasos –. Además, se ha hecho más pequeño, ahora ya no llegamos con el brazo.

Sin pensarlo, Rachel se levantó y se dirigió a la zona exterior del muro, atravesándolo sin dificultad. Inmediatamente, se inclinó sobre su cintura y rebuscó entre los restos de la repugnante babosa. Apartó un trozo de carne por aquí, otro por allá y ahí estaba. El reluciente metal destacaba entre los oscuros fluidos de la criatura. Lo tomó y se incorporó lo más rápido que pudo, pero no pudo evitar tomar una bocanada de aire que casi la paralizó. Abrió los ojos y observó con detenimiento el panorama que la envolvía. Fuera del cilindro de luz, el aire era denso y pestilente. Hasta donde alcanzaba su vista, estaba repleto de cadáveres de los parásitos, que continuaban cayendo penosamente de las gruesas pieles de los gigantescos monstruos. Casi podía sentir el aire plagado de pequeñas partículas procedentes de las entrañas de las criaturas destrozadas. De repente, el gusano más cercano se lanzó como una flecha contra la muchacha. Rachel, apenas tuvo tiempo para alzar la vista y contemplar el horror que se le venía encima. Pero no cerró los ojos en ningún momento. Miraba cómo se acercaba esa colección indescriptible de colmillos que la triturarían sin remedio. Pero en el último instante, sintió un fuerte tirón en su pecho y su cuerpo salió despedido hacia atrás, cayendo bruscamente sobre el suelo. Un sonido atronador inundó sus oídos cuando la criatura estampó su cabeza contra el muro.

Miró a su alrededor con nerviosismo. Increíblemente, estaba dentro del cilindro de luz. Peter había salido, la había rodeado con sus brazos y había tirado de ella hasta el interior.

—Me has salvado –Rachel miraba fijamente a los ojos de Peter –. Yo pensaba que era el fin, pensaba que...

—Nunca dejaré que te pase nada –Peter se acercó a la muchacha y la besó tiernamente.

—Toma –Rachel abrió una de sus manos y en su palma descansaba el preciado artefacto –. Espero que funcione.

Peter se levantó rápidamente y se dirigió al pilar central. Efectivamente el símbolo que coronaba la placa superior, era exactamente igual que el medallón. Lo tomó con seguridad y lo alineó sobre la inscripción. Casi instantáneamente, se produjo un fuerte zumbido y el haz de luz pasó a tomar un color azul intenso. Al mismo tiempo, las enormes criaturas comenzaron a desaparecer a gran velocidad por los inmensos

agujeros. Todo ocurrió tan rápido, que en apenas unos segundos, las enormes bestias habían desaparecido completamente. Aun así, toda la zona exterior al muro, estaba repleta de restos de las criaturas. Incluso había algunas babosas aun agonizantes, moviéndose y retorciéndose sobre si mismas, luchando por su propia supervivencia.

El zumbido era cada vez más intenso, hasta que en un momento determinado el cilindro de luz comenzó a hacerse más grande. Al principio eran solo unos milímetros, pero poco a poco su velocidad era cada vez mayor. A medida que la luz azul avanzaba, todo elemento existente desaparecía. Todos los restos de carne y fluidos se evaporaban como si nunca hubiesen existido. Unos segundos después, se escuchó un chasquido y el cilindro de luz se expandió como una explosión, dejando la sala completamente estéril en un microsegundo.

Todo volvía a estar en calma, exactamente igual que cuando entraron por primera vez en la sala. El suelo estaba limpio y no quedaban rastros de los terribles seres que poco antes ocupaban todos los rincones. El zumbido había desaparecido y del pilar central ya no salía ningún tipo de luz. Sobre él, el medallón flotaba unos centímetros por encima de la base y se iba elevando lentamente, hasta tomar una altura de unos tres metros. Entonces comenzó a girar sobre sí mismo, cada vez más rápido, produciendo a cada vuelta un ligero chispazo. Pasados unos segundos, el artefacto había tomado una gran velocidad y generaba largas lenguas eléctricas que se dirigían hacia todas las direcciones. Rachel se acercó a Peter y lo abrazó con fuerza. No tenían ningún miedo, en cualquier otro momento hubieran temido por sus vidas, pero después de lo que habían vivido, sabían que aquel era el camino que debían tomar. De repente el medallón aumentó desmesuradamente su velocidad y un agudo zumbido acompañó un enorme rayo que lanzó sobre los chicos.

Capítulo 14. *La cápsula*

El impacto les había dejado temporalmente ciegos. Una fuerte luz había inundado sus ojos y tan solo podían ver una gran mancha blanca que lo cubría todo. Poco a poco la visión se fue aclarando, hasta permitirles apreciar todos los detalles con naturalidad. Sorprendentemente, ya no se encontraban en el mismo sitio. Estaban en otra sala y, aunque era grande, podían distinguirse con claridad las paredes y el techo. Una tenue luz inundaba cada uno de los rincones, cada una de las múltiples columnas que estaban diseminadas de forma ordenada por toda la superficie. El suelo ya no era de piedra gris, realmente no estaba muy claro de que material estaba hecho. Probablemente, sería algún tipo de metal pintado de un estridente color rosa. Sorprendía el gran cambio con respecto a todo lo que habían visto hasta ahora. Tanto los materiales, como los vivos colores, no parecían tener continuidad con los largos túneles y la extraña sala que habían dejado atrás.

—¿Qué ha pasado?, ¿nos hemos movido? —Rachel preguntaba con una expresión de incredulidad en su rostro.

—Parece que sí, por lo menos ya no estamos donde estábamos antes —Peter miraba a la chica con sorpresa.

—¿Y los bichos?, ¿Dónde están los bichos? —Rachel movía rápidamente la cabeza en todas direcciones.

—¡Ya no están, tranquila!, parece que lo de poner el trasto ese, ha funcionado —Peter hizo un pequeño gesto de aprobación con la boca.

—Esto es muy diferente... quiero decir que no es gris ni nada de eso —Rachel centró la mirada en el estridente color del suelo —. ¿Has visto?, ¿parece chicle de fresa?... ¡mira! —Rachel señalaba con la mano a una zona del suelo —. Ahí está el medallón.

—Ya lo cojo yo —Peter se inclinó y tomó el artefacto con una de sus manos, lo miró con detalle y se lo guardó en un bolsillo del pantalón —. Igual luego lo necesitamos, nunca se sabe.

—¿Y ahora qué?, tú querías venir hasta aquí, ¿no?

—Sí, bueno —Peter miraba a su alrededor, buscando algo que le indicase por donde continuar —. Será mejor que investiguemos un poco esto.

Los chicos comenzaron a caminar por la sala e inmediatamente, la luz por donde pasaban se incrementaba e iluminaba con más fuerza. Podían apreciarse todos los detalles de aquel lugar. Las columnas eran gruesas y salían del suelo como si formaran parte de él, no se apreciaba ninguna unión y la transición era suave y redondeada. Daba la sensación de que toda aquella sala estaba hecha de una sola pieza, como si fuera un gran bloque que hubieran escavado desde dentro, dando esa fantástica forma. La sala era más bien alargada, tendría unos sesenta metros de largo por unos quince de ancho. La gran altura del techo, complementaba la fantástica visión.

—¿Crees que seguimos bajo el desierto? —Rachel pasaba delicadamente la palma de la mano por una de las columnas, como si la estuviera acariciando —. Quiero decir, desde el principio, desde que entramos en los túneles.

—No sé qué decirte, supongo que sí —Peter centró la mirada en los preciosos ojos verdes de la muchacha —. Aunque la sala de antes... no se... todo esto me parece muy extraño y al mismo tiempo familiar. No sé cómo explicarlo.

—Supongo que piensas lo mismo que yo, todo esto no parece hecho por el hombre —Rachel apartó la mirada y continuó acariciando la columna.

—¡Venga ya! —Peter dibujó una gran sonrisa en su cara —. ¿Me estás hablando de hombrecitos verdes?

—¿Te parece normal todo lo que estamos viendo? —Rachel cambió la expresión de su

rostro, frunciendo el ceño y cerrando ligeramente los ojos.

—Pues no se... supongo que habrá alguna explicación.

—Naturalmente —Rachel relajó la expresión de su rostro—. Que esto no lo ha hecho el hombre, ¡así de simple!

Peter no dijo nada, se limitó a seguir con su paseo, observando cada detalle. Las paredes eran lisas, igual que las columnas, y tenían un tacto increíblemente agradable, como si estuvieran forradas de terciopelo. Las paredes estaban faltas de cualquier adorno y estaban pintadas de una forma muy curiosa. El mismo color rosa del suelo se alzaba desde su base, haciendo una fina transición hasta el negro en la parte más alta, junto al techo de la sala. Lo único destacable a lo largo de su superficie, eran unas hendiduras longitudinales que las recorrían formando grandes cuadros con las esquinas redondeadas. Nada más. No había instrumentos, ni símbolos, ni muebles ni artefactos de ningún tipo. Peter acercó una mano a uno de los pequeños salientes e hizo presión intentando desplazar lo que parecía ser una tapa. Pero nada se movía, de hecho, ni siquiera sabía si aquello se podía desplazar de alguna forma.

—¿Para que crees que es todo esto? —Peter tenía la mirada perdida en el final de la sala—. ¡No hay nada de nada!

—Ahí al fondo parece haber algo —Rachel se había adelantado algo más y señalaba una zona de la sala—. Detrás de esa columna, hay como un reflejo extraño.

Peter corrió rápidamente junto a Rachel y avanzaron hasta pasar la columna que había indicado. Frente a ellos se alzaba un cubo de cristal, como si fuera una especie de cápsula. Tendría unos tres metros en cada uno de sus lados.

—¿Qué crees que es? —Rachel miraba con atención las transparentes paredes.

—No sé —Peter acercó una de sus manos, como queriendo acariciar la superficie. De repente, uno de los lados de la cápsula desapareció como por arte de magia.

—¡Mierda!, ¿Qué has hecho? —Rachel dio un salto hacia atrás y se distanció unos pasos—. ¡Me vas a matar a sustos!

—Creo que debo entrar —Peter dio un paso en dirección al interior de la cápsula.

—¡Espera! —Rachel se abalanzó sobre él, le agarró con fuerza del brazo y tiró de él para evitar que siguiera caminando—. ¿Estás loco?

—¿Y qué quieres que hagamos?, estamos atrapados, además, creo que esto es lo que tengo que hacer, ¿puedes entenderlo? —Peter había alzado la voz y hablaba amenazadoramente a la chica.

—¿Por qué me gritas? —Rachel soltó el brazo de Peter y dio unos pasos a su espalda, separándose de él—. ¿Qué te está pasando?

—Perdona, yo... no quería hablarte así —Peter se fue acercando lentamente—. Estoy nervioso, como tú.

—Si entras ahí, todo cambiará —Rachel señalaba la sala de cristal—. ¡Sé que todo cambiará!

—Lo que siento por ti no cambiará nunca.

—Tal vez, pero ¿Qué pasa conmigo? —Rachel señalaba su propio cuerpo con una de las manos—. ¿Qué pasa con lo que yo siento?

—No te entiendo.

—Todo esto es muy extraño, ¿acaso crees que no he pensado lo raro que es que tú puedas entender esos símbolos?, o ¿que parezca que sabes lo que está ocurriendo?

—de los ojos de Rachel comenzaron a brotar unas pequeñas lágrimas—. ¿Qué pasará si descubrimos que eres un bicho raro?

—¿Cómo? —Peter alargó el brazo para coger a la muchacha por la mano, pero el grito

de Rachel le frenó en seco.

—¡NO!, ¡NO TE ACERQUES! —Sus lágrimas se habían convertido en llanto y se deslizaban con delicadeza hasta sus labios —. dime porque he pasado por todo esto. ¡Jamás había pasado tanto miedo en mi vida!

Peter dio un salto al frente y la rodeó con sus brazos. Por unos instantes, la muchacha forcejeó para liberarse del abrazo, pero finalmente le correspondió con ternura. Apoyó su cabeza sobre su pecho y comenzó a llorar desconsoladamente. Rachel estaba liberando toda la tensión que había sufrido, todo el terror que había vivido en su corazón.

—Escúchame —Peter colocó sus manos en la preciosa cara de la muchacha y clavó sus ojos en los de ella —. Tengo que hacer esto, tengo que hacerlo.

—Lo sé, pero tengo miedo de perderte.

—No me perderás —Peter comenzó a acariciar dulcemente una de sus mejillas —. Nunca había sentido lo que siento por ti y nada podrá hacer que cambie de opinión, ¡NADA! —se acercó aún más a ella y la besó con ternura.

Peter dio media vuelta y centro la mirada en la cápsula de cristal. Avanzó lentamente hacia el hueco que había quedado al desaparecer uno de los lados. Apenas entró, giró su cuerpo y miró fijamente a Rachel. De la misma forma que se había desvanecido, el lateral de cristal fue apareciendo lentamente hasta bloquear por completo la pequeña sala. Peter estiró los brazos y apoyó una de sus manos en la parte interior del cristal, mostrando su palma y separando cada uno de sus dedos, como queriendo abarcar todo el amor que sentía por Rachel. Ella, se puso frente a él y colocó su mano de la misma forma. Por un momento sintieron el tacto de sus pieles, atravesando el cristal y fundiéndose en un solo cuerpo.

De repente se oyó un fuerte zumbido y una cegadora luz blanquecina comenzó a inundar la cápsula. Los rayos de luz atravesaban fácilmente el claro cristal y llegaban a cada uno de los rincones de la gran sala. Incluso las columnas se levantaban impotentes ante tal luminosidad que parecía envolverlas robándoles la sombra que debieran haberle regalado.

Peter cerró sus ojos y se dejó envolver por la cálida luz, sabiendo que aquel momento era el final de un camino. Lentamente abrió los brazos, formando una cruz y desplazo la cabeza hacia atrás, levantando su rostro y recordando las infinitas emociones que le habían llevado hasta ahí. Recordó a Jack, el imponente Jack. Recordó como había tenido el valor para abandonarlo y perseguir su sueño. Recordó el odio que había sentido por él, lo mucho que había sufrido a su lado. Pero eso había terminado para siempre, ahora solo deseaba sentir el calor de estar junto a Rachel, deseaba con todas sus fuerzas vivir una y otra vez la emoción que le embargaba, simplemente por estar a su lado.

Sentía la presencia de la luz y el calor que le abrazaba, pero también sentía algo más. Su mente se llenaba de fragmentos de su vida, de hechos que ya no recordaba, de momentos que había olvidado. Sus recuerdos se recuperaban y junto a ellos imágenes que no había visto nunca, ideas que no eran suyas, deseos extraños y sentimientos que no quería sentir. Notaba como perdía su identidad, como se le escapaba aquello que le hacía ser él mismo, aquello que le hacía ser humano. Pero no quería que eso continuara, ya no le importaba quien era o lo que era, nada ni nadie conseguiría despojarle de los sentimientos que tenía. Él sabía quién era y lucharía por continuar

siéndolo. Comenzó a recordar con fuerza los momentos que no quería olvidar, los que le habían convertido en el hombre que era ahora. Cerró sus ojos con toda la fuerza de su voluntad y repasó sus recuerdos una y otra vez, gravándolos permanentemente en su memoria.

Le había hecho una promesa a la chica más bonita del mundo y no podía fallar a su palabra. Recordó el momento en que la vio por primera vez, en aquel viejo y oxidado cascarón. Se inundó de la suavidad de su piel y de la fragancia de su cabello, cerró aún más fuerte sus párpados y recordó como casi se queda sin sentido la primera vez que se perdió en aquellos preciosos ojos verdes. Sentía como algo le intentaba arrebatar esos sentimientos, sentía como se le desgarraba el corazón mientras luchaba con todas sus fuerzas por mantener la cordura.

El agradable calor se fue convirtiendo en un tormentoso ardor, tenía la convicción de que su resistencia haría las cosas más difíciles. No sabía cómo, pero sabía perfectamente para qué era esa cápsula y ese conocimiento le producía dolor y rechazo. La pequeña sala se convirtió en un infierno, intentaba doblegarlo por todos los medios, pero él no cedería, no permitiría que le sustituyeran su memoria. Abrió su boca y gritó con todas sus fuerzas, descargando toda su rabia como si estuviera disparando la bala de un cañón. De repente, la luz desapareció sin previo aviso, el zumbido dejó paso al silencio y la conciencia al desvanecimiento. Igual que la primera vez que tocó el cristal, uno de los laterales desapareció mágicamente y Peter se desmoronó sin sentido sobre el colorido suelo.

Capítulo 15. *Hay cosas que es mejor no recordar*

Rachel abrió los ojos y tardó un rato hasta que pudo centrar la vista correctamente. No sabía cuánto tiempo había estado inconsciente. Durante unos segundos, ni siquiera recordaba en donde estaba ni porqué, pero rápidamente reconoció aquella sala y de un salto se puso en pie y comenzó a mirar con detenimiento a su alrededor. La cabeza le dolía y estaba un poco mareada. Al levantarse, tuvo que apoyarse en una de las columnas para no caer de nuevo al suelo.

Avanzó lentamente hacia el lugar en donde estaba la cápsula de cristal. No sabía cómo, pero estaba justo en el otro lado de la habitación. A medida que se acercaba, pudo apreciar el cuerpo de Peter caído en el suelo. Sin pensarlo, comenzó a correr hacia el muchacho mientras sentía que su corazón se aceleraba descontroladamente. Peter estaba tumbado boca abajo, tenía medio cuerpo fuera de la cápsula mientras sus piernas descansaban en el interior.

—¡Peter!, ¡Peter! —Rachel se arrodilló junto a él y colocó sus manos sobre su espalda —. ¡Cariño, dime algo!

Colocó sus manos bajo su pecho y con un fuerte empujón, consiguió darle la vuelta. Le cogió por los hombros y desplazó su cuerpo hasta tenerlo sobre las piernas de ella. Entonces comenzó a acariciarle la cara, esperando una respuesta que calmara su alterado corazón.

—E... estoy... estoy bien —Peter abrió lentamente los ojos mientras movía con dificultad sus labios.

—¡Peter!, estoy aquí, no te preocupes, estoy contigo —Las mejillas de Rachel se habían llenado de lágrimas que fluían de sus grandes ojos —. Ya ha pasado, ¡ya está!

—Ahora, lo sé todo —Peter centró la mirada en la muchacha —. Ahora lo entiendo todo... sé quién soy...

—Eres Peter, la persona a la que amo, nada ha cambiado —Rachel miró con curiosidad a la frente de él, levantó una de las manos y pasó con delicadeza uno de sus dedos por ella —. Tu herida... ¡ya no está!, ha desaparecido... y no tienes ninguna marca ni nada... simplemente, se ha curado...

Peter se ayudó con sus manos e incorporó parte de su cuerpo, quedando sentado en el suelo, junto a Rachel. Alargó uno de sus brazos y secó las lágrimas de la chica con una de sus manos. Miró fijamente sus dedos y se levantó completamente. Apenas se alzó, dio unos cuantos pasos y se detuvo frente a una de las columnas.

—Tengo que contarte algunas cosas

—Sabía que ocurriría —Rachel bajó la mirada hacia el suelo —. Sabía que si entrabas ahí, todo cambiaría.

—Tenías razón —Peter se giró y centró la mirada en la chica —. Todo ha cambiado, pero lo peor es que seguirá cambiando como no te puedes imaginar.

—¿Qué quieres decir? —Rachel se había levantado del suelo y estaba erguida frente a él.

—Las cosas se van a poner difíciles, no sé si podremos hacer algo.

—¿Pero qué estás diciendo? —Rachel comenzó a acercarse al muchacho —. ¡Habla claro!, ¡no sé qué quieres decir!

—Voy a contarte algo que nunca ha sabido nadie y que cambiará todo en lo que crees. Pero primero quiero decirte que mis sentimientos hacia a ti, siguen siendo los mismos. Esa cápsula me ha cambiado, sí, pero no ha conseguido robarme lo que siento por ti

—Peter miraba con ternura el rostro de Rachel —. Por favor, ¡no lo olvides nunca!

Peter comenzó a caminar lentamente alrededor de la muchacha, centrando la vista en el suelo que tenía en frente de sus zapatos, paso a paso, evitando cruzarse con aquellos ojos verdes.

—Verás, en realidad no me llamo Peter y mi verdadero nombre, no lo entenderías
—Rachel le interrumpió.

—No eres de este planeta, ¿verdad?

—Esa es la cuestión —Peter alzó sus brazos sobre su cabeza —. Si lo soy y... no lo soy. Verás, he nacido aquí, pero no soy humano o por lo menos, no como tú.

—¿No eres cómo yo? —Rachel estaba confundida —. O eres humano o no lo eres, así de simple.

—Si bueno, es un poco más complicado que eso —Peter bajó los brazos y continuó caminando —. Procedo de una raza diferente a la humana, una raza que vivió hace millones de años, antes incluso que la tierra se formara. Verás, mi pueblo desapareció hace mucho tiempo, tuvimos una gran guerra y perdimos.

—¿Una guerra?, ¿con quién?

—Eso no importa, la cuestión es que mi pueblo estaba al borde de la extinción y en un intento desesperado por sobrevivir, se puso en marcha un último proyecto, que perpetuaría la especie para siempre.

—¿Para siempre?, ¿eres inmortal? —Rachel abrió los ojos como platos.

—No, no, eso no —Peter se detuvo y miró fijamente a la muchacha —. Aunque no envejezco igual que tú, lo hago más lentamente. De todas formas, el plan que idearon consistía en lanzar miles de naves semilla que crearan mundos en los que habitar. De esta forma, estarían en tantos lugares que siempre perdurarían

—¿Naves semilla?, ¿crear mundos?, has dicho que tu raza es anterior a nuestro planeta, ¿no?

—Exactamente, tú lo has dicho —Peter seguía mirando fijamente a la muchacha —. Nosotros creamos este planeta, de hecho, creamos todo el sistema solar —Peter alzó la mirada y miró a su alrededor —. Ahora mismo estamos en el interior de la nave semilla. Al principio no es así, pero cuando finaliza su función, se fusiona con uno de los planetas y se convierte en esto.

—¿Y esos bichos monstruosos? —Rachel cambió su expresión, frunciendo los labios y mostrando agresividad —. ¡No me digas que esos gusanos son tu raza!

—No, no —Peter hizo una pequeña sonrisa —. Solo son los protectores, como vuestros perros guardianes.

—¿Y qué tiene que ver todo esto contigo?

—Verás —Peter siguió caminado lentamente —. La nave semilla, cuando ha completado la creación, espera hasta el momento preciso para iniciar el proceso final.

—¿El proceso final? —Rachel estaba asustada —. Eso suena muy mal.

—Se trata de la preparación del planeta para la colonización. Pero, falta mucho tiempo para que se inicie la última fase, de hecho, no tendría que comenzar hasta dentro de millones de años, pero algo pasó con la entrada de aquellos hombres.

—Te refieres a los hombres que hay en esa fotografía que llevas, ¿verdad?

—Sí. Por lo visto, encontraron la entrada a la nave semilla. No debería haber pasado, no lo entiendo. Se supone que el sistema de camuflaje es infalible, nadie ni nada puede detectar nuestra presencia. Y mucho menos con la tecnología que poseéis, es imposible.

—Pues algo no funcionó bien, ¿no crees? —Rachel estaba furiosa —. ¿Me estás diciendo que he pasado por todo lo que he pasado, por un error?

—Ahora lo recuerdo todo. Hace 43 años aquellos hombres entraron en esta sala.

—Pero, ¿Cómo consiguieron eludir a los gusanos?, a nosotros casi nos devoran.
—No se cómo, pero consiguieron la llave —Peter cogió el medallón de su bolsillo —. Yo la encontré en casa del profesor Bachmeir, uno de los hombres que formaban la expedición inicial. Se supone que esta llave solo la tengo yo, no sé cómo la consiguieron —Peter volvió a guardar el artefacto.
—¿Y qué pasó?
—El sistema automático me despertó —Peter se detuvo en seco —. Mejor dicho, ¡me creó!
—¿Cómo? —Rachel cambió por completo la expresión de su rostro. No podía creer lo que había escuchado.
—Verás, al principio solo era una masa orgánica —Peter señalaba con el brazo el cubo de cristal —. Estaba en ese recipiente. Se supone que debía tomar la forma de la raza dominante del planeta, en el momento en que empezase la última fase, de esta forma, podría mezclarme como uno más. El problema es, que al entrar aquí los humanos, confundieron al sistema y me creó antes de tiempo.
—Entonces, ¿no eres humano de verdad? —Rachel alargó un brazo y cogió con suavidad la mano de Peter.
—Si lo soy, Rachel, ahora si —Peter acercó su brazo y aferró la mano de la muchacha con las suyas —. Recuerda lo que te he dicho antes, ¡te quiero!

Peter acercó sus labios a los de la muchacha, pero antes de que pudieran fundirlos en un beso, Rachel dio un salto hacia atrás y estiró los brazos hacía él, mostrando la palma de sus manos, indicando que no quería que se acercara a ella. Peter, simplemente se mantuvo inmóvil, mirando fijamente a los ojos de la muchacha.

—Pero de eso hace muchos años —Rachel seguía con los brazos estirados —. Has dicho que eso sucedió hace 43 años.
—Si, exactamente —Peter bajó la mirada —. El fallo fue más grande. Como no era el momento adecuado para mi creación, el proceso no se completó. Mi memoria estaba vacía, tan solo tenía lo básico. Sabía hablar, conocía vuestra raza, pero no tenía conocimiento de este lugar ni cual era mi función. Los científicos me recogieron, sabían que no era de este mundo y quisieron aprender más de mí. Estuvieron experimentando durante años, hasta que sucedió el accidente.
—¿El accidente? —Rachel bajó lentamente sus manos —. No sabía nada. ¿Qué pasó?
—No lo recuerdo muy bien —Peter colocó sus manos en la cabeza —. Algo pasó y un hombre murió. Yo perdí mi memoria y Jack comenzó a cuidar de mí. Supongo que estarían pensando que hacer conmigo —Peter alzó la mirada y comenzó a susurrar —. ¡Ese maldito cabrón!, ¡no era más que un experimento para él!

Peter estaba furioso. Recordaba vagamente como habían experimentado con él durante años. No era humano, es cierto, pero tenía sentimientos y sufría como cualquier otro. Recordaba el dolor que le habían hecho padecer, sin explicarle nada de nada. Le habían mantenido encerrado, hasta que todo el proyecto se fue al traste. Uno de los hombres murió y cerraron las instalaciones en donde lo mantenían. No recordaba con exactitud cómo había ido a parar a la casa de Jack, pero su situación no había cambiado, había seguido siendo un bicho raro para aquellos hombres, incapaces de comprender a lo que se enfrentaban y de asumir las consecuencias de sus actos.

—¿Y cómo pretendíais conquistar el planeta? —Rachel miraba a Peter desconcertada —. ¿Ibais a venir aquí sin más?, y ¿viviríamos todos como una gran familia?
—No exactamente —Peter seguía con las manos en la cabeza —. Este planeta se creó con un propósito. Había la seguridad de que existiría vida —Peter bajó sus brazos y

juntó sus manos frente a él –. El planeta se creó para ello, para albergar vida. Pero no ésta vida, sino la que estaba por llegar... el resto es prescindible.

—¿Prescindible?, ¿quiere eso decir que nos eliminaríais a todos?

—Sí, así es –Peter abrió sus manos y mostró sus palmas vacías, buscando un gesto de comprensión –. Pero no solo a vosotros, sino a cualquier forma de vida del planeta. Tienes que entenderlo, éste planeta se creó con otro propósito. Vosotros habéis sido un error de la naturaleza.

—¿Y cómo lo harías?, dime Peter, ¿Cómo iniciaríais un genocidio a nivel planetario?

—Ésta nave –Peter miraba a su alrededor –. Puede crear, pero también puede destruir. Hay una potente bomba química que puede arrasar con toda la vida del planeta. No importa que sean animales o plantas, si se activara, no quedaría nada de nada.

—Pero has dicho que aún quedaba mucho para la fase final, ¿no?

Peter se dirigió lentamente a la cápsula de cristal. Avanzó entre las columnas y se quedó inmóvil frente al cubo. Cerró los ojos con fuerza e inclinó la cabeza.

—Verás, cuando he entrado de nuevo en la cápsula, se ha iniciado la última fase –Peter seguía con los ojos cerrados –. Todo este sistema está diseñado para que se active una sola vez.

—Pero... ¿me estás diciendo que vamos a morir?, ¿que todos vamos a morir? –una lágrima se deslizaba de uno de los ojos de la muchacha –. ¡Tienes que hacer algo!

—No se puede, cuando el proceso se inicia, no se puede detener, ¡no hay forma!

—¿Y cuánto tiempo tenemos?

—Unas 12 horas, después la bomba se activará y la vida en este planeta llegará a su fin.

—Pero... hemos pasado por todo esto, ¡por ti! –Rachel se había acercado a Peter y estaba apenas a unos centímetros de él –. ¡Tú lo sabías!, ¡TU HAS INICIADO ESTO!

—¡NO!, ¡te lo juro! –Peter cogió con fuerza los brazos de la muchacha –. Te juro que no sabía nada, no tenía ni idea que entrando en la cápsula, se activaría la bomba.

Capítulo 16. *El descenso*

Un sonido atronador inundó toda la sala y multitud de destellos comenzaron a percibirse en las paredes. Los grandes relieves en forma de cuadrado con los cantos redondeados, comenzaron a desplazarse lentamente hacia el exterior, inclinándose sobre uno de sus costados, abriéndose a modo de puerta. A medida que la abertura se hacía mayor, unas fuertes columnas de aire impregnaban el ambiente con un olor rancio y mohecido.

—¿Qué está ocurriendo? —las compuertas producían una fuerte vibración y Rachel se aferró a una columna para no caer al suelo.

—El proceso está comenzando.

—¿Vamos a morir?

—No, aún no —afirmó Peter —a partir de ahora, tenemos unas doce horas hasta que la bomba estalle.

Las compuertas se abrieron completamente y se detuvo la fuerte vibración. En ese instante, el color de las paredes comenzó a variar, de hecho, daba la sensación que la transición que había desde el color del suelo al negro de la parte más alta, se estaba moviendo. Los colores se sucedían como en un rail, desplazando toda la gama cromática, desde la base hasta la parte más alta de las paredes. Igualmente, entre el color uniforme del techo, comenzaban a apreciarse zonas de intensidades diferentes, incluso por momentos, parecía que perdía su sustancia y aquellas zonas se tornaban algo transparente.

El proceso continuó durante unos largos minutos, en los que los chicos miraban atónitos la parte alta de la habitación. Las zonas en los que el color estaba cambiando se habían hecho mucho más grandes, hasta el punto que toda la superficie parecía afectada por el fenómeno. Lentamente, el techo comenzó a tornarse poroso y con cierto movimiento, parecido al que realiza el agua en el mar, pero con la diferencia de que estaba invertido. Como si estuvieran viendo el movimiento desde las profundidades, mirando hacia la superficie.

—¿Has visto el techo? —Rachel miraba atónita lo que sucedía.

—Es parte del proceso.

—¿Parte del proceso? —Rachel centró la mirada en Peter —. No lo entiendo.

—Es para que las sustancias químicas puedan salir a la superficie —Peter hablaba con desdén, como si no prestara atención a lo que decía —. Saldrán de esos agujeros y atravesarán el techo.

—¿Y me lo dices así?, ¿Cómo al que no le importa la cosa? —Rachel estaba furiosa —. ¡Va a morir todo el mundo!

—Yo... lo siento —Peter bajó la mirada —. No quería decirlo de esa forma...

—¡Es igual!, ¡hay que hacer algo!, ¡tienes que detenerlo!

—No se puede —Peter gesticulaba con sus brazos y movía exageradamente su cabeza —. No hay ningún sistema de cancelación ni nada por el estilo.

—Pues rómpelo —Rachel se acercó y cogió con fuerza uno de los brazos de Peter —. Has dicho que había una bomba, ¿no?, pues vamos a buscarla, a ver si podemos hacer algo.

—Es casi imposible llegar a ella, jamás lo conseguiremos.

—Si tú no quieres hacer nada, no lo hagas, pero yo no me quedaré de brazos cruzados mientras el mundo se va a la mierda —Rachel gritaba con fuerza mientras aumentaba la presión de su mano.

—¡Está bien! —Peter se giró bruscamente, zafándose de los dedos de la muchacha —.

Lo haremos a tu manera, pero es casi seguro que no lo consigamos.

Peter se acercó a una de las paredes y comenzó a pulsar algunos de los extraños símbolos que la adornaban. En unos segundos, se abrió una de sus secciones y salió un estrecho cajón lleno de extraños dispositivos.

—La bomba está en la parte más profunda del complejo y la única forma de acceder es por aquellos conductos —Peter señalaba una de las compuertas cuadradas que se habían abierto—. El problema es que hay múltiples sistema de seguridad y el acceso es casi imposible.

—¿Vamos a bajar por ahí? —Rachel se había acercado a uno de los conductos e intentaba mirar en su interior.

—¡No!, ¡bajaré yo! —Peter miró fijamente a los ojos de la muchacha—. Necesito que estés en esta sala, tendrás que ayudarme desde aquí.

—¿Yo?, ¿Cómo?

—Esto es un comunicador —Peter se acercó y le entregó uno de los extraños artefactos, era como una especie de collar metálico, lleno de inscripciones—. Póntelo en el cuello y podremos comunicarnos.

—¿Y qué quieres que haga? —en cuanto Rachel se acercó el dispositivo a su piel, éste se enrolló como una serpiente por su cuello, quedando fuertemente adherido—. ¡Oye!, ¡esto se mueve solo!

—Tranquila, está bien, no pasa nada —Peter alargó sus brazos y cogió con delicadeza las manos de la muchacha—. No te hará ningún daño. ¿ves?, yo tengo otro igual —Peter señalaba con una de sus manos el collar que le rodeaba su propio cuello—. Con esto podremos hablar sin importar lo lejos que estemos.

—Solo me he asustado un poco, ya estoy bien —Rachel se había calmado y su respiración volvía a ser relajada—. Bueno, ¿Qué hago?

—Esos conductos están comunicados entre ellos —Peter señalaba los agujeros de las paredes—. El sistema de seguridad va pasando de uno a otro. Tienes que avisarme por donde va para que pueda evitarlo.

—¿Y ya está?, ¿simplemente tienes que bajar por uno de esos tubos y ya está?

—El camino es muy largo y tendré que moverme rápido. No es sencillo, además, eso solo me llevará hasta la bomba, luego tengo que desactivarla —Peter cogió otro de los dispositivos y se lo guardó en uno de sus bolsillos.

Peter se acercó a uno de los conductos, se agarró con sus manos sobre el saliente que había quedado al desplazarse la tapa y se puso de pie justo en el borde del agujero.

—Si no lo consigo... —antes de que pudiera terminar la frase, Rachel se abalanzó sobre él y le dio un fuerte beso en los labios.

—Lo conseguirás, ¡seguro! —Rachel acariciaba con ternura la cara del muchacho

—Está bien, vamos allá.

Peter comenzó a descender por el estrecho tubo. Apenas había relieves para poder agarrarse y cada uno de sus movimientos era lento y preciso. Rachel lo estuvo observando durante unos minutos, hasta que había bajado unos metros y se separó para situarse en el centro de la sala.

Los accesos estaban situados en dos paredes, a los costados de la muchacha. Cada fila estaba formada por cuatro conductos. Rachel se dirigió rápidamente al primero de ellos, colocó sus manos en el saliente y dio un pequeño salto para poder ver en su interior.

—¿Qué es lo que tengo que buscar?, estoy mirando en uno y no veo nada extraño
—Rachel miraba con atención cada rincón del túnel.
—Lo sabrás en cuanto lo veas —la voz de Peter llegaba con total claridad y sin ningún tipo de interferencias. De hecho, parecía que estuviera ahí mismo —. Ves mirando en los otros.

La muchacha se dirigió al siguiente saliente y dio un pequeño salto para poder ver en su interior. El túnel era increíblemente largo, apenas podía apreciarse su final, si no fuera por una pequeña luz que parecía colarse por el otro extremo. Seguramente sería la sala en donde se encontraba el explosivo. De repente, algo la alertó. En la parte más profunda, parecía que algo se estaba moviendo. Al principio de forma muy sutil, pero a medida que se acercaba, se podía apreciar sus movimientos con más detalle.

—¡Aquí hay algo! —Rachel comenzó a gritar.
—¿En cuál estás?
—Justamente en el del lado contrario al que te has metido tú —Rachel seguía mirando detenidamente el objeto que ascendía.
—¡Mierda! —Peter parecía preocupado —. ¿Tiene que ser por ese justamente?
—¿Qué pasa?
—Tengo que encontrar el paso al siguiente conducto antes de que lo encuentre él
—Peter estaba aumentando la velocidad de escalada y su voz se escuchaba jadeante.

Peter estaba apenas a un par de metros del pasadizo de enlace. Habría bajado un total de unos diez metros y la distancia que aún le quedaba hasta llegar al final del túnel era enorme. Mientras tanto, Rachel miraba atentamente el objeto que subía rápidamente por el conducto. Ahora lo tenía realmente cerca y era posible analizar toda su estructura. Estaba formado por varias partes, como si fueran una infinidad de largas cadenas que se enroscaban unas sobre otras. En la parte frontal, le salían multitud de pequeños haces luminosos de color rojo, que se movían alocadamente hacia todas las direcciones. Avanzaba a gran velocidad y utilizaba la flexibilidad de su cuerpo a modo de extremidades. Cada vez que se acercaba a algún saliente, de su cuerpo salían parte de las cadenas que le daban forma y tanteaban cada uno de los rincones que se habían formado.

—¿Cuánto te falta? —Rachel podía ver el pasadizo que unía el túnel por el que subía el objeto y el de Peter —. Esta cosa casi ha llegado al pasadizo.
—Ya casi estoy —Peter hablaba con rapidez —. Un par de minutos más.
—No tienes ese tiempo —Rachel había alzado el tono de su voz —. ¡Tienes que llegar ya!, ¡esta cosa pasará en unos segundos!
—¡Mierda!, ¡no lo voy a conseguir!
—¡PETER! ¡CORRE! ¡LO TIENES ENCIMA! —Rachel gritaba mientras agitaba sus manos alocadamente.

En un instante, el objeto se introdujo por el pasadizo que unía los dos túneles. Su cuerpo giró bruscamente y cada parte de él comenzó a arañar con fuerza la superficie del pasadizo, produciendo un estridente sonido metálico. Rachel se descolgó de la boca del hueco y se dirigió rápidamente al conducto en donde estaba Peter. La distancia era grande y a cada paso de su rápida carrera le acompañaba el horrible sonido del artefacto. Finalmente llegó hasta el acceso, estiró las manos, dio un salto y centró la mirada en lo desconocido, buscando al muchacho por todas partes. En ese momento, el objeto alcanzó el conducto bruscamente. Su cuerpo salió despedido a

gran velocidad del pequeño pasadizo y choco con fuerza contra el tubo principal. Igual que cuando entró, giro rápidamente su cuerpo y continuó su andadura hacia lo más profundo. Rachel lo estuvo mirando durante unos largos segundos, observando la longitud de su cuerpo y la agresividad que había demostrado.

—¡Peter!, ¡Peter!

—Tranquila, estoy bien —La voz del muchacho llegaba cálida y apacible—. He conseguido llegar en el último momento.

—Eso ha estado muy cerca —Rachel dio un profundo suspiro—. Y ¿ahora qué?, ¿esa cosa va a volver?

—Sí, no hay tiempo que perder —Peter continuó por el pequeño túnel, hasta llegar a otro de los conductos principales—. Tienes que seguir a esa cosa, tenemos que saber dónde está en todo momento.

—La estoy siguiendo —Rachel miraba atentamente los movimientos del objeto—. Sigue bajando por el túnel. Va muy rápido.

—Tengo que seguir bajando por este conducto hasta encontrar el próximo pasaje

—Peter repasaba cada rincón del túnel con su mirada, buscando la siguiente entrada—. Ahí está... ¡joder! ¡joder!

—¿Qué pasa?

—Está muy lejos... a unos veinte metros —Se mantuvo un silencio durante unos segundos—. No sé si lo conseguiré.

—Esta cosa se sigue alejando, si vas a hacer algo, es mejor que lo hagas ahora

—Rachel mantenía su mirada fija en el terrible objeto.

Peter no lo pensó dos veces y se lanzó por el nuevo conducto. Sus manos se movían rápidamente, aferrándose con fuerza a cada uno de los salientes que iba encontrando. Poco a poco, reducía la distancia que le quedaba hasta llegar a la próxima unión, metro a metro, avanzaba con decisión y rapidez.

—Ahora ha desaparecido por el fondo del túnel —Rachel intentaba determinar a qué conducto se había dirigido.

—Tienes que encontrarlo, estará en alguno de los tubos más próximos a él —Peter seguía con su rápido descenso y su voz le salía jadeante.

—No lo veo, mierda... —Rachel corría de conducto en conducto, buscando desesperadamente el extraño objeto—. ¡Espera!, ya lo tengo.

—¿Dónde está? —Peter se había detenido, esperando una respuesta alentadora.

—Tranquilo, está en otro conducto más alejado que el tuyo —A Rachel se le había dibujado una sonrisa en la cara—. ¡Sigue!, ¡sigue!

Ya faltaba poco para alcanzar la siguiente pasarela y los salientes de las paredes habían disminuido. Cada vez había menos y era más difícil agarrarse con seguridad. Peter estiró su pierna y comenzó a tantear con su zapato la entrada del conducto.

—Ya he llegado, ¿Dónde está esa cosa? —Peter se había detenido en la entrada de la pasarela de unión.

—Sigue en el mismo sitio, parece que se ha parado —Rachel miraba con curiosidad el comportamiento del objeto.

—Igual ha encontrado algo y lo está analizando. Eso nos dará un par de minutos más.

—¿Cuánto te queda para llegar al final?

—Buff —Peter dio un profundo suspiro—. Aun me queda mucho y me duelen mucho las manos —Peter movía rápidamente sus manos, como si le quemaran y quisiera ventilarlas—. No sé si seguir por éste conducto o pasar al siguiente.

—Esta cosa sigue inmóvil, además está muy lejos.
—¿Puedes ver si está cerca de alguna pasarela? —el dolor de sus manos había disminuido y su respiración estaba tomando el ritmo normal.
—No, no lo veo desde aquí —Rachel intentaba forzar la vista, cerrando ligeramente sus párpados —. Está muy abajo, no lo veo bien.
—Bueno —Peter buscó con su mirada el siguiente paso —. La siguiente entrada está muy abajo, casi no la veo. ¿sigue sin moverse?
—Sí, sigue igual.
—Vale, pues seguiré por este túnel —Peter dio un suspiro —. Espero que me dé tiempo a llegar.

Peter comenzó de nuevo el descenso por el estrecho conducto. La distancia hasta el siguiente paso era muy grande, pero había que aprovechar la inactividad del sistema de defensa. Sus manos seguían doloridas y sus dedos estaban llenos de arañazos y rascadas. En uno de ellos, se había hecho un pequeño corte y cada vez que apoyaba esa mano, dejaba una pequeña mancha de sangre. El agotamiento comenzaba a hacer acto de presencia y sus movimientos eran cada vez más torpes, invirtiendo mucho más tiempo entre paso y paso. Ya había recorrido la mitad del camino, cuando la alterada voz de Rachel le puso de nuevo en alerta.

—¡Peter!, ¡Peter!, esa cosa se está moviendo otra vez —Rachel estaba nerviosa y había alzado el tono de su voz —. Y, ¡Ho Dios mío!
—¿Qué ocurre?
—Se ha metido por un túnel de acceso —el nerviosismo de la muchacha iba en aumento y su voz comenzaba a salir temblorosa.
—¿Cómo? —un escalofrío recorrió todo el cuerpo de Peter —. Me habías dicho que no había ninguno.
—¡No!, te dije que no podía verlo desde aquí.
—¡Mierda! —Peter comenzó a mirar hacia todas las direcciones —. ¡Búscalos!, maldita sea, ¡búscalos! —Rachel comenzó a mirar en todos los accesos cercanos, pero de repente, la voz de Peter la dejó helada —. ¡Está aquí!, Mierda, ¡esa cosa está aquí abajo!

Con un fuerte rugido, el objeto salió rápidamente del pasadizo y se estampó con fuerza contra la pared del túnel. Peter se encontraba unos metros por encima de él y podía apreciarlo con todo detalle. Inmediatamente, el objeto giró su cuerpo en dirección al muchacho y comenzó a ascender rápidamente.

—¡Está subiendo!, ¡MIERDA!, me va a pillar —Peter estaba histérico e intentaba ascender lo más rápidamente que le permitían sus doloridas manos.
—¡CORRE!, corre y no miras abajo —Rachel se había encaramado a la entrada del conducto y observaba al muchacho desde la parte más alta —. Sube, ¡vamos!, ¡date prisa!
—No voy a poder, lo estoy oyendo justo debajo de mi —el sonido estridente del metal arañando las paredes llenaba cada rincón del conducto. Peter casi podía sentir el tacto de las cadenas en sus zapatos.

Rachel se dirigió corriendo al cajón que se había abierto antes, del que habían cogido los dispositivos de comunicación. Cogió el primer artefacto que vio y volvió rápidamente al conducto en donde estaba Peter. Estiró los brazos y dio un pequeño salto para poder encaramarse en el borde de la entrada.

—¡Oye bicho de mierda!, algo se está colando por el otro lado —Rachel gritaba con todas sus fuerza mientras lanzaba el artefacto por el conducto de la derecha.

El dispositivo se precipitó al vacío, chocando penosamente contra las paredes del túnel. De repente, el objeto que perseguía a Peter se detuvo en seco. El sonido del artefacto bajando rápidamente por el conducto, lo puso en alerta. De inmediato, el objeto comenzó a realizar un extraño sonido y las cadenas que formaban su cuerpo comenzaron a moverse de una forma muy curiosa. Parecía que todo su cuerpo se estaba dando la vuelta sobre sí mismo, como si para cambiar de sentido, estuviera recorriendo el interior de su propio cuerpo en dirección contraria. Pocos segundos después, el objeto había cambiado totalmente su orientación y se alejaba rápidamente del muchacho, en busca del artefacto que había superado su control.

—¡Mierda! —Peter dio un suspiro de alivio —. Gracias, Dios mío, gracias Dios mío.

—Venga, sigue subiendo —Rachel se había asomado por la entrada del conducto.

—¡No! —Peter alzaba la cabeza, intentando ver a la chica al principio del túnel —. Tengo que aprovechar y bajar hasta el próximo pasaje, estoy agotado, si sigo subiendo, no lo conseguiré.

Peter comenzó el descenso lo más rápido que pudo. La herida de su mano, era ahora mucho mayor. La sangre le bajaba por la muñeca y se acumulaba densamente en el puño de la camisa. De repente se escuchó un fuerte estruendo y una sucesión de latigazos metálicos.

—¡Vale!, esa cosa debe haber encontrado el objeto que has tirado —Peter seguía bajando desesperadamente —. No queda mucho tiempo hasta que vuelva.

—¿Cuánto te queda? —Rachel seguía mirando desde la boca del conducto —. Desde aquí no puedo verlo.

—Apenas unos metros, ya casi estoy... solo unos segundos más —Se escucharon un par de lamentos y unos fuertes jadeos —. ¡Ya he llegado!

—¿Y el maldito bicho? —Rachel dio un suspiro de tranquilidad

—No lo sé —Peter centró la mirada al final del túnel —. Aún no lo veo.

—Pensé que te perdía —los ojos de Rachel comenzaron a llenarse de lágrimas —. Te juro que pensé que esa cosa te alcanzaba.

—La verdad es que yo también —Peter se miró las manos —. Me duelen muchísimo las manos y estoy sangrando mucho.

—¿Estás sangrando?

—Tranquila, solo me he hecho un corte con uno de los salientes —Peter se arrancó un trozo de su camisa y se lo puso a modo de vendaje sobre la mano —. ¡Espera!, creo que ya viene.

—¡No te muevas! —Rachel intentaba calmar al muchacho —. Intentaré distraerle como antes.

Rachel se dirigió al mismo cajón y cogió otro de los dispositivos. Inmediatamente, se dirigió de nuevo a uno de los conductos y lanzó el artefacto, igual que había hecho la vez anterior. El objeto comenzó a golpear las paredes de forma estrepitosa, mientras descendía a gran velocidad.

—¡Ven aquí, maldito cabrón! —Rachel gritaba con fuerza, atrayendo al objeto.

—¡No cambia de dirección! —Peter seguía al objeto desde la entrada del pasadizo —.

¡Sigue viniendo hacia mí!

—Maldito bicho, ven aquí —Rachel se colocó sobre la entrada del conducto y comenzó

a golpear el interior con su mano.

—¡Mierda!, creo que viene a por mí —Peter se dio la vuelta y comenzó a gatear por el pasadizo —. Mierda, mierda, de ésta no me libro.

—Heeeeeeee, bichooooo —Rachel seguía gritando y golpeando el interior del túnel con todas sus fuerzas.

—Es inútil, ya oigo como se acerca —Peter casi había llegado al final del pasadizo.

De repente se escuchó un fuerte crujido. El objeto había girado su cuerpo y se estaba introduciendo por el mismo pasadizo de unión. Las cadenas que formaban su cuerpo, se retorcían por las paredes del túnel, acercándose más y más al asustado muchacho. Peter ya había llegado al nuevo conducto, estiró una de sus manos para agarrarse a un saliente que había en la pared de enfrente y, en ese mismo instante, sintió como el frío metal de una cadena le rodeaba parte de una de sus piernas.

—¡Joder!, me ha cogido —Peter gritaba asustado —. Me ha cogido la pierna.

—¡NOOOOOO! —Rachel se dirigió como un rayo al conducto en donde se encontraba el muchacho, dio un salto y ascendió rápidamente hasta poder centrar la mirada al final del túnel —. ¡Sal de ahí!, ¡Vamos!, ¡Vamos!

—No puedo —Peter comenzó a dar fuertes alaridos de dolor —. Me está haciendo mucho daño.

Varias cadenas se habían adherido a su pierna y la estrangulaban dolorosamente. A medida que el objeto aumentaba la presión sobre ella, los afilados eslabones comenzaron a clavarse en su carne. Peter, en un último esfuerzo, superando todo el dolor que sentía, estiró con fuerza del brazo y consiguió desplazarse, junto con el objeto, hasta el interior del conducto principal. En ese instante, Rachel pudo apreciar como la pierna del muchacho sangraba profusamente. Las cadenas habían destrozado sus pantalones y se introducían bestialmente por su carne. Las fuerzas del muchacho llegaron a su fin y dando un fuerte alarido, abrió sus manos, dejándose caer por el conducto. El peso arrastró al objeto, que caía tras el muchacho formando un macabro velo metálico. En apenas unos segundos, el fuerte sonido del impacto contra el suelo atemorizó el corazón de la muchacha, haciéndole dar el grito de pesar más profundo que había hecho nunca.

Las lágrimas inundaban la preciosa cara de Rachel, mientras intentaba divisar el estado de Peter. Desde donde estaba ella, apenas se alcanzaba a ver el final del conducto y no podía saber en qué estado se encontraba el muchacho. En el interior del túnel, aún había una gran cantidad de cadenas y partes del endiablado objeto. Unos segundos después, el objeto pareció reunirse. Se escucharon algunos golpes lejanos y comenzó de nuevo su escalada por el conducto. Cuando llegó al primero de los pasajes, se introdujo por él y desapareció rápidamente.

Rachel se quedó inmóvil, mirando el final del túnel, pero ahora sin intentar centrar la vista en ningún sitio. Simplemente miraba al infinito, dejando caer sus lágrimas que recorrían rápidamente todo el camino hasta llegar al lugar en donde había caído Peter.

Capítulo 17. *Heroína*

Habían pasado varios minutos y nada se sabía de Peter. Rachel no tenía ya ninguna duda. Estaba segura de que estaría muerto. Intentó llamarlo en varias ocasiones, pero cada vez que abría sus labios para pronunciar su nombre, la cara se le llenaba de lágrimas y la voz se le ahogaba en un profundo llanto. Apoyó su espalda contra la pared y desplomó su cuerpo sobre el suelo. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, estaba sola, en un lugar desconocido, sin posibilidad de impedir el terrible destino que nos esperaba a todos. Incluyó su cabeza y la reposó sobre sus brazos, cerró los ojos y rompió a llorar, descargando todo el dolor que le había invadido.

—¿R... Rachel? —La voz de Peter se escuchaba junto a la chica. Rachel se giró bruscamente, buscándolo con la mirada.

—¿Peter?, ¿Dónde estás?

—S... sigo aquí a... abajo —Su voz era entrecortada y apenas un susurro. Rachel se levantó y dio un salto para encaramarse a la entrada del túnel.

—¿Estás bien? —la muchacha dirigía la mirada a la parte más profunda del conducto —. No te veo, ¿estás bien?

—N... no —cada vez era más difícil entender las palabras de Peter —. Creo q... que me lo he r... roto todo. No me p... puedo mover.

—¡Tranquilo! —Rachel se puso de pie sobre la entrada, preparada para bajar por el túnel —. ¡Ahora mismo bajo a por ti!

—¡NO! —el grito del muchacho se escuchó con energía —. Si lo haces, esa c... cosa te matará. No b... bajas.

—Pero... —Apenas pudo terminar la frase, Peter le interrumpió de nuevo.

—E... espera, intentaré p... ponerme mejor.

De repente, se escuchó un sonido sordo y un fuerte grito procedente de la garganta del muchacho. Luego todo fue silencio de nuevo. Rachel esperó unos largos segundos, esperando escuchar de nuevo la voz del joven.

—¿Peter? —Rachel estaba nerviosa, seguía sobre el borde de la entrada y tenía la mirada clavada en el túnel, decidida a entrar —. ¿Estás bien?

—Sí, estoy mejor —La voz del muchacho, era ahora más clara y segura —. Me he podido dar la vuelta... ahora estoy mucho mejor.

—¿Cómo estás?, cuéntame, ¿te puedes mover?

—Creo que tengo las piernas rotas, no me puedo mover —Peter dio un pequeño grito —. Me duele mucho.

—Tengo que ayudarte de alguna forma.

—No puedes bajar —el muchacho era tajante —. Terminarás igual que yo. Esa maldita cosa te dará caza, ¡seguro!

—¿Y entonces que podemos hacer? —Rachel estaba desconcertada —. ¿Todo se ha acabado?, ¿todos vamos a morir?

—Hay otra forma —Peter mantuvo un rato el silencio y continuó con la explicación —. Sí, hay otros pasadizos que bajan hasta aquí.

—¿Otros pasadizos? —Rachel recorría la mirada por cada rincón de la sala —. Aquí no hay nada más, solo estos conductos.

—Créeme, hay otro acceso. Pero... —Peter cambió el tono de su voz —. No es un camino fácil.

—Seguro que no es más difícil que lo que has hecho tú —Rachel tenía el ceño fruncido —. ¿Por qué dices que es complicado?

—Verás —Peter hizo una nueva pausa y continuó —. Esos conductos pasan por las cuevas de los gusanos —Rachel abrió los ojos como platos y dio un pequeño salto hacia

atrás.

—¿Qué gusanos?, ¿los de antes?

—Sí —Peter no estaba seguro de cómo reaccionaría la muchacha, pero era el único camino posible.

—¿Cómo es posible?, ¿Cómo es posible que para ir hasta la bomba haya que pasar por los gusanos? —Rachel seguía con una expresión de incredulidad en su rostro.

—Es una casualidad, la sala donde está la bomba produce mucho calor y esos animales lo necesitan, así que están comunicadas.

—Bueno, está bien, si no hay otra forma... —Rachel se incorporó y respiró profundamente —. ¿Dónde está ese camino?

—Bien —a Peter le recorrió un sentimiento de orgullo —. Tienes que ir junto al cajón que he abierto antes. Verás que hay unos símbolos en la parte de la derecha.

Rachel se dirigió a la zona que indicaba Peter. Efectivamente, junto al costado derecho del cajón, se podían distinguir una colección de símbolos grabados en la pared. Eran parecidos a los que habían estado viendo durante todo el camino.

—Sí, ya los veo.

—Vale —Peter se quedó unos segundos pensando —. Tienes que pulsar el quinto, luego el tercero y por último el quinto otra vez.

La muchacha pulsó los símbolos en el orden indicado. Al pulsar el último, se produjo un sonido y una parte de la pared, bajo el cajón, se abrió con un “clic”. Era una pequeña compuerta, de unos 60 centímetros por cada lado.

—Se ha abierto una compuerta —Rachel se había agachado y miraba al interior del pasadizo.

—Tienes que meterte por ahí.

—¿Y a donde llega esto? —la muchacha recorría con su mirada cada rincón de la entrada —. ¿Me voy a encontrar con uno de esos gusanos?

—No —Peter dio una pequeña sonrisa —. Tranquila, tu entra y yo te iré guiando —en ese momento, se oyeron unos tosidos.

—¿Qué ocurre?, estás bien —Rachel se había incorporado y dirigía la mirada al conducto de su espalda.

—Me duelen mucho las piernas y el pecho —Peter hizo una pequeña pausa —. Pero, tranquila, estoy bien. Tú sigue por ese pasaje.

Poco podría hacer por el muchacho en aquella sala. Su única alternativa, era introducirse en aquel pasadizo y avanzar hasta encontrarse con Peter. Dirigió su mirada hacia el interior del hueco y comenzó a avanzar lentamente. El pasadizo era pequeño, incluso gateando, no podía evitar darse pequeños golpes con el techo. En el inicio, las paredes eran lisas, sin ningún tipo de detalle ni relieve. Pero a medida que avanzaba, aparecían pequeños tubos que entraban y salían continuamente de la estructura. Al principio eran tan solo unos cuantos, estrechos y muy cortos, pero a medida que la distancia desde la entrada se hacía mayor, los tubos se hacían más grandes y numerosos.

—Aquí hay muchos tubos —Rachel estaba rodeada de ellos —. Cada vez me cuesta más moverme.

—¿Tubos? —Peter hizo una pequeña exclamación —. Nunca he estado en ese conducto. ¿puedes seguir avanzando?

—Sí, sí, solo es un poco extraño, cada vez hay más y el pasadizo es más estrecho,

nada más.

Rachel miraba atentamente el amasijo de tubos que se presentaban frente a ella. Ahora se enrollaban los unos con los otros, como unos cabellos desordenados. La muchacha estiró uno de sus brazos y presionó cuidadosamente uno de ellos con el dedo que se hundió rápidamente en él. Los tubos eran blandos y su superficie era tan resbaladiza como una mancha de aceite. Rachel dio un fuerte suspiro y continuó por el pasadizo. A medida que avanzaba, los tubos eran más y más numerosos, hasta el punto en que había tantos que apenas podía moverse.

—Maldita sea —Rachel estaba furiosa y asustada—. Me he quedado atrapada.

—¿Atrapada?

—Sí, hay muchos más tubos que antes —Rachel intentaba retroceder ligeramente su cuerpo—. Casi no puedo moverme, son muy blandos y patino.

—Está bien —Peter hizo una pequeña pausa—. Mira si puedes romperlos y apartarlos un poco.

—Lo intento pero se me escurren de las manos —la muchacha intentaba inútilmente agarrar uno de los tubos, pero eran tan resbaladizos que se le escapaba de los dedos—. Espera, intentaré otra cosa.

No había forma de aprisionar esos tubos con las manos. Estaba atrapada y casi no podía mover los brazos. Abrió la boca y la acercó a uno de los tubos más estrechos. Cerró los ojos y presionó su mandíbula con todas sus fuerzas. La cobertura era viscosa e intentaba zafarse del mordisco, pero uno de sus colmillos, consiguió aferrarse, permitiendo al resto de los dientes clavarse con decisión, atravesándola penosamente. En ese instante, del interior del tubo comenzó a brotar una sustancia densa y amarga que le caía torpemente sobre su cara. Con un acto reflejo, la muchacha soltó a su presa y giro rápidamente la cara hacia la izquierda. La sustancia salía a gran velocidad y el tubo se vació en apenas unos segundos. Rachel abrió los ojos y dirigió la mirada de nuevo hacia la extraña tubería. Sorprendentemente, se había reducido y apenas ocupaba lugar. Su textura elástica y viscosa se había contraído sin la presencia de la sustancia interior.

—Creo que ya sé cómo liberarme —una sensación amarga le invadía toda la boca y escupió un par de veces.

—¿Cómo?

—Rompiendo los tubos, están llenos de un líquido asqueroso, pero cuando se vacían, se quedan en nada.

Ya llevaba bastante tiempo dentro de aquel pasaje, rodeada de aquellos asquerosos tubos viscosos. Tenía los brazos atrapados y le comenzaba a invadir una fuerte sensación de claustrofobia. Quería salir de aquel sitio, necesitaba estirar los brazos con libertad y poder respirar con tranquilidad. No podía perder ni un segundo en aquel lugar. Sin pensarlo dos veces, dirigió su cara hacia otra de las tuberías, la aferró con decisión entre sus dientes y los cerró fuertemente hasta sentir de nuevo la amarga sustancia en su boca. Se separó rápidamente y antes incluso de que terminara de vaciarse, repitió el proceso con el siguiente tubo más cercano.

En poco tiempo, había conseguido más espacio a su alrededor, pudiendo mover todas sus extremidades con algo de libertad. Ya no estaba atrapada y podía continuar avanzando por el conducto.

—¡Por fin! —Rachel dio un fuerte soplando —. Ya me puedo mover. Casi me da algo.
—Muy bien —la voz de Peter llegaba fuerte y llena de ánimo —. Sabía que lo conseguirías. Seguro que ya te falta muy poco para llegar al nido.
—Espero que sí —el pasadizo se había inundado de la extraña sustancia y cubría completamente la mitad del cuerpo de Rachel —. Esto se ha quedado medio inundado de esta asquerosidad —Rachel fijó la mirada en la oscura sustancia —. ¿Qué crees que esto?, ¡huele fatal!
—No tengo ni idea, pero mejor que no lo pienses mucho —Peter intentaba animar a la muchacha con sus palabras —. Sigue adelante, ya te falta poco.
—Está bien, allá voy.

Rachel continuó avanzando por el pasadizo. Casi todo su cuerpo, se encontraba sumergido en la oscura sustancia que había salido de los tubos. Era increíblemente densa y hacía que cada paso fuera una tarea difícil y agotadora. De repente, el túnel tomaba una fuerte inclinación quedando totalmente inundado. La muchacha se detuvo en la parte en que el líquido ya casi llegaba al techo, quedando tan solo parte de su cabeza sobre la superficie. Estiró uno de sus brazos y tanteó la forma del pasadizo con su mano.

—Tengo un problema —Rachel tenía la cabeza inclinada, manteniendo su cara por encima de la sustancia.
—¿Qué ocurre?
—A partir de aquí, todo está inundado —la muchacha seguía tanteando con su mano para distinguir la forma del conducto.
—¡Mierda! —Peter exclamó indignado —. ¿Es mucho trozo?
—No lo sé, este líquido es muy oscuro, no se ve nada, ¡espera! —se produjo un silencio durante unos segundos y se escuchó un fuerte soplando de Rachel —. Ya lo veo, me he sumergido y he avanzado un poco —Rachel se retiraba la sustancia de la cara con su mano —. El conducto baja y luego parece que gira hacia arriba.
—¿Y deja de estar inundado?
—No lo sé —Rachel respiraba rápidamente, recuperando el aliento —. Está muy lejos, no aguanto tanto sin respirar.
—¿Qué? —Peter aumentó el tono de su voz —. ¿Si lo intentas y sigue inundado, no podrás volver?
—Así es, cuesta muchísimo moverse por esta sustancia —la respiración de la muchacha volvía a su normalidad —. Si llego hasta la zona que te digo, no podré volver aquí, es imposible.
—Vale, tienes que volver por dónde has venido... —antes de que pudiera terminar la frase, Rachel le interrumpió.
—¡NO! —Rachel estaba decidida a continuar —. Estás mal herido, tengo que bajar ahora mismo —la muchacha miró a su alrededor —. ¡No hay otro camino! Y tú lo sabes... si no lo consigo, tampoco pasa nada, igualmente moriremos todos dentro de unas horas, ¿no? —ambos muchachos mantuvieron el silencio durante unos segundos.
—Te quiero, lo sabes ¿verdad? —Peter hablaba con una voz dulce y tranquila
—Yo también a ti.

Sin dar tiempo a que Peter pudiera contestar de nuevo, llenó sus pulmones todo lo que pudo y se sumergió en la asquerosa sustancia. Fue avanzando, palpando con sus manos las paredes del conducto hasta llegar a la parte en que el pasadizo giraba bruscamente hacia arriba. Giró su cuerpo y se colocó de espaldas al suelo, permitiéndole arquear la espalda para pasar por la fuerte curva. Introdujo los brazos y haciendo fuerza con sus manos en las paredes del pasillo, pasó su cuerpo por la

estrechez. De repente, sintió como su cintura pasaba con gran dificultad por la zona, hasta el punto de quedarse totalmente atorada. Apenas le quedaba aire para unos segundos más y el retorno era imposible. Bajo uno de sus brazos y con sus dedos, notó que la hebilla del cinturón se había enganchado en la parte más estrecha de la curvatura. Ejerció toda la presión que pudo, hasta que sintió que se liberaba del agarre mortal. El aire ya le faltaba y su cuerpo comenzó a convulsionarse esporádicamente. Con un último aliento, ejerció toda la fuerza que pudo sobre sus piernas y lanzó su cuerpo hacia la superficie, esperando desesperadamente salir del extraño líquido. Apenas un segundo antes de perder el conocimiento, su cabeza salió a la superficie y abriendo su boca al máximo, tomó el aire que le daba la vida. Respiró varias veces con todas sus fuerzas hasta que recuperó lentamente la conciencia de donde se encontraba.

—Lo he conseguido —Rachel jadeaba con fuerza, aun recuperando el aire que le faltaba—. Lo he conseguido.

—Muy bien cariño, sabía que lo harías —la voz de Peter llegaba como un susurro.

—¿Te encuentras bien?

—Estoy perdiendo mucha sangre y empiezo a estar mareado.

—Ya casi estoy —Rachel alzó la cabeza y miró a su alrededor—. Hay un saliente, intentaré subir por ahí, creo que ya falta muy poco.

La muchacha estiró uno de sus brazos y se aferró con fuerza al saliente que había divisado. Su cuerpo estaba lleno de la escurridiza sustancia y sus dedos resbalaban torpemente sobre el saliente. Golpeó con fuerza sus manos en el aire, expulsando el líquido de entre sus dedos, hasta que pudo alzarse por el conducto hasta llegar a un nuevo pasadizo.

—Aquí hay otro túnel —Rachel miraba fijamente, intentando divisar el final—. Hace bajada.

—Perfecto —Peter dio un grito de ánimo—. Ese conducto lleva al nido, intenta bajar poco a poco.

Rachel comenzó a avanzar lentamente por el conducto, pero la inclinación era importante y su cuerpo estaba lleno de la asquerosa sustancia. Sus manos comenzaron a perder adherencia y el peso de su cuerpo la empujaba cada vez más, hasta el punto que le fue imposible mantener la posición. Bajaba a toda velocidad por el túnel, mientras intentaba inútilmente aferrarse con las manos y los pies. Finalmente, salió disparada y cayó con torpeza sobre una superficie dura y húmeda.

—¡Mierda!, ¡mierda! —Rachel estaba furiosa.

—¿Qué pasa? —Peter estaba cada vez más débil y su voz era cada vez más tenue—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, solo he patinado —Rachel miró a su alrededor—. Hay poca luz aquí, pero se puede ver algo. He caído en algo... no se... está mojado.

—Escúchame —Peter cambió el tono de su voz, poniéndolo más seco y grave—. Estas sobre uno de los gusanos.

—¿Cómo? —la muchacha fijó la mirada en el suelo que pisaba.

—¡Tranquila!, esos bichos son muy grandes —Peter había bajado el volumen de su voz otra vez—. Si no haces movimientos bruscos, no se enterará de que estás ahí, ¿de acuerdo?

—Vale, vale —Rachel estaba nerviosa, pero se mantenía inmóvil—. ¿Y qué pasa con los bichos esos que tenían por encima?

—No te preocupes, no pueden verte ni nada, intenta pasar desapercibida y todo irá bien —Peter hizo una pequeña pausa—. Tienes que bajar por todo su cuerpo, al final de la cueva, hay un pasadizo que te llevará hasta aquí.

—Está bien —la muchacha dio un fuerte suspiro—. Aguanta que ya voy.

Rachel estaba inmóvil sobre la gruesa piel del animal. Nunca había estado tan cerca de él y ahora era posible apreciar todos sus detalles. Se inclinó ligeramente y pasó la mano por la superficie. La textura era arenosa y estaba cubierta por una capa de mucosidad que la mantenía permanentemente húmeda. Apenas podía ver más allá de unos metros, pero podían apreciarse multitud de espinas que se encontraban clavadas en su cuerpo. No tendrían más de un metro de altura y serían gruesas como el puño de una mano.

El cuerpo del animal ocupaba la totalidad de la cueva, dejando una pequeña separación entre la piel y las paredes rocosas. Apenas se podía estar de pie sin tocar con las manos en la fría piedra. Rachel avanzaba lentamente, utilizando las numerosas espinas como si de postes se tratara. Lentamente, la pendiente se hacía mayor, hasta llegar al punto en que se presentaba una vertical perfecta. La extraña criatura se introducía en las profundidades de la tierra, prácticamente en línea recta. Rachel recordaba el tamaño de la bestia, recordaba cómo se había alzado sobre ellos de aquella forma tan imponente.

—Ahora esto baja en picado —Rachel inclinaba la cabeza, intentando mirar la profundidad de la cueva—. Esto va a estar complicado.

—Bien, ves con cuidado, que no se entere de que estás ahí —el muchacho no pudo evitar trasladar su preocupación en el tono de su voz.

—¿Cómo te encuentras?, estás mejor.

—Sigo perdiendo mucha sangre —la voz de Peter era cada vez más tenue—. No sé cuánto aguantaré.

—¡No te rindas! —Rachel alzó su voz, intentando animar a Peter—. Ya me falta poco.

Sin pensarlo dos veces, comenzó el peligroso descenso por la escurridiza superficie. Se aferraba con fuerza en las espinas e intentaba moverse de forma sigilosa. El peso de su cuerpo hacía que parte de la carne de la bestia se hundiera a cada uno de sus pasos, incluso en ocasiones, parecía que le provocara un ligero espasmo nervioso. De repente, justo bajo sus pies, se encontraban una gran cantidad de esos parásitos que poblaban la piel del animal. Eran como grandes babosas que se desplazaban lentamente entre las grietas de la superficie. Tenía que pasar desapercibida, así que sería mejor que las rodeara y no las interrumpiera. Estiró el brazo y de un salto se colocó sobre la espina que tenía más a la derecha. Su peso hizo que la improvisada pasarela se doblara ligeramente, provocando un movimiento involuntario de la criatura que la empujó con fuerza contra la pared de la cueva. En ese momento, Rachel esbozó un grito de dolor.

—¿Qué pasa? —Peter se había puesto en alerta—. ¿Estás bien?

—Sí, sí —Rachel se había dado un fuerte golpe en la espalda y le dolían las costillas—. Ha sido solo un golpe, nada más. Ya casi estoy.

La muchacha sabía que Peter no aguantaría mucho más. Tenía que llegar hasta él y ayudarlo lo antes posible. Ya había recorrido más de la mitad de camino y había podido rodear el grupo de babosas. Por suerte, al estar el cuerpo del bicho en vertical, parecía que los parásitos se habían agrupado en alguna parte, porque casi no se encontraba

con ninguno. Finalmente, tras un saliente de la roca, se podía divisar el final de la cueva. Una gran superficie descansaba bajo la bestia, pero algo alteró a la muchacha. Rachel centró la mirada en la superficie, sin entender muy bien lo que estaba viendo. Todo el suelo parecía tener cierto movimiento, como si estuviera cubierto de algún tipo de líquido o sustancia. A medida que iba descendiendo el último tramo, la composición se hacía más evidente. No había ninguna duda, el suelo estaba infestado de los parásitos del gusano.

Tenía que pasar a través de ellos, sin llamar su atención. La cueva era muy estrecha y no había muchos sitios en los que esconderse. No sabía cómo podían reaccionar esas criaturas, pero no era el momento de comprobarlo. Descendió el último metro y se quedó inmóvil sobre el suelo, apoyando su espalda en la superficie del gusano.

—Tengo un problema —Rachel hablaba casi susurrando, intentando hacer el menor ruido posible.

—¿Ya has llegado al final?

—Sí, pero está lleno de esas babosas asquerosas.

—Está bien, tranquila —Peter intentaba tranquilizar a la muchacha, poniendo un tono de voz agradable y sincero—. Antes de hacer nada, tienes que localizar el acceso a la sala principal, ahí es donde estoy yo.

—¿El acceso? —Rachel comenzó a analizar toda la cueva con su mirada—. Espera, creo que lo he encontrado —la muchacha centró la mirada en una parte de la pared—.

¿Puede ser un conducto estrecho en uno de los laterales?

—¿Tiene como un color amarillo?

—¿Amarillo? —Rachel forzaba todo lo que podía sus ojos para apreciar los detalles—. Sí, hay algo amarillento en la entrada.

—Perfecto, ese es el camino —Peter hizo un gesto de aprobación—. Aquí también hay un conducto amarillo.

La entrada del conducto estaría a unos veinte metros. No era mucha distancia, pero tenía que pasar a través de ese amasijo pestilente de criaturas. Respiró profundamente y avanzó uno de sus pies, dando un gran paso. A medida que avanzaba, separaba delicadamente las criaturas con la ayuda de su zapato, consiguiendo introducir el pie entre varias de ellas. El tiempo parecía que se había detenido y los veinte metros parecían haberse convertido en cientos de ellos. Pero finalmente, se encontraba frente a la entrada del último túnel de acceso. Ya nada le separaba de Peter.

Capítulo 18. *La hora de la verdad*

El camino por el túnel no había sido complicado y en pocos minutos pudo alcanzar con normalidad la parte final. A medida que se había ido acercando, una fuerte luz había ido inundando cada uno de los rincones del conducto, hasta llegar a la salida, en donde tuvo que cerrar sus ojos con fuerza para poder resistir la cegadora luz que le bañaba. Llevaba mucho rato en la oscuridad y aquel recibimiento la había cegado temporalmente. Lentamente, abrió sus preciosos ojos verdes y apreció el panorama que se le divisaba. Estaba en la parte final del pasadizo, a unos dos metros sobre el suelo. Giró su cuerpo y se deslizó hasta la superficie, ayudándose de sus doloridas manos.

—¿Dónde estás? —Rachel comenzó a gritar con desesperación—. No te veo.

—¡Aquí!, ¡aquí! —Peter utilizó parte de sus escasas fuerzas para alzar la voz todo lo que pudo.

Rachel se giró hacia la dirección de dónde provenía la voz y comenzó a correr hacia el cuerpo inerte de Peter. Estaba en el suelo, sobre un gran charco de sangre que le brotaba bruscamente de su pierna.

—¿Cómo estás? —Rachel se abalanzó sobre el muchacho y le cogió nerviosamente la cara y las manos—. Tranquilo, te pondrás bien, ya lo verás.

—Eso no importa ahora —Peter intentaba calmar a la muchacha—. Tenemos que desactivar el artefacto.

—Pero tu pierna... —antes de que pudiera terminar la frase, Peter la interrumpió con decisión.

—De verdad, cariño, eso no importa ahora —Peter había cambiado la expresión de su rostro y miraba a la muchacha con dulzura.

—Vale, de acuerdo, ¿Dónde está la bomba? —Rachel escudriñaba toda la sala con su mirada.

—Estamos justo encima de ella —Peter dirigió la mirada al suelo de la sala.

Rachel se puso en pie y miró con detenimiento la superficie que pisaban. No se había fijado antes, pero unos metros más adelante, se iniciaba una zona totalmente transparente. Justo debajo, a unos metros, se erguía imponente una gigantesca esfera de cristal. En su interior parecía haber otra esfera más pequeña rodeada de una sustancia de color naranja. La estructura era enorme y tendría muchísimos metros de diámetro.

—¿Eso es la bomba? —Rachel miraba atónica la increíble estructura.

—Sí, esa sustancia naranja es un veneno que terminara con toda la vida en este planeta —Peter dio un fuerte suspiro.

—¿Y cómo se supone que la vamos a desactivar? —la muchacha había centrado la mirada en Peter.

—Si te fijas, en el centro hay otra esfera más pequeña —Peter giró su cuerpo y dirigió la mirada al centro de la estructura—. Ahí está el sistema de desactivación. Solo hay que romper esa esfera.

—¿Ahí dentro? —Rachel no podía creerlo—. ¿Y cómo se supone que vamos a hacer eso?

—Hay que entrar y romper la esfera interior.

—Está bien, dime como entro —la muchacha se arrodilló junto a Peter.

—¡NO! —Peter puso una de sus manos sobre el brazo de la chica—. Tú no puedes entrar.

—¿Por qué no?

—Porque eres humana –Peter apretó con fuerza su mano –. Esa sustancia eliminará cualquier ser vivo de este planeta, pero a mi raza no la matará.

—Pero tú no puedes entrar... –Rachel colocó sus manos sobre la cara del muchacho –. ¿Te has visto?, no puedes ni caminar.

—Tendrás que ayudarme tú –Peter liberó el brazo de la muchacha –. Tienes que llevarme hasta la esfera, tienes que hacerlo.

—¡Mierda! –Rachel estaba furiosa –. ¡Mierda!, ¿no hay otra forma?, estás muy mal, has perdido mucha sangre... –Peter la interrumpió de nuevo.

—No hay otra forma, créeme, es la única solución.

—De acuerdo –Rachel estaba resignada –. ¿Por dónde se puede entrar?

—No lo sé, tendrás que buscar un acceso.

Rachel se puso en pie y analizó con detenimiento todo el lugar. Se encontraban en una sala inmensa. De alguna forma, le recordaba la primera sala en la que habían entrado. No era tan grande como aquella, pero casi no podía distinguirse en donde se encontraban las paredes. Apenas unos metros más adelante, el suelo se tornaba totalmente transparente hasta donde no alcanzaba la vista. La muchacha avanzó lentamente hasta encontrarse en el límite en donde comenzaba la impresionante superficie. Se agachó y miró con detenimiento el suelo. Era tan transparente, que daba la sensación de que no había nada. Alargó uno de sus brazos y lo acarició con una de sus manos. No había duda, algo se encontraba frente a ella. Alzó su cuerpo, cerró los ojos y avanzó una de sus piernas hasta dar un paso completo. Lentamente, abrió uno de sus ojos y miró con miedo hacia sus pies. Un calambre le recorrió toda su espalda y una terrible sensación de vértigo le inundó todos sus sentidos. Se encontraba sobre un gigantesco abismo, ocupado por una inmensa esfera de color naranja. La altura era increíble y costaba mantener los ojos abiertos. Lentamente, continuó dando pasos y avanzando hacia el centro de la sala. De repente, a unos metros frente a ella, se podía divisar una extraña marca en el suelo. Aparecía ahí, como flotando en el espacio, como si no hubiera nada que la soportara. Lentamente, Rachel se acercó a lo que parecía ser una trampilla de cristal. Se encontraba justo en la mitad de la esfera y parecía comunicar con un conducto que se introducía en su interior.

—He encontrado algo –Rachel se agachó y comenzó a analizar la trampilla.

—¿Alguna forma de entrar? –Peter miraba desde la lejanía. La muchacha se había separado más de un centenar de metros y casi no podía distinguirla.

—Sí, hay como una trampilla –Rachel hacía fuerza, intentando abrirla de alguna forma –. Pero no hay forma de abrirla.

—Será mejor que vuelvas y me ayudes a ir hasta ahí, seguro que juntos encontraremos alguna forma de abrirla.

Rachel dio media vuelta y se dirigió lentamente hasta donde se encontraba el muchacho. Hasta entonces, no había mirado hacia esa dirección. La estructura en donde se encontraba Peter, aparecía flotando en el aire. No entendía como se estaba soportando toda aquella superficie ni porque había una parte que no era completamente transparente como el resto de la sala. Lentamente se iba acercando hasta llegar junto al muchacho.

—Es increíble –Rachel respiraba rápidamente –. Parece que no hay suelo ni nada, pero sí que lo hay, es increíble.

—Supongo que da miedo, ¿no? –Peter intentaba mirar a lo más profundo, pero aún estaba alejado de la superficie transparente y no podía apreciar lo que había debajo.

—Sí, la verdad es que sí —Rachel seguía respirando con rapidez—. Da mucho vértigo, parece que estás caminando sobre el aire y que te vayas a caer a cada paso...
—Bueno, vamos allá —Peter estiró sus brazos y se los ofreció a la muchacha.
—¿Cómo lo hacemos?
—No puedo caminar —Peter se había aferrado a los brazos de Rachel—. Lo mejor será que tires de mí con todas tus fuerzas.
—Pero te dolerá mucho —Rachel estaba nerviosa—. No quiero hacerte daño.
—No hay otra solución —Peter tomó aire con fuerza—. ¡Vamos!

Rachel comenzó a tirar con todas sus fuerzas del muchacho. Peter no era muy pesado, pero arrastrar de un cuerpo sin ninguna ayuda, no era tarea fácil. En cuanto comenzó con el primer tirón, Peter esbozó un terrible grito de dolor. Su cuerpo se arrastraba sobre la superficie, dejando un gran rastro de sangre a su paso.

—Lo siento, lo siento —Rachel paró inmediatamente de estirar del muchacho.
—No, no importa —Peter tenía los ojos llorosos y cerraba su boca con todas sus fuerzas—. Sigue, es la única forma... ¡sigue!

La muchacha se puso de nuevo de pie y continuó tirando con todas sus fuerzas de Peter. A cada metro que avanzaban, los gritos del muchacho eran más y más fuertes. Pero Rachel no podía parar ahora, sabía que el dolor que él sentía, era la única oportunidad para la raza humana. Seguía tirando de él, mientras de sus ojos brotaban sin parar lágrimas de dolor y de rabia.

Cuando habían recorrido la mitad del camino, Peter dio un último grito desgarrador y desplomó su cabeza sobre el suelo.

—¡Peter!, ¡Peter! —Rachel estaba inclinada sobre el muchacho, agarrando su cara entre sus manos—. Dime algo, ¡contéstame!

Rachel estaba destrozada, la presión estaba inundando sus sentidos. Alzó la mirada y la fijó en el camino de sangre que habían dejado. Estaba ahí, como flotando en el espacio, como si de un puente macabro se tratara. Miró fijamente a Peter. Su pierna estaba destrozada, no había tenido tiempo de apreciar con detalle sus heridas y ahora se daba cuenta de que eran realmente graves. Una terrible sensación le invadió su cuerpo, de alguna forma, sabía que no sobreviviría. De alguna forma, sabía que aquella heroica acción, sería el legado de Peter. No podía permitir que sus últimas fuerzas se perdieran en la nada, tenía que ayudarlo a hacer lo que tenía que hacer. Respiró profundamente, alzó su cuerpo y comenzó a tirar de nuevo de él. Ella le ayudaría a realizar su destino, sería parte de él y juntos, salvarían al mundo.

Se encontraban a unos metros de la compuerta cuando Peter recobró el conocimiento. Estaba tan dolorido, que apenas podía percibir que Rachel le seguía arrastrando. De repente, Rachel dejó el brazo del muchacho y cayó bruscamente al suelo.

—No puedo más —Rachel estiró su cuerpo completamente—. Estoy agotada.
—¿Ya hemos llegado? —la voz Peter apenas era perceptible.
—¿Peter? —Rachel se incorporó rápidamente y se reclinó sobre el muchacho—. ¿Estás bien?, me has dado un susto de muerte yo...
—Tranquila —Peter dibujó una leve sonrisa en su cara—. Estoy bien. ¿ya hemos llegado?
—Sí —Rachel dirigió la mirada a la compuerta—. Ahí está, ¿sabes cómo abrirla?

—La verdad es que no —Peter alargó uno de sus brazos, intentado alcanzar el acceso —. No llego, ¿me ayudas?
—Si claro —la muchacha se alzó y tiró de él hasta alcanzar por completo la compuerta. En ese instante, Peter miró el largo camino que habían recorrido y la cantidad de sangre que había perdido.
—No sé cuánto tiempo aguantaré —Peter miraba fijamente el rastro que había dejado —. Estoy perdiendo mucha sangre —en ese momento, Rachel se soltó el cinturón y lo comenzó a rodear por la pierna del chico.
—Di lo que quieras, pero hay que hacer algo con esta herida —Rachel estaba sobre el muchacho —. Esto te dolerá, pero tenemos que parar la hemorragia.
—Está bien —Peter respiró fuertemente.

Rachel apretó con todas sus fuerzas el cinturón alrededor de la pierna del muchacho. En ese instante, Peter comenzó a gritar desconsoladamente. La carne de su pierna estaba abierta por varias partes. Las cadenas que formaban el cuerpo del objeto de seguridad, habían hecho estragos en ella. A medida que Rachel apretaba el cinturón, iban surgiendo pequeños chorros de sangre que salían despedidos de los múltiples agujeros. Finalmente, los brotes se detuvieron.

—Lo siento, lo siento, cariño mío —Rachel lloraba y abrazaba con fuerza a Peter.
—Tranquila, ya está —Peter se recuperaba del fuerte dolor lentamente —. Ya está, tenías que hacerlo... tranquila.
—Esto no pinta bien —Rachel seguía llorando sobre el muchacho —. No pinta nada bien, tu pierna... —antes de que pudiera terminar, Peter la interrumpió.
—Lo sé —la voz del muchacho era cálida y comprensiva —. Éste es el fin del camino. Y es como tiene que ser. Una vida a cambio de toda la humanidad.
—¡No es justo!, ¡no es justo! —Rachel se abrazó con todas sus fuerzas al muchacho.

Peter alargó el brazo y tocó delicadamente la compuerta con su mano. Apenas había rozado su superficie, comenzó a desplazarse lentamente, mostrando el conducto que comunicaba con la esfera.

—¿Cómo lo has hecho? —Rachel miraba atónita la abertura mientras se secaba las lágrimas —. Yo lo he intentado todo y no había forma.
—No he hecho nada —Peter miraba con curiosidad su mano.
—Igual ha detectado que eras tú —la muchacha dirigió la mirada a Peter —. Quiero decir que igual ha analizado tu ADN o algo así.
—Tal vez —Peter seguía mirando su mano con detenimiento —. Pero eso demuestra lo que te he estado diciendo todo el rato, ¡que yo puedo detener esto! —Peter centró la mirada en los ojos de la muchacha —. ¿Ves?, sabe que soy yo... esa sustancia no me hará ningún daño.

Peter se inclinó sobre la abertura y analizó con detenimiento todos los detalles del acceso. Era un túnel transparente, igual que toda la superficie en donde se encontraban. Bajaba en línea recta hasta introducirse en la esfera más grande.

—Necesitaré algo para que me ayude en la inmersión.
—¿La inmersión? —Rachel tenía una expresión de sorpresa en su rostro —. ¿Qué inmersión?
—Te lo he dicho —Peter seguía concentrado en el conducto de acceso —. Tengo que llegar a la esfera interior... la más pequeña... y para llegar tengo que pasar por la sustancia naranja.

—Pero no puedes moverte, no puedes nadar —la muchacha había centrado la mirada en la maltrecha pierna de Peter.

—Lo sé, por eso necesito algún peso, algo que me empuje hasta el fondo.

Rachel alzó la mirada y comenzó a buscar por toda la gran sala. A su alrededor, tan solo había un espacio vacío, nada más. De repente, se levantó de un salto y comenzó a correr hacia la zona en donde habían caído por primera vez. Avanzó el centenar de metros que le separaban y se dirigió hacia un saliente metálico que había junto a la pared principal. Aprovechando el impulso de su carrera, dio un salto y estampo su pie en el saliente, propinándole una fuerte patada. El golpe produjo un gran estruendo, parecido al de una campana. El saliente no se había arrancado, pero ahora estaba ligeramente doblado. En cuanto se recuperó de la primera investida, cogió carrerilla y se lanzó de nuevo hacia el brote metálico. A cada golpe, la inclinación era mayor, hasta que en un último arrebató de ira, lo alcanzó de pleno, separándolo con fuerza de la pared en donde se encontraba aferrado.

Cansada y jadeante, se dirigió al pesado trozo metálico y comenzó a empujarlo en dirección al acceso. El objeto era mucho más pesado de lo que aparentaba por su tamaño y apenas podía avanzar medio metro en cada uno de sus empujones.

—Esto pesa muchísimo —Rachel dejó caer su cuerpo junto el objeto, tomando un poco de aire —. Quien lo iba a decir.

—Eso será perfecto —la voz de Peter llegaba clara y concisa por el dispositivo de escucha.

Rachel descansó unos segundos y continuó empujando el pesado objeto, hasta que finalmente se encontraba junto a Peter. Lo alzó con todas sus fuerzas y lo colocó sobre los brazos del muchacho.

—¿Y ya está? —Rachel respiraba profundamente —. ¿Simplemente vas a tirarte por ese agujero con el peso?

—Sí, claro, es lo único que puedo hacer.

—Pero ahí dentro no podrás respirar y la distancia... —antes de que pudiera terminar la frase, Peter la interrumpió.

—Cariño, ya lo sé —la voz tranquila del muchacho inundaba los oídos de Rachel —. No pasa nada, tranquila.

—Pero, pero... —Rachel rompió a llorar y recostó su cabeza sobre el pecho del muchacho —. No quiero perderte, no quiero perderte...

—Escúchame —Peter colocó sus manos en cada lado de la cara de Rachel y centró la mirada en sus verdes ojos —. Nunca había sentido lo que siento cuando estoy junto a ti. Nunca pensé que pudiera desear algo con tanta fuerza. Prométeme que me recordarás, que recordarás lo mucho que te quiero —Rachel se acercó rápidamente a su cara y juntó sus labios con los suyos, fundiéndose en un beso del amor más profundo.

—Jamás te olvidaré —de los ojos de Rachel no paraban de brotar grandes lágrimas —. Jamás... ¡Te quiero!

En ese instante, Peter se giró bruscamente y se dejó caer por el conducto de cristal mientras le acompañaba el desgarrador grito de dolor de la más dulce de las voces.

Capítulo 19. *El fin*

Peter caía rápidamente por el conducto en dirección al interior de la primera esfera y apenas quedaba tiempo para entrar en contacto con ella. Tan solo tenía un par de segundos para tomar una fuerte bocanada de aire y prepararse para la inmersión. De repente, su cuerpo chocó con violencia contra la extraña sustancia naranja, dejándole por un instante algo aturdido. Llevaba en sus brazos el pesado objeto, provocando que su cuerpo se hundiera a gran velocidad. La sustancia era fría y de textura extraña, parecida a un gel denso, pero al mismo tiempo no le frenaba en exceso en su caída. Lentamente, abrió los ojos y pudo observar el panorama que se le presentaba con todo detalle.

No había ninguna duda que la esfera tenía unas dimensiones enormes. Desde la parte superior, lo había podido apreciar, pero ahora que se encontraba en su interior, la inmensidad era evidente. A lo lejos podía divisar la esfera más pequeña. Afortunadamente, estaba cayendo en línea recta y se dirigía directamente a ella. Por un momento, quiso darse la vuelta y mirar a la superficie, pero eso podría cambiar la dirección de la caída y no llegar a su destino.

Sabía que aquel sería el último viaje, el último movimiento que realizaría. Pero la verdad, es que no le importaba mucho. Tan solo tenía un motivo para vivir y, al mismo tiempo, era el principal motivo para hacer lo que estaba haciendo. Amaba a Rachel más allá de lo imaginable y no podía permitir que le ocurriese nada. Tenía que salvarla y si era necesario sacrificar su existencia, lo haría con una sonrisa en su cara. Mientras descendía, comenzó a repasar imágenes de su vida. Recordó a Jack y como había comenzado todo encontrando aquella foto en el desván. La increíble aventura que había vivido hasta llegar donde estaba y naturalmente, como había conocido a la mujer más maravillosa del mundo. Recordó el primer día en el barco de Li, como se había hecho daño en las manos y Rachel se las curó. Recordó como el oleaje le empujó junto a ella y como tuvo que apartar cuidadosamente su rubio cabello. Su cuerpo seguía descendiendo rápidamente y cada metro que avanzaba, le separaba más y más de todos sus sueños, de todas sus ilusiones y de su futuro. Un futuro que ya no tendría.

Había avanzado rápidamente y ya se encontraba a apenas unos metros de la esfera interior. Tendría unos diez metros de diámetro y parecía compuesta de algún tipo de material metálico. A diferencia de todo lo que habían visto hasta ahora, no era transparente y no permitía ver lo que contenía. Seguramente sería el sistema de detonación que enviaría la sustancia naranja por todo el planeta. De repente, su cuerpo chocó torpemente contra su superficie. En ese instante, abrió sus manos y dejó que el pesado objeto siguiera su descenso. Había pasado mucho rato desde que se había introducido en la sustancia y el aire le comenzaba a faltar. Tenía que encontrar la forma de desactivar aquella amenaza. Si realmente, la esfera interior era el sistema de detonación, tendría que haber algún dispositivo que permitiera pararlo, pero tenía que encontrarlo rápidamente o todos sus esfuerzos habrían sido inútiles.

Cerró los ojos con fuerza y se concentró en lo más profundo de sus recuerdos, buscando una señal que le indicara el camino correcto. Tan solo tenía unos segundos, antes de que la asfixia terminara con su vida y, en ese instante, lo recordó. Había encontrado el recuerdo que buscaba, un recuerdo escondido en lo más profundo de su mente, pero lo había encontrado. Ahora sabía perfectamente lo que tenía que hacer, pero apenas le quedaba tiempo. Estiró sus brazos y comenzó a tantear la extraña superficie. Recordaba que tenía que encontrar unas muescas y pulsarlas al mismo tiempo. Supuestamente, estaban por toda la superficie, así que sería fácil encontrarlas.

De repente, las yemas de sus dedos se hundieron en unos extraños surcos, ¡eso era!, ¡eso estaba buscando! Desplazó su otra mano hacia la derecha, separando sus brazos casi en su totalidad y, ahí estaba, la segunda marca.

Rápidamente, hizo presión con sus dos manos, hasta que las pequeñas hendiduras, se desplazaron ligeramente. En ese instante, la esfera pequeña comenzó a emitir una especie de vibración. Al principio era casi imperceptible, pero lentamente las pulsaciones eran más fuertes. Peter comenzó a sentir que la asfixia le embargaba. Ya no le quedaba ni un ápice de oxígeno y sentía como comenzaba a perder la conciencia. Al mismo tiempo, las vibraciones de la esfera aumentaban de forma considerable y sus pulsos generaban gigantescas ondas que se desplazaban por la sustancia naranja, atravesando todo el interior de la gran esfera. De repente, en el mismo instante en que Peter iba a perder el conocimiento, la esfera interior realizó un último pulso de increíble intensidad, catapultando el cuerpo del muchacho a toda velocidad, hasta salir despedido brutalmente por el conducto de acceso de la esfera principal.

Rachel miraba atónita mientras contemplaba como el cuerpo de Peter chocaba bruscamente contra el suelo. De inmediato, se abalanzó sobre él y comenzó a reanimarlo. Colocó sus manos sobre su pecho y comenzó a presionar con fuerza, alternando presiones con pausas. Apenas un par de segundos después, el muchacho recuperó la respiración y con una fuerte bocanada, llenó sus pulmones de aire.

—¡Estás vivo!, ¡estás vivo! —Rachel lloraba desconsolada mientras agarraba con sus manos la cara de Peter —. ¡Dios mío, estás vivo!

—Lo he conseguido —Peter hablaba entre tosidos y jadeos —. ¡Mira!, ¡mira!

El muchacho señalaba con una de sus manos la gran esfera. En su interior, la esfera más pequeña estaba vibrando con fuerza, generando inmensas ondas dentro de la mayor. La sustancia naranja comenzó a hervir y lentamente, fue cambiando su color hasta tomar un tono azulado. En ese momento, toda la superficie de la gran esfera comenzó a temblar y a emitir un extraño sonido. Unos segundos después, se escuchó un fuerte crujido mientras una inmensa grieta recorría todo el perímetro. De repente, se produjo un terrible estruendo y la esfera reventó en mil pedazos, desparramando la sustancia azul en todas las direcciones.

—¿Qué está pasando? —El ensordecedor ruido de la esfera, obligaba a Rachel a gritar con fuerza.

—¡Lo he conseguido! —Peter también gritaba con todas sus fuerzas —. Pero se va todo a la mierda, ¡se está destruyendo todo!

—¿Qué quieres decir?

—Que todo este sitio se va a destruir, va a desaparecer en cuestión de minutos —Peter dirigió la mirada a los ojos de la muchacha.

—¿Cómo salimos de aquí?, ¡vamos!, ¡piensa!

—De acuerdo, en aquella pared, hay un acceso de emergencia que nos llevará a la sala de arriba —Peter señalaba la pared que había al fondo de la sala.

El suelo en el que estaban, comenzó a temblar de la misma forma que lo había hecho la superficie de la esfera. Rachel no perdió ni un segundo, se puso en pie y agarró el brazo de Peter y comenzó a tirar de él en dirección a la pared. El ruido ensordecedor no permitía escuchar los alaridos de dolor del muchacho, pero tampoco hubiera importado. Rachel estaba decidida a sacarlo de ahí y por mucho que le doliera sus heridas, no lo perdería otra vez. Lo había recuperado milagrosamente y no dejaría

escapar esa oportunidad.

Las vibraciones eran cada vez mayores y el suelo comenzaba a resquebrajarse. La transparente superficie, se iba tornando blanca y grandes pedazos de suelo, se desprendían cayendo al oscuro abismo. Rachel seguía tirando con todas sus fuerzas, intentando llegar desesperadamente a la zona que le había dicho Peter. Ya casi habían llegado, tan solo faltaban unos metros, cuando se produjo una fuerte explosión y el suelo saltó en un millón de pedazos. Rachel dio un último salto y consiguió llegar hasta la plataforma, junto a la pared. Peter no descansaba completamente sobre el suelo y parte de su cuerpo colgaba en el vacío. Rachel se lanzó rápidamente al suelo, alargó uno de sus brazos y aferró al muchacho con todas sus fuerzas.

—Te tengo —la mano de Rachel aprisionaba con fuerza la camisa de Peter.

—¡Dios mío! —Peter dirigió la mirada tras su espalda, centrándola en el fondo del abismo —. Ha faltado muy poco.

—Tienes que subir, no aguantaré mucho más —Rachel tenía todos sus músculos en tensión, soportando parte del peso del muchacho.

—No me puedo mover —Peter intentaba colocar sus piernas sobre la superficie.

—Maldita sea, tienes que hacer un esfuerzo, no tengo tanta fuerza —lentamente, el muchacho se iba desplazando hacia la gran caída.

—Pues déjame —Peter dejó de hacer fuerza con sus brazos —. Sálvate tú.

—¿Pero qué dices?, no me voy a ninguna parte sin ti —Rachel se colocó de rodillas frente al muchacho y lo aferró con sus dos brazos —. Vamos a intentarlo de nuevo, ¿preparado?

Peter colocó una de sus manos en el borde y tiró con todas sus fuerzas hasta que finalmente se encontró a salvo. Su cuerpo descansaba completamente sobre la superficie. Sabían perfectamente que esa plataforma no aguantaría mucho tiempo.

—¿Y ahora qué? —Rachel miraba con nerviosismo las paredes.

—Ahí, ahí —Peter señalaba una parte concreta del muro —. Junto aquella tubería... pulsa ese trozo de pared...

Rachel se dirigió rápidamente junto a la tubería de acceso y pulsó el trozo de pared que había a su lado. De repente, unas barras metálicas comenzaron a surgir del suelo. En unos segundos, habían tomado una altura de unos tres metros. En ese momento, se produjo una extraña explosión y unos rayos eléctricos impactaron en los muchachos. Rachel abrió los ojos y miró a su alrededor. Estaba confusa y le dolía la cabeza.

—¿Qué ha pasado?

—Nos hemos tele transportado —Peter tenía sus manos en la cara, intentando soportar el fuerte dolor de cabeza que el proceso le había producido —. Estamos en la sala de antes.

—¿La sala de antes? —Lentamente, Rachel se estaba adaptando a aquella sala. Su vista se aclaraba y ya podía concentrar la mirada —. ¡Mira!, ese es el cubo de cristal.

—Sí, no lo olvidaré en la vida —Peter dirigía la mirada al objeto que le había devuelto la memoria.

—Pero... acuérdate de tu herida en la frente —Rachel señalaba la frente del muchacho con una de sus manos —. Cuando saliste de aquella sala, estabas curado.

—Tal vez funcione —Peter miraba con detenimiento el estado de su pierna —. Ayúdame, casi no tenemos tiempo.

Rachel comenzó a empujar al muchacho hacia el extraño objeto. De repente, de los conductos de ventilación, comenzaron a salir fuertes columnas de humo y fuego. Igual que había pasado antes, el suelo comenzó a temblar de forma exagerada. Las coloridas columnas, se resquebrajaban y caían torpemente sobre el suelo.

—No hay tiempo, déjame y sal de aquí —Peter centró su mirada en los ojos de la muchacha—. Sálvate tú.

—No pienso dejarte, no después de todo lo que hemos pasado —Rachel seguía empujando con fuerza a Peter hacía la pequeña sala—. ¡Vamos!, ¡ya casi estamos!

Finalmente, consiguió introducir al muchacho entre las paredes de cristal. Tras un zumbido, apareció la puerta y la sala quedó sellada. En ese momento el suelo comenzó a temblar con más fuerza, tanto que Rachel no pudo mantenerse en pie y cayó de espaldas al suelo. De repente una luz cegadora inundó toda la sala y Rachel sintió como una fuerte sensación de mareo le llenaba cada rincón de su cabeza. En ese instante, el suelo bajo la muchacha cedió definitivamente. Rachel apenas tuvo tiempo de agarrarse a un saliente y quedó colgando de una de sus manos, aferrándose con todas sus fuerzas. Dirigió la mirada hacía el terrible agujero. Podía contemplar como todo el complejo desaparecía lentamente bajo la tierra. Incluso pudo ver como las grandes criaturas que le habían atemorizado, caían sin remedio al abismo. Ella no aguantaría mucho más. Su cuerpo tan solo se sostenía con una de sus manos y sus fuerzas se estaban agotando. Apenas le quedaban unos segundos y caería al vacío. Ya sentía como sus fuerzas le abandonaban y como se separaban lentamente sus dedos. Pero justo en el momento en que sintió que su cuerpo se abalanzaba al vacío, una mano fuerte y decidida la agarró de su brazo.

—Tranquila, te tengo —Peter miraba con ternura a la muchacha—. No voy a soltarte.

—¡Peter!, ¡Peter!, estás bien —de los ojos de la muchacha comenzaron a brotar unas grandes lágrimas.

—Venga, sube —Peter tiró con fuerza y alzó el cuerpo de la muchacha que cayó torpemente sobre su pecho.

—Tu pierna... estás bien... yo... —Rachel estaba alucinada, no podía creer lo que había ocurrido. Abrazó con fuerza al muchacho y rompió a llorar.

—Tenemos que salir de aquí, aun podemos conseguirlo —Peter se separó de Rachel y se dirigió rápidamente a la sección en donde antes había aparecido aquella especie de cajón con los dispositivos—. Ponte a mi lado... ¡Vamos!

Peter pulsó unos símbolos y de la pared aparecieron unos tubos metálicos. Igual que en la sala inferior, comenzaron a producir un extraño zumbido y lanzaron unos rayos eléctricos sobre los chicos. En ese instante. En esa décima de segundo, Peter pudo ver como toda la sala se hundía en el abismo de la tierra. Pudo ver como el cubo de cristal se deshacía en mil pedazos y con él, toda prueba de su existencia.

—¿Dónde estamos? —Rachel abrió lentamente los ojos, pero una cegadora luz le obligó a poner su mano a modo de visera.

—Estamos en donde comenzamos —Peter estaba de rodillas en la arena.

—¡Es la entrada de las cuevas! —los ojos de la muchacha se adaptaban lentamente al ardiente sol del desierto—. ¡Hemos salido!, ¡lo hemos conseguido!

Rachel comenzó a correr y dar salto alrededor de Peter. No paraba de gritar y reír, mostrando su euforia por la aventura que habían vivido. El destino les había puesto a prueba y habían conseguido superar todos los obstáculos. De repente, la muchacha se

detuvo en seco y miró fijamente a Peter. Seguía de rodillas en el suelo. Había extendido sus brazos y había cogido un puñado de arena que se lo iba pasando de mano en mano.

—¿Qué pasa? —Rachel miraba fijamente al muchacho—. ¿No estás contento?, ¡hemos salvado a la humanidad!

—Verás... —Peter levantó lentamente la mirada—. He recordado otra cosa, algo que no te he dicho.

—¿Otra cosa?, ¿Qué es?, ¿Qué pasa? —Rachel comenzó a caminar lentamente hacia el muchacho.

—Cuando me metí en el cubo, se inició la última fase del proceso de conquista.

—Sí, pero lo hemos parado, ¿no? —Rachel ya casi estaba junto a Peter.

—Sí, pero he recordado algo más —Peter se levantó y cogió dulcemente las manos de Rachel—. Cuando el proceso termina y el planeta está listo... empieza la colonización.

—Pero eso ya no ocurrirá, ¿no?, el planeta no está listo... —Rachel centró la mirada en los ojos de Peter.

—Es un proceso automatizado, una vez iniciado, no se puede parar —Peter miró fijamente a los ojos de la chica—. ¡Están en camino!

—¿En camino? —Rachel soltó las manos de Peter y dio un paso hacia atrás—. ¿Nos van a atacar? ¿Cuándo?, ¿Cuándo va a pasar?

Peter giró su cuerpo y dirigió la mirada al inmenso sol. Puso su mano frente a sus ojos y separó ligeramente sus dedos, dejando pasar tan solo un ápice de luz. De repente, su expresión cambió rápidamente y sus ojos se abrieron como platos. Dio un fuerte suspiro y pronunció unas últimas palabras.

—¡Ya están aquí!